

# **CUENTO POPULAR ANDINO**



**IADAP**

**COLOMBIA**

## **Ediciones**

### **INSTITUTO Andino de Artes Populares del**

### **Convenio “Andrés Bello”**

Calle Diego de Atienza y Av. América - Casilla 91-84 Sucursal 7  
QUITO - ECUADOR

## **COLOMBIA:**

Selección Final y Coordinación

**Oficina de Relaciones Internacionales del**

**Ministerio de Educación Nacional**

**Secretaría Nacional del Convenio “Andrés Bello”**

Portada: Sacha - Runa

Fiesta de Cotopaxi - Ecuador

# COLOMBIA



Indígena de Nariño

## ÍNDICE

### EL CUENTO POPULAR EN LA LITERATURA COLOMBIANA

	PÁG.
RECONOCIMIENTOS	15
ROGELIO VELASQUEZ - Región del Pacífico	17
I LOS ORIGENES	21
• Origen de la Raza Blanca	21
• Origen de los Costeños	21
Del Color de las Razas y su Ubicación en la Sociedad	22
II LOS CASTIGOS	23
• De Como Pagan Justos por Pecadores	23
• Lo Negro como Castigo	23
• La Sirena	23
• La Maldición de los Animales	24
III LA MUERTE	25
• Las Vidas de los Hombres	25
• El Pacto con la Muerte	25
• Origen de la Muerte entre los Hombres	26
EL CICLO DE LOS ANIMALES	26
IV HISTORIAS DE SAPO	26
• El Sapo y el Cangrejo	26
• El Sapo y la Rana	27
• El Sapo y el Tigre	27
• Por qué el Sapo es Achatado	28
• La Bebezón	29
V CUENTOS DE ARAÑA	30
• Araña y Tío Tigre	30
• La Muerte de la Araña	30
• Araña y el Sapo	31
VI "PASATAS" DE ÑEQUE O GUATIN	32
• Cómo y Cuándo le Crecieron las Orejas	32
• Batalla Contra los Tigres	33
VII ANDANZAS DE CONEJO Y TIGRE	33
El Novillo	33
• Las Castañas	34
• La Apuesta	34
• Las Moras	35
• Nueva Venganza de Conejo	35
• El Entierro de la Coneja	36
• Conejo y el Comerciante	37
• El Velorio de Tío Tigre	38
• La Subida al Cielo	38

• El Cazador Cazado	39
• Conejo y la Tía Tigra	40
VIII VIDA Y MILAGROS DE ANANCE	41
• Muerte y Resurrección de Anance	41
• Anancio y el Demonio	42
• Anancio y la Calavera	43
JOSÉ ANTONIO LEÓN REY - Departamento de Cundinamarca	44
• Los Tres Calabacitos	46
• El Burro Sabio	47
• Las Arepas	48
• El Padre Adoptivo	49
• El Hijo de la Lavandera	51
• Miedo al Diablo	53
• El Tonto	53
• Los Dos Compadres	55
• ¡Dios te lo Pague!	58
• La Posada	59
• Negocio con el Diablo	60
• La Vaquita	61
• Un Alma en Pena	61
EUCLIDES JARAMILLO ARANGO - Departamento del Quindío.	63
JESÚS ARANGO CANO - GUILLERMO ABADÍA- Departamento del Valle.	63
• El Destino Anda en Contravía	64
• El Secreto del Tesoro Pijao	69
• El Sueño del Guaquero	74
• Juan de las Gracias	86
JULIO ERNESTO SALAS VITERI - Departamento de Nariño	89
• La Huaca del Padre Yépes	89
• El Cura Descabezado	90
• El Duende de la Chorrera	91
• El Chumbo	92
AGUSTÍN JARAMILLO LONDOÑO - Departamento de Antioquia	92
• El Conejo y el Gigante	94
• El Niño José Julián	96
• Los Tres Hermanos y la Mágica	105
• Cuarta Molienda. Ejemplo de los Tres Hermanos	107
MANUEL ZAPATA OLIVELLA - Departamento de Córdoba	111
• Rambao	113
• Tía Zorra en el Maizal de Tío Conejo	118
• La Muerte de Tía Zorra	118
• La Vieja, el Burro y los Huevos	119

• El Costeño / los Cachacos	119
• Tío Conejo y Morrocoy	119
• Este era un Tipo que Tenía un Novia	119
• Los Tres Cachacos y la Cantara de Ron Ñeque	120
• La Muerte de Tío Conejo	120
• Juan Bobo / sus Hermanos	120
• Juan Bobo / la Vieja	121
• Este era un Rey que tenía dos Hijas Bonitas	122
• Tío Sapo y Cangrejo	122
• El Viaje al Cielo	122
• El Mocho y el Tigre	122
• Quien Manda masen Casa. El Hombre o la Mujer?	123
NINAS. FRIEDEMAVIN -San Andrés y Providencia	123
• Tigre y Narsi Rivalizan en Amores	125
• Un Perro, una Cabra y Beda Tiger	128
•	130

## EL CUENTO POPULAR EN LA LITERATURA COLOMBIANA

*El Pueblo me lo contó / y yo al pueblo se lo cuento/  
y pues la historia no invento / responda el pueblo y  
no yo Cordobez Maure, Reminiscencias de Santa Fé.*

*Paradójicamente el repertorio de la literatura oral del pueblo colombiano parece extinguirse cuando aún no se ha hecho una recuperación sistemática de su patrimonio, en transcripciones textuales.*

*La investigación folklórica del país, en el trabajo de recuperación de textos transmitidos oralmente, ha venido declinando en los últimos veinte años; los órganos de divulgación han dejado de publicarse; las reediciones y textos más didácticos suplen la de estudios sistemáticos. Así las cosas, es difícil intentar una selección antológica de cuentos populares, con lo que ello significa.*

*La revista colombiana de folklor se suspendió desde hace varios años, publicación que dio difusión a trabajos recogidos en las diferentes regiones del país.*

*Los cultores individuales de la literatura regional se han inspirado en las expresiones míticas, de leyendas, episodios y anécdotas narradas unas veces en la tertulia aldeana de los letrados “cura, maestro, juez y médico” o en las rondas nocturnas en las haciendas, estancias, ingenios azucareros o en los litorales y las riveras fluviales.*

*No puede ni siquiera hablarse en esta selección de una muestra representativa de los cuentos de culturas regionales, de altura en la región andina; de los litorales, la selva tropical húmeda del Pacífico y la amazonía; la cultura de a caballo de los Llanos del Orinoco o el Litoral Caribe y las posesiones insulares.*

*Carece el país de un repertorio sistemático de la cultura popular. Las ediciones de textos de cuentos narrados boca oído y transcritas textualmente casi que podría decirse que no existen mientras el cultivo letrado del cuento, como género literario explorado por los escritores colombianos de este siglo es considerable en su calidad, volumen y variedad temática.*

*Los concursos regionales promovidos por entidades estatales de servicio cultural, las universidades, el medio financiero y las empresas transnacionales, han estimulado permanentemente concursos de literatura, al igual en forma reciente las editoriales nacionales y extranjeras. Este estímulo ha favorecido la producción de la cuentística colombiana. El evento Andrés Bello a través de su Secretaría Ejecutiva ha publicado la antología colombiana del cuento, selección de una alta calidad y muestra de excelencia de la producción literaria de nuestros escritores (\*).*

*Ahora se continuó el trabajo de selección, pero ya referido a la producción de textos orales, transmitidos boca - oído y recreados por los narradores una y otra vez, con añadidos, instituciones, cambios en los personajes. Apropiación regional del repertorio del juglar, el narrador andariego. Cosiaca, Pedro Rímales, Francisco El Hombre, Nito son personajes que van entrando en la Leyenda. Así mismo en la galería de los héroes míticos van ingresando los protagonistas de los episodios que narra el cuento popular.*

*El carácter mágico del trópico y la cordillera, la selva y la llanura se ve poblado de una teogonía prolífica que se articula en la vida y la muerte, el amor y el sexo; todos los personajes que pueblan el universo mítico y mágico - religioso y que estimula la imaginación de nuestras aldeas y veredas.*

*El minero, el cortador de caña, el aserrador, el arriero, el boga o el pescador, el jinete o el labriego; oficios y artes menores son el telón social de los episodios. Contrapuestos a la fantasía de los reyes, castillos, hadas, brujas, príncipes y doncellas, atemperadas en sus situaciones, su parafernalia y su problemática a la cultura aldeana, campesina o parroquial de la primera mitad*

---

\*Ficha bibliográfica antológica.

*del siglo 20 para atrás. Sociedades agrarias con la preponderancia del sector primario de la economía. Este entorno socio - económico marcado por las luchas por la integración nacional, estimuladas por las migraciones internas y la colonización vienen a producir cultivo de géneros literarios que son recogidos por escritores regionales que también han vivenciado este contexto cultural rural o regional.*

*La Literatura Popular fuente de los escritores.*

*En la literatura regional, principalmente de las subregiones andinas aparecen escritores interesados por la temática literaria de origen minero, campesino o aldeano. Como género “costumbrista” ha sido identificado por los críticos literarios; género que ha sido como otros tantos aspectos de la cultura oral tradicional, descuidado por los investigadores.*

*El Instituto Caro y Cuervo y algunas editoriales colombianas han publicado antologías regionales de elementos tradicionales de cultura popular. Muestra de dialectología en sus variantes regionales se ha traducido en la monumental obra “Atlas Etnolingüístico de Colombia” y en la serie granada abierta el Instituto Caro y Cuervo ha publicado la obra de León Rey. . . “El Pueblo Relata” entre otros.*

*La literatura llamada de cordel, en ediciones populares de baja calidad editorial ha recuperado otro caudal de esa tradición anónima. Pero en mínima parte.*

*El universo lingüístico de los pueblos costeños del litoral Caribe ha logrado emerger en la literatura popular colombiana y latinoamericana a través de un movimiento investigativo impulsado por el joven escritor David Sánchez Juliao, con el apoyo de grabaciones de viva voz. Trabajo posteriormente difundido en discos, impresos, escenografías con un enfoque educativo novedoso y audaz. Con antecedentes en el trabajo sobre tradición oral logrado por Manuel Zapata Olivella. Pero al igual que en las otras regiones etnoculturales del país no se trata sino de un puñado de escritores, por iniciativa individual que a duras penas han logrado la edición de cortas y modestas publicaciones.*

*Otra cosa es el caudal que en la memoria colectiva fluye en la literatura escrita. Enriquecido con los “apuntes” que estimulan las condiciones y procesos sociales en su cotidianidad; así en el género humorístico y con la sutileza del lenguaje se desliza la crítica mordaz al estamento gubernamental, a los partidos políticos y a los fenómenos sociales del momento. Porque la fascinación por la*

*palabra, la tertulia o la charla callejera es un rasgo típico de la mentalidad colombiana. La verbalización de los fenómenos de la vida cotidiana, de la recreación fantástica exagerada, permanentemente, mágica se ofrece al escritor como fuente de inspiración.*

*Esto es lo que han hecho los escritores regionales con ese patrimonio de la literatura oral. Retomarlos semánticamente y vertirlo recreativamente en textos escritos de su inspiración. Pero el conocimiento como observadores participantes de su medio sociocultural ha permitido que no se produzca una ruptura en su expresión. Apenas si una formulación recreada por el investigador. Otro tanto podríamos decir de la literatura oral como fuente de inspiración de la novela colombiana de todas las épocas.*

*Para la selección de los cuentos aquí presentados se acudió entonces a dos fuentes, a los autores de obras editadas sobre el género y la bibliografía sobre el particular.*

*Por condiciones de tiempo para la selección y las dificultades de ubicar informantes no se adelantó una labor de recopilación en terreno, como habría sido aconsejable. Es propósito de esta edición estimular entre los maestros, promotores rurales, estudiantes universitarios de literatura y lingüística la recopilación de textos orales y salvar para el futuro una producción que se extingue con los abuelos reclusos en los hogares o en los ancianatos, en una voz sin audiencia, porque desconocemos su valor y riqueza de nuestro patrimonio cultural.*

*La vena humorística, el manejo picaresco de la lengua, en sus dimensiones polisémicas, las raíces míticas en sus arquetipos zoomórficos, contribuyen a enriquecer el universo mágico. “Cuando los animales hablaban” en un espacio creativo incalculable, comenzando por el tío conejo y acudiendo a la fauna regional con las características antropomorfas que cada pueblo le asigna. Así el repertorio de objetos, situaciones, paisajes y escenarios se nutren de lo inmediato de su entorno ecológico y social, el universo local al cuentista. Otro tanto las actividades, oficios, instrumentos, prácticas y situaciones, donde el ingenio, el sentido práctico de la vida se destaca en un caudal de valores sociales tradicionales, en conflicto con la vida social contemporánea.*

*Una mentalidad colectiva que se manifiesta con valores y actitudes diversas y frecuentemente contrapuestas en las situaciones y conflictos entre lo natural y lo sobrenatural. Valor y valentía; audacia o viveza; explotación o lucha; inequidades o movilidad social; amor y celos; trabajo o destino; solidaridad*

*o egoísmo; felicidad o dolor; paz o violencia; en fin múltiples coordenadas valorativas de la vida social e individual, de lo inmediato o lo histórico, reflejados en los textos aquí presentados.*

*Como lo constata el lector la muestra de cuentística popular es marcadamente heterogénea tanto en el tratamiento lingüístico y dialectológico, como en la temática y aún en la extensión.*

*Se buscó presentar una selección que mostrara la variedad de las expresiones regionales de la población colombiana. Con grandes vacíos en este intento, pero que en últimas reúne textos sugeridos para la selección por los mismos recopiladores o recreadores y que permiten en cierta forma introducirse en este universo de la cultura popular del pueblo colombiano.*

## RECONOCIMIENTOS

*La Oficina de Relaciones Internacionales se responsabilizó de la selección final y la coordinación con los autores y recopiladores. Contó con la asesoría del Instituto Caro y Cuervo, las Secretarías de Educación y sobre todo con el apoyo y entusiasmo de los investigadores. La orientación y sugerencias de los investigadores consultados hizo más viable la estructuración de la presente selección y a su vez cedieron sus derechos de propiedad intelectual generosamente para esta edición patrocinada por el Convenio Andrés Bello a través del Instituto Andino de Artes Populares —IADAP—*

ROGELIO VELASQUEZ  
Región del Pacífico

Origen de la Raza Blanca  
Origen de los Costeños  
Del Color de las Razas  
De Como Pagan Justos por Pecadores  
Lo Negro como Castigo  
La Sirena  
La Maldición de los Animales  
Las Vidas de los Hombres  
El Pacto con la Muerte  
Origen de la Muerte entre los Hombres  
El Sapo y el Cangrejo  
El Sapo y la Rana  
El Sapo y el Tigre  
Por qué el Sapo es Achatado  
La Bebezón  
Araña y Tío Tigre  
La Muerte de la Araña  
Araña y el Sapo  
Cómo y Cuándo le crecieron las orejas  
Batalla Contra los Tigres  
El Novillo  
Las Castañas  
La Apuesta  
Las Moras  
Nueva Venganza de Conejo  
El Entierro de la Coneja  
Conejo y el Comerciante  
El Velorio de Tío Tigre  
La Subida al Cielo  
El Cazador Cazado

Conejo y la Tía Tigra

Anancito Salva a su Padre

Muerte y Resurrección de Avance

Anancio y el Demonio

Anancio y la Calavera.

El presente material fue recogido en los años 1955-1957, en el Alto y Bajo Chocó. Comisionado por el Instituto Colombiano de Antropología para visitar y estudiar algunos lugares de la costa del Pacífico, tuvimos oportunidad de oír y copiar estos relatos que abarcan parte del alma de mi raza. En aldeas sin caminos, en meandros y playas de sol, en montes sin industrias de ninguna clase, y en bocanas y fondeaderos pantanosos y malsanos, dimos con estas fábulas que cuentan hombres humildes a otros hombres que pescan, siembran o cazan o bogan en ríos retorcidos y briosos, hombres que mueren un día lejos de la sociedad culta que no supo nunca que existían.

1.300 kilómetros de extensión están envueltos en estas narraciones. Atrato y San Juan; Nuquí, Baudó, Tumaco, Barbacoas; regiones mineras como Nóvita, Condoto e Istmina; sitios antiguos de esclavos y nuevos emplazamientos de gentes urgidas por necesidades elementales, aparecen en lo recogido: En los “casos” y “pasatas” que mostramos está el mundo espiritual de la plebe, la figura del negro que se pregunta y se responde, el negro que tantea en la oscuridad de su destino y se halla al fin en la contingencia de la prueba.

Los pueblos que nos entregaron estas muestras son comarcas habitadas por negros, casi en su mayoría. Desde la época colonial se quedaron en ellas. Trasladados de Cartagena, Pasto y Popayán para cuantos oficios ingratos ocurrieran, se desarrollaron unos en la costa riscosa, otros en los boquetes de los riachos, los más sobre tierras de metales, acidas y amargas para los colonos sin dinero. En las chozas de ayer, junto al recuerdo de lo desaparecido, al lado de manglares resineros o de árboles gigantes, tomamos, en largos intervalos y con grande interés, este haz de novelas que caratejos y palúdicos recitan en las noches con su hablar característico.

Con excepción de Quibdó, Tumaco, Barbacoas, Nóvita, Condoto e Istmina, en los otros sitios no hay ni luz eléctrica, ni periódicos, ni libros, casi ni escuela. Sin correos ni infiltraciones humanas; sin telégrafo, radio ni cinema; con un orden social y económico estables; con una educación localista, terca y cerrada que olvida el universo para actuar sobre lo crítico y acucioso del momento, en mucha parte del área de estos cuentos campea el abandono, y lo más dañino de la tradición, que es el miedo a enfrentarse en la geografía para encuadrar en el paisaje nuevos goces y nuevas creaciones.

Los informantes de este trabajo fueron negros. Alfabetos y ágrafos, jóvenes y viejos, todos dijeron en forma verbal lo que sabían. Contra lo normal, dos o tres cuentos pertenecen a mujeres dedicadas a la medicina popular. Estas últimas ficciones habrán sido contadas

muchas veces al pie de las candelas hogareñas, en horas en que se esperaba la agonía de un enfermo o el desarrollo de una fórmula, la llegada de un niño que tarda en el vientre de una madre, o el humo del sahumero sagrado que trata de despejar el ambiente de maleficios y brujerías.

Tenemos que confesar que no fue por intuición o golpe de gracia como descubrimos estos narradores. El comisario, el maestro, el tendero, nos guiaron. A estos personajes se debe el hallazgo de tan valiosas unidades que, al abrir su memoria, evocaron, para la historia escrita, los pasajes oídos a sus antepasados, que los contaron, de seguro, en repetidas ocasiones.

La edad de los enterantes osciló entre los veinte y sesenta años. Sanos mentalmente y fuertes para imitar las burlas y cazarerías de las relaciones, hicimos sesiones de anécdotas al calor de tragos de aguardiente. En las reuniones de varias noches, supimos que nuestros informantes eran seres útiles al pueblo, de gracia y malicia peculiares, amplios y generosos con los que buscaban su ayuda. Vayan a ellos, una vez más, los agradecimientos sinceros del recolector que todavía los recuerda y dedica esta contribución folclórica que se hizo posible por su alegría y entusiasmo.

Por honradez espiritual confesamos que muchos hombres del litoral no dominamos nuestro idioma. Nacidos y labrados en mitad de un mundo que hace parte del tercer día de la creación, arrastramos el lenguaje como podemos para comunicarnos con los hombres. En ellos estriba, tal vez, parte de nuestro atraso socio - económico, para dar crédito al profesor Mauricio Seadesh. Conducidos por la tradición, empujados por los hábitos lingüísticos de la comunidad, sin grandes ideas que expresar, decimos nuestros juicios deformando las palabras, tal como lo hicieron nuestros padres y nuestros abuelos en la raza.

Esta consideración nos llevó a modificar en grado mínimo las burlas anónimas que componen este libro. Respetado el argumento, voces y giros regionales, cambiamos palabras repetidas por sinónimos correspondientes, todos en armonía con el grado de instrucción del medio y la cultura de los informantes. Esta libertad, reprochable quizás para muchos investigadores, la dimos por necesaria, puesto que con ella recogíamos la belleza del conjunto y la materia de los cuentos saltaba más pura en la imaginación de los lectores.

Fueron alteradas asimismo las voces terminadas en *ao*, *aro*, como *mandao*, *mancharo*, y otras en que se permutan, interpolan, contraen y fusionan letras y sonidos. Tales defectos, conocidos y estudiados por gramáticos de todos los tiempos, fueron corregidos para dar mayor soltura a la prosodia silábica, a la frase y al estilo. Con todo, se respetaron algunas dicciones que nos parecieron imprescindibles para la fuerza y profundidad de la oración.

Por lo demás, el caudal lírico que nos entregaron está intacto. En nuestra obra aparecen los esguinces de la comunidad, las comparaciones nativas, la picaresca, la moral popular, la secreta rebelión de la masa desamparada contra los poderes que norman. Toda la agudeza intelectual y punitiva de los desheredados la volcamos sobre el país, para que se dé cuenta de la tragedia de los creadores de estas fantasías y el destino adverso que los cerca.

Los cuentos se echan en cualquier parte del caserío. En habitaciones lujosas y bohíos, en ranchos mineros y labranzas, en las orillas de las sementeras sobre canoas perezosas o en playas afiebradas. Basta que la situación sea propicia. Mientras se cuecen los alimentos o después de la merienda, en los actos sociales o en la hora de aconsejar, surge el ejemplo, la rústica creación breve que facilita el recreo y la enseñanza moral para el gobierno del espíritu.

La época de velorios de difuntos, santos y novenas también es tiempo de contar. Se hará con tragos, juegos de naipes o dominó u otros como la **buluca** y el **ratón de espinas**, descritos en otra parte, en que intervienen hombres, mujeres y niños de todas las edades y sexos. Cuando entra el cansancio físico o se ha apagado el canto con que se arrullan las veladas, inicia su labor el novelista. Las "pobres gentes" interesadas en lo que se va a recitar, toman asiento al lado del hablador, beben y fuman, guardando un silencio solemne y absoluto para entender la trama calada de angustia, crítica o cariño.

Las verdaderas "mango - de cuentos" se llevan a cabo en estas oportunidades. En horas de trabajo se dicen "casos" aislados para morder sobre un asunto, ya que el que cuenta de día, dice mentira, como rezan los juglares de Atrato y San Juan. Es que, a través del tiempo y la distancia, y de las vicisitudes de la raza, la herencia negra continúa como ayer, especialmente en esto de dar las impresiones del alma. A la luz de la luna o al resplandor de las tulpas caseras, como proceden todavía los fabulistas de África del Sur, relatan los chocoanos sus aventuras y sus sueños.

La introducción al tema se hace, en algunos casos, por medio de una ensaladilla, jocosa casi siempre. Trazada en versos de diversas medidas, pero fáciles de retener en la memoria, disipa el temor de hablar en público y predispone agradablemente el ánimo de los oyentes para la fiesta literaria.

## I. LOS ORÍGENES

*Origen de la raza blanca.* Cuento quibdoseno

*Origen de los costeños.* Cuento tumaqueño

*Del color de las razas.* Cuento barbacoano

### ORIGEN DE LA RAZA BLANCA

Dios crió aun hombre y a una mujer. Ambos eran negros. Andando el tiempo el matrimonio tuvo dos hijos que se llamaron Caín y Abel. Caín fue malo y perverso, pues, desde chiquito, se dedicó al trago, a las mujeres y al juego. Abel, por el contrario, fue bueno. Oía misa, respetaba a sus padres y las cosas ajenas y cumplía sus compromisos. Caín, envidioso de su hermano, lo mató una tarde al volver del trabajo. Pero como no hay crimen oculto. Dios se le presentó y, reprochándole su falta, lo maldijo. La canillera de Caín fue tan grande que palideció hasta tomar el color blanco que conservó hasta su muerte.

Caín fue el padre de la nación blanca que hay sobre la tierra.

### ORIGEN DE LOS COSTEÑOS

Cuando Dios hizo la costa, se paró y la vio muy bonita. Entonces se dijo:

—Esta preciosidad no puede ser para uno solo.

Inmediatamente llamó a unos ángeles que estaban en el patio jugando a la pizigaña.

Dándoles barro colorado, blanco y negro, les dijo:’

—Miren, mis hijos. Vayan a la costa del Pacífico y con esto hagan unos muñecos. Cuando estén fabricados, los soplan y los dejan caer con maña sobre la tierra para que no se rompan. Serán los hombres de allá.

Los ángeles obedecieron. Llegados a la frontera con Panamá, amasaron el primer barro, que era el colorado, e hicieron los muñecos. Los soplaron y los dejaron caer con cuidado. Así nacieron los indios.

Acabada esa tarea, tomaron la segunda pelota de barro blanco que estaba al otro lado de la catanga. Hicieron lo mismo que con el primer barro. De estos muñecos nacieron los blancos.

Cuando creyeron que ya nada les quedaba por hacer, se lavaron las manos, pero un angelito que vio que no habían tocado el barro negro, dijo a sus compañeros:

—Hagamos cualquier porquería con este hollín y tirémosla a la tierra. Allá lo que resulte.

—¿A dónde vamos a soltarla? —preguntó otro

—A los manglares, a los ríos, a los pantanos, a los arenales, bocanas y esteros...

—Está bien, arguyeron todos.

Compuestos los monicongos de cualquier forma, los arrojaron con fuerza. Los muñecos cayeron sobre piedras, raíces y troncos de árboles que les aplastaron las narices

y les reventaron los labios, que les quedaron así para siempre. Como tenían el pelo biche, tomó la semejanza de la grama y de la zarza en que los muñecos se enredaron. Este fue el origen de la nación negra de la Costa.

### **DEL COLOR DE LAS RAZAS Y SU UBICACIÓN EN LA SOCIEDAD**

Dios hizo a los hombres de un solo color. Queriendo diferenciarlos, los dividió en tres montones y les ordenó bañarse cierta mañana que hacía mucho frío. A la hora de caer al pozo hizo tronar, llover, relampaguear y ventear.

El primer grupo, sin decir esta boca es mía, se decidió a hacer lo que se le mandaba. Al hundirse en el agua cada hombre notó que cambiaba de piel a medida que se frotaba la mugre. En una hora quedaron blancos los bañistas. Al salir se arrodillaron y dieron gracias a nuestro Señor por el beneficio que les había proporcionado. Como premio a su humildad Dios los puso de gobernadores de los otros hombres.

Al ver esto, el segundo montón se metió al agua, que se iba secando a medida que la tocaban los hombres. Para éstos ya no hubo líquido bastante, por lo que quedaron del color de la caña amarilla y el pelo pasudo. Fueron los mulatos. Quedaron en el mundo como alguaciles o segundones en el gobierno que se formaba.

Tarde, después de muchos ruegos, pasó el tercer grupo al pozo, que ya no tenía agua. Los componentes sólo pudieron tocar la arena del fondo con los pies y con las manos. Puesto que no se hicieron blancos ni morenos, no bendijeron al que los había criado. Fueron, en lo adelante, los .negros del pueblo.

Así se operó la diferenciación de las razas y la manera como ganó cada una el sitio que ocupa en la sociedad.

Esto lo contaban los amos en las minas de Barbacoas.

## II. LOS CASTIGOS

*De cómo pagan justos por pecadores.* Cuento iroeseño.

*Lo negro como castigo.* Cuento atrateño.

*La sirena.* Cuento tumaqueño.

*La maldición de los animales*

### DE COMO PAGAN JUSTOS POR PECADORES

Los amos del río Iró, en el San Juan, contaban que Noé fue el primero que tuvo sacatín o alambique para fabricar aguardiente. Habiendo probado demasiado el licor que acababa de producir, se embriagó y se quedó dormido en su rancho. Como ningún borracho tiene cuidado de sí mismo ni de nada, se echó a roncar la perra medio en pelotas.

Así estaba cuando penetraron a su casa algunos de sus hijos. Al verlo de esta manera, muchos se contuvieron avergonzados y otros lo cubrieron con unas mantas de su cama. Sólo el malcriado de Cam se burló del viejo al verlo borracho y en forma tan indecente.

Despertar Noé y saber lo ocurrido, todo fue uno. Entonces maldijo al hijo de Cam porque éste estaba bendito por Dios, haciéndole saber que sus nietos serían los sirvientes de la tierra. Los nietos de Cam fueron los negros.

Así hablaban los amos.

### LO NEGRO COMO CASTIGO

San Benito era blanco y muy bonito. Piadoso como era, deseaba ser santo, pero las mujeres lo perseguían continuamente, perturbándole sus oraciones.

Un día, aburrido por los requerimientos de las diablitas aquellas, pidió a Dios que le enviara un castigo que le cambiara todo el cuerpo. Dizque pidió carate, sarna, lepra, coto, llaga, algo por lo cual lo dejaran en paz las hembras de su pueblo.

Dios no le mandó ninguna de esas cosas pedidas, porque lo quería demasiado, pero lo volvió negro como la jagua. Así, las mujeres huyeron de su presencia para siempre.

Esto indica que ser negro es malo, decían los blancos de la Troje, hace ya mucho tiempo.

### LA SIRENA

Había una vez en la Gorgona una muchacha blanca. Era hija de una familia noble que vivía allí por el negocio de pesca, madera, raíces de quina y cocos, productos que despachaban al Ecuador en sus balandras grandes y seguras. Del viaje traían bayeta, pañolones, rebozos, pañuelos para teteteros y pampanillas, sombreros y de paja y otras cosas.

La niña era caprichosa. Un viernes santo quiso bañarse en el mar, a lo que su padre se opuso, por ser día sagrado. Ella dejó descuidar a su taita y se emplumó a la playa. Esperó que la marea subiera y se metió en el agua. Cuál no sería su sorpresa al querer salir y no poder, pues, de la

cintura para arriba era ella, y de la cintura para abajo era el cuerpo de una ballena. Un pescador de lisa que miraba la escena desde su piragua contó en el pueblo lo sucedido. Desde ese día nadie se baña en tiempos de semana santa.

### **LA MALDICIÓN DE LOS ANIMALES**

El venado, el mico colorado y el perico ligero no son comida. Dios los hizo gente como nosotros en los primeros días del mundo. Pero se volvieron ladrones, bochincheros, amigos de pendencia, especialmente cuando bebían.

Como hijo de tigre sale pintado, según el refrán, los hijos de estos desalmados no tenían consideración con las cosas ajenas ni con las personas decentes. Puesto que sus padres no los regañaban por lo que hacían, andaban del timbo al tambo por los llanos, comiendo guayaba con los puercos y metiéndose en las huertas de las casas averiando los sembrados.

Un día se prepararon a una quincha de la posada de San José a comerse unos mangos hermosotes. La Virgen, que en otras ocasiones les había llamado la atención por su conducta desordenada, los maldijo por el atrevimiento. Entonces les nacieron los rabos y se quedaron por el monte.

### III. LA MUERTE

*Las vidas de los hombres.* Cuento neguaseño

*El pacto con la muerte.* Cuento barbacoano.

*Origen de la muerte entre los hombres.* Cuento noviteño.

#### LAS VIDAS DE LOS HOMBRES

Las vidas de los hombres son lámparas que arden en el cielo sobre una mesa grande. Cuidando tanta luminaria está el ángel de la muerte, quien, a una señal de Dios, apaga el mechón que le manda nuestro Señor Jesucristo y ve nacer otro más brillante. Estas luces nuevas son las de los recién nacidos.

Un día Dios le permitió a un hombre subir al cielo y contemplar las vidas de los hombres. ¡Qué inmenso mar de luces! Unas son chiquitas y pálidas, casi arrastradas por el suelo. Otras son gruesas, fuertes, como la de los ambiles de palma. Muchas son serenas, aunque el viento las azote con fuerza. Hay otras que chisporrotean como las velas de sebo. . .

Nuestro hombre preguntó cuál era su vida y la muerte le indicó en un rincón una esperma que ya estaba a ras de la mesa grande. Habiéndose quedado solo, sacó una vela que llevaba en el bolsillo y la encendió y la clavó sobre la que le habían indicado como suya.

Enseguida cayó muerto.

Le salió el tiro por la culata.

#### EL PACTO CON LA MUERTE

Una vez un hombre hizo un pacto con la muerte, de que si le ayudaba a conseguir mucho dinero, se entregaría mansamente a ella cuando lo quisiera y deseara. La muerte le hizo rico en un santiamén.

Al momento de pasar al otro tardo, rogó a la muerte que le alargara el plazo mientras arreglaba la herencia de los hijos y la de las mujeres que tenía. La muerte aceptó.

En la última fecha, el rico se escondió en una petaca vieja y ordenó que cuando alguien lo preguntara dijeran que estaba en viaje. La muerte solicitó por él y le respondieron lo que él había mandado. Al oír estas palabras la muerte dijo con calma:

— Lo esperaré sentado en esta petaca vieja.

Allí estuvo unos minutos. Después de levantarse, componerse el vestido, bostezar, encender un tabaco, agregó:

— Como mi amigo no está aquí, me voy. Díganle, si alguna vez vuelve, que aprenda a cumplir sus compromisos.

Y se marchó por detrás de la casa, haciendo quingos por el monte.

Al abrir la petaca, el rico había templado.

## **ORIGEN DE LA MUERTE ENTRE LOS HOMBRES**

Un día se asomó Dios por una ventana del cielo y vio que los hombres no cabían sobre la tierra. Entonces se dijo:

—Voy a aclarar la tierra de tanta gente.

Inmediatamente llamó a unos angelitos que estaban berrochando por la cocina y les dijo:

—Ahora se van a la tierra. Pongan en el corazón de cada hombre una pasión o un vicio. Hacen jugadores, borrachos, ladrones, comerciantes, guerreros, y cuanto se les ocurra. A las mujeres les infundirán la pereza, el lujo, el ansia de riqueza y la putería. Luego, se vienen. Vamos a ver qué sucede.

Lo mandado se hizo. Desde entonces comenzó la muerte entre los hombres.

## **EL CICLO DE LOS ANIMALES**

### **IV. HISTORIAS DEL SAPO**

*El sapo y el cangrejo.* Cuento condoteño.

*El sapo y la rana.* Cuento tumaqueño.

*El sapo y el tigre.* Cuento sanjuaneño.

*Por qué el sapo es achatado.*

*La bebezón.* Cuento nuquiseño.

### **EL SAPO Y EL CANGREJO**

Un día iban el Sapo y la Rana a celebrar una fiesta. Por el camino se toparon con un Cangrejo. Por burlarse del pobre, le gritó Sapo:

—¿Para dónde vas, ramazón?

—Voy a celebrar un bautismo con los boquianchos y los nalguiestrechos, contestó Cangrejo.

Al oír esto. Sapo se enfureció de tal manera que echaba espumas por la boca y leche por todo el cuerpo. Dejó a la mujer y le gritó al Cangrejo:

—Aguárdame un tantico, so insolente. Aguárdame para que veas cómo te castigo.

Cangrejo lo esperó. Sapo cerró los ojos y le mandó la muñeca con tanta fuerza, que dio una voltereta y fue a parar al suelo, donde Cangrejo le dio su muenda.

Desde ese día Sapo, medio loco, repite en las noches:

—Lo erré. . . é. . . é. . . Lo erré. . . é. . . é. . .

## EL SAPO Y LA RANA

Un día Sapo se fue a pasear al borde de una quebrada donde tenía otra mujer. Al regresar a su casa encontró a la Rana brava. Esta, por herirlo, le dijo:

—¿Te fuiste pa la quebrada  
para verte con la otra?

El Sapo le contestó  
con palabras muy decentes:

—¿Me habré casado con vos  
para no estar entre gente?

La Rana le contestó  
con palabras licenciosas:

—Si me he casado con vos  
no es para verte tu moza

El Sapo se embraveció  
y le echó mano al perrero  
le metió unos perrerazos y la arrastró por el suelo.

La Rana le contestó  
con la navaja en la mano:

—El tonto qué bruto es, sabiendo que 'toy preñada.

El Sapo le contestó  
con una voz muy cambiada:

—Entonces no te hago nada,  
porque cometo un delito,  
si yo te sigo pegando  
se nos morirá el sapito. . .

## EL SAPO Y EL TIGRE

El Sapo había hecho su casa en las orillas de un camino por donde pasaban todos los animales. Con ser un hombre jecho se le tenía por chismoso, por lo que todo el mundo lo odiaba.

Un día pasaba el Rongoy —animal que se parece a la largatija— huyendo del Tigre, que se lo quería comer. El animalito, asustado, se metió en la primera cueva que halló, para defenderse. Al llegar el Tigre preguntó al Sapo si había visto a Rongoy. Sapo le indicó el sitio en que se encontraba.

Tigre lo dejó cuidando la alacena mientras él traía una barra y una pala para remover la tierra. El Rongoy le suplicaba:

—Perro no come perro. Sapo. Déjame salir. ¡Por mis hijos te lo suplico!

Pero el Sapo dijo que no. Que cumpliría su palabra una vez más en la vida. Para mejor cumplir con su deber, se acercó al prisionero con los ojos muy abiertos, diciendo:

—Esto les sucede a ustedes por irrespetuosos. Con los mayores hay que guardar compostura. Por mi parte, te sé decir que ahí maneces y no lo prebas, como dicen. . .

Rongoy, haciendo un esfuerzo desesperado, le echó tierra en los ojos y huyó. Cuando llegó el Tigre y se dio cuenta de lo sucedido, apresó al Sapo. Este lloró, gimió, dijo que pagaría con las cosas que tenía en el soberado, pero no fue Oído. Tigre hizo una hoguera y luego preguntó:

—¿Cómo le gustaría morir, sobrino? ¿Quemado o ahogado?

Sapo tuvo un golpe de inteligencia y respondió que quemado, pues, de esta manera, cualquier amigo o sus hijos podían recoger sus restos y darles cristiana sepultura. Ahogado, por el contrario, nadie daría cuenta de él.

Tigre, por llevarle la contraria, murmuró:

—Hum. . . Como mi sobrino me pertenece, haré lo contrario de lo que pide. Para podérmelo merendar, bueno es que la carne esté lavada como Dios manda. Voy a tirarlo a la quebrada, y cuando haya tomado buena agua, cuando se encuentre jipato lo recogeré allá abajo en el recodo. . .

Dándole tres vueltas por el aire, lo aventó a la quebrada. Al sentirse en el agua. Sapo exclamó riendo:

— ¡Bobo! Esto era lo que quería, tío Tigre. El agua es mi elemento. Ahora tendrá que comer de lo que dijo el viejo.

Se zambulló y fue a parar. . . quién sabe adonde. . .

### **POR QUÉ EL SAPO ES ACHATADO**

Una vez hubo un baile en el cielo. La fiesta se dañó porque la Culebra no quiso bailar un currulao con Cangrejo, que estaba borracho y muy descompuesto con las damas.

Cada bailarín se dio maña de salir con el pellejo sano de ese toletote. Tigre, aprovechando sus uñas, se bajó a la tierra por las paredes del cielo; Anance se descolgó con sus hilos; Cucaracha voló; Araña se enredó en los cuernos de Toro, que se mandó escalera abajo; Conejo, se hizo el muerto, Ñeque o Guatín brincó como pudo a una montaña contigua; Tortuga se metió dentro de su concha, y así, todos fueron desocupando la sala.

Sapo que estaba borracho, echando paja en la cantina, sin darse cuenta de lo que sucedía, quiso saltar como Venado. Cuando venía entre las nubes, gritaba:

— ¡Apártense piedras porque las reviento!

Al caer sobre un cascajeral de las minas de Nóvita viejo, quedó como hoy está: sin cadera, sin pecho, sin nariz. . .

### LA BEBEZÓN

En una fiesta que hicieron los animales, se acabó el trago y se pusieron los bebedores a pensar quién podía ir al pueblo vecino a conseguir unas botellas de anisado para continuar la parranda. El primero en excusarse fue el Tigre, con estas palabras:

—Yo no voy, amigos, porque estoy mareado. Temo quedarme en el primer guaico que atraviere, pues la mona me da, en los últimos tiempos, con trasbocaderas, sudores y descoyuntamiento de todo el cuerpo. Es la vejez. Las zancas no me sirven para nada. Este bendito reumatismo me tiene ñato. Me hace caminar despacio, que no regresaría en este mes. Por lo demás este acecido que me oprime el pecho cuando corro, es un obstáculo para lo que ahora se necesita.

—Aunque yo he sido ligero, dijo Conejo, hoy no estoy para viajes. Los malditos clavos que me dejaron las bubas me están saliendo de nuevo. El gualanday molido no me quiso. Camino como los que estrenan botines. ¡Y con tanto trabajo que tengo en la sementera! Tal vez tía Tigra. . .

—No, dijo el Tigre con presteza. Esa sí que menos. . . Con esa barriga que tiene y la churiadora que no la deja ver vida llegaría el día del juicio final. Quizá primo Guatín, que está joven, podría darnos ese gusto. . .

—No, tío Tigre, respondió Ñeque. Estoy echándole el ojo a una hembra, y si me voy. . . Mandemos a Perro.

—Cuándo, amigo. Yo ya me voy pa la casa. Mis hijos 'tan solos porque la mujer se fue ayer pa el rastrojo. ¿Y Zancudo no podría pegar un brinquito y ayudarnos?.

—No, viejito. El pueblo está muy lejos. Como me he estado poniendo unos vahos calientes y unos pringues pa.la rasquiña que me acosa, no puedo pisar agua fría. Que vaya Sapo, que no debe en los estancos, y fiesta continuada.

— ¡Caramba! Buen descubrimiento. El tipo para esto es el Sapo, dijeron todos. Conquistado y con la plata en el bolsillo, se entró al cuarto a despedirse de su esposa que roncaba patas - arriba en una tarimba.

Después de mucho tiempo de espera, la gente comenzó a murmurar:

—Hasta se habrá robado la plata. Con lo arrancado que está. . .

—Y con las deudas que tiene.

—Y con lo cambamero que es. . .

El Sapo oía todo, pues estaba detrás de una puerta arreglándose los pantalones. Dispuesto a cortar las habladerías, sacó la cabeza y dijo con voz recia:

—Si me molestan no voy para ninguna parte. Estoy aquí todavía porque se me ha caído la pampanilla y busco la verijera.

## V. CUENTOS DE ARAÑA

*Araña y tío Tigre.* Cuento tumaqueño.

*La muerte de la Araña.* Cuento chilvisеño.

*Araña y el Sapo.* Cuento nuquiseño.

### ARAÑA Y TÍO TIGRE

Un día bajó Araña a la playa de la Viciosa con el ánimo de robarse unos huevos de Iguana para el almuerzo de sus hijos. En la búsqueda se le apareció Caimán, que quiso mandársela al cuerpo, porque dizque se le presentaba a buena hora, y él no había desayunado.

Huyendo de su enemigo se metió en un cañuto de palma. Con ganas de aprisionarla, Caimán, que era un hombre gordo, se entró por la parte ancha, pero como el trozo tenía forma de embudo se contuvo por los hombros en la mitad de su carrera. Araña, que era un fífirí, salió al otro lado y con arena pudo ahogar a su rival, que descuartizó para llevarlo a su casa. Ya tenía con sus hijos alimento para vivir algunos días.

Tigre que observaba desde el monte el boleo de sus vecinos, se abalanzó sobre Araña con la idea de quitarle lo que Dios le había dado. Para evitar alboroto y complicaciones con la justicia, le perdonó la vida, creyendo que al enamorarla podría arrebatarle la fortuna. Araña, mujer al fin, aceptó las palabras de Tigre y fueron enamorados.

Puesto que Araña no soltaba la carne. Tigre, haciéndose el meloso, pidió a su querida que lo peinara. Para ello se acostó en la falda de la amiga. Añara aceptó pero si se arrimaba a un árbol, ya que ella estaba muy cansada por el trajín que había tenido. Tigre consintió. Entonces Araña lo lió fuertemente a un árbol que les daba sombra.

Preso Tigre, Araña le cantó la tabla con estas palabras:

—Mal hombre, descarado, ¿creías que iba a trabajar para darte de hartar? Yo no soy tía Tigra que pasa las de San Quintín para llevarse un grano de arroz a la boca. Yo no soy como ella que trabaja de sol a sol, marimbeando de un estero a otro para no morir de hambre. . .

Frente a Tigre pasaron todos los animales, sin que ninguno lo libertara. Así murió de hambre y de sed, amarrado al machare que estaba cerca de la playa.

### LA MUERTE DE LA ARAÑA

Araña era una mujer pobre que para darle de comer a sus hijos robaba manteca al rey de la población. El rey, sintiéndose perjudicado, ordenó a sus vasallos que se pusieran en guardia para coger al ladrón y castigarlo. De esta manera vino a caer Araña prisionera.

Hecho el consejo de guerra, y como palabra de rey no puede faltar, Araña fue condenada a morir en el patíbulo, con la soga en el pescuezo.

No hallando medios de conseguir su libertad, pidió al rey que le permitiera ver a sus

hijos, despedirse de ellos y bendecirlos por última vez. Llegados a su presencia, solicitó de ellos cómo se iban a lamentar por su muerte. Todos respondieron que con llantos, ataques y gritos, con temblores en el cuerpo, rasgándose los vestidos, desnudándose, trabando los dientes y mordiéndose la lengua, así como hacían los negros que vivían en la isla. Sólo el más pequeño expresó:

—Yo lo haré de otra manera, madre.

A la hora del suplicio, el niño se montó en el techo de una casa vecina a la ejecución y empezó a llorar estas palabras:

—Si matan a Araña, no habrá más sol sobre la tierra; no caerá aguacero; no se verán ni la luna ni las estrellas, se secarán los sembrados; habrá peste en el mundo; el mar y los ríos terminarán, y la gente se morirá de hambre. . .

El rey, creyendo que estas palabras venían del cielo, ordenó soltar a Araña, que no robó más sobre la tierra.

### ARAÑA Y EL SAPO

Una vez San Pedro invitó a un baile en el cielo a todos los animales. Tío Sapo quería ir, pero como el cielo estaba muy alto y sus piernas eran cortas, no podía dar el brinco y caer al sitio convenido. Rogándole a Araña lo llevara, le dijo:

—Lléveme, tía. Quiero bailar por última vez en esa casa tan lujosa. Me atraen las luces, los espejos, las cortinas de seda, las sillas que se hunden. . . Si me trepa, cantaré allá la pieza que he compuesto para usted, y que será de su agrado.

Araña lo enredó en su maleta y cargó con él. En la fiesta, ya medio llenadora por los competentes que se había guardado entre pecho y espalda, llamó a Sapo y le recordó su ofrecimiento:

—Bueno, sobrino: cante el pasillo prometido para que lo bailemos. Usted sabe que yo soy un trompo en la sala, y más cuando lo hago con distinguidos de su laya.

Sapo hizo señas a la música general para que cesara un instante, y empezó a cantar:

—Mi comadre Araña cagó cabuya. . .

A lo que respondía la vieja, avergonzada:

—¡Ay! Compadre Sapo, no lo haga bulla. . .

Araña se entrompó y juró no bajar a su sobrino del cielo. Terminada la fiesta. Sapo, sin poder abandonar la sala del baile, se escondió detrás de una puerta y comenzó a dormir el trasnocho. Allí lo encontró San Pedro, quien le dijo:

—¿Conque aquí todavía? ¿No te das cuenta que el baile se terminó hace rato y que todos los convidados se han marchado otra vez a la tierra? ¿Por qué te has quedado? ¿Es que piensas robarte los paños de los altares, las velas y los vestidos de los santos? ¡Fuera, fuera, sinvergüenza!

Como Sapo no bajara porque no podía, San Pedro le afrijoló una coca y una patada que lo mandó cielo abajo. Al caer se partió la rabadilla y quedó como está hoy.

Araña, al saber esto, se frotaba las manos, diciendo:

“El pan de la venganza  
se come frío,  
esta tarde me toca  
comerme el mío”

## VI. “PASATAS” DE ÑEQUE O GUATIN

*Cómo y cuándo le crecieron las orejas. Cuento nuquiseño.  
Batalla contra los Tigres. Cuento nuquiseño.*

### COMO Y CUANDO LE CRECIERON LAS OREJAS

En una ocasión fue Ñeque - Guatín a donde Dios nuestro Señor para que le hiciera crecer como Tigre, Venado o Caimán. Dios le prometió aumentarlo de carnes siempre que le llevara el colmillo de Culebra y la uña de Águila. Guatín salió a conseguir estas cosas, silbando.

Con un merique en la mano, empezó a decir a todo el que encontraba:

—¿Cómo es que dicen que tía Culebra no cabe aquí? ¿Es que ella es la más gorda del mundo? Ni porque fuera tía Ballena.

Hablando de esta manera dio con Culebra, que estaba recibiendo el sol en un estero. Al verla. Ñeque dijo con zalamería:

—Ola, tía, cómo me alegro verla. Si usted supiera que andan diciendo que usted no cabe en este catango, se enojaría. Así aseguran todos, hasta el mentado Conejo.

—Pues no es así. Ahora verá cómo los dejamos con sus embustes.

Y se metió. Ñeque la tapó. Para poderla soltar, el Guatín la quitó el colmillo mayor, agregando para su coleteo:

—Cero y va una.

Después de dar con el Águila, le dijo:

—Apuesto, tía, a que usted no puede conmigo en las espaldas. Como carne gorda no es bastimento. . .

Águila, ufana de su fuerza, dijo:

—Móntese, sobrino, para que se desengañe. . .

Ñeque se montó. Le cortó la cabeza y le sacó la uña que con el colmillo llevó a nuestro Señor, quien al ver lo que había hecho, le dijo sonriendo:

—Si así pequeño tienes tanta indormia, que será con más cuerpo.

Como castigo de sus picardías, le templó las orejas, que crecieron como están hoy.

## BATALLA CONTRA LOS TIGRES

Para salir a caminar, Guatín buscó por compañeros a Gato y Perro. Se embarcaron en una canoa grande y se echaron río abajo.

La primera posada era un pueblo habitado por Tigres. Bajando hacia el caserío. Ñeque y sus amigos dieron con uno muerto sobre la playa. Le cortaron la cabeza y siguieron adelante.

Guatín, que había pedido permiso para hacer la cena, ordenó al Gato a que sacara de la guambia fiambarrera la cabeza del Tigre para hacer el guarrú. Los dueños de la casa, al oír y ver sacar, con todos sus pelos y señales, la cabeza de uno de los macucanes del poblado, se pusieron tristes. Fue el momento aprovechado por Guatín para decir a sus compañeros:

—En la mitad de la noche yo los aguijaré con estas palabras: “¡Adelante, muchachos! ¡Adentro, que yo he sido tigrero viejo!” Ustedes saldrán ladrando monte adentro, en tanto que yo grito y disparo.

Así se hizo. Con esta treta los Tigres huyeron, y los viajeros, bien agasajados por los habitantes del contorno, siguieron su viaje, felices y contentos.

## VII ANDANZAS DE CONEJO Y TIGRE

*El novillo.* Cuento nuquiseño.

*Las castañas.* Cuento nuquiseño.

*La apuesta.* Cuento nuquiseño.

*Las moras.* Cuento baudoseño.

*Nueva venganza de Conejo.* Cuento del río Mira.

*El entierro de la Coneja.* Cuento patiano.

*Conejo y el comerciante.* Cuento barbacoano.

*El velorio de tío Tigre.* Cuento istmineño.

*La subida al cielo.* Cuento condoteño.

*El cazador cazado.* Cuento del río Tamaña.

*Conejo y la tía Tigra.* Cuento noviteño.

### EL NOVILLO

Un día en que Tigre estaba de cacería por el cerro de Tribugá, se encontró con Conejo tan de manos a boca que éste no pudo correr, y el tío puso preso al sobrino. Entonces Conejo suplicó:

—Si me suelta, le pago un novillo gordo que tengo amarrado en el pasto que se ve allá arriba. ¿Qué va a hacer con mi esqueleto? No tengo una onza de fuerza ni de manteca por la viruela castellana que acaba de pasar. Fíjese cómo estoy todo saratano por la maldita

enfermedad. Mire aquí, y cuénteme las costillas. Hará mascón el novillo que conmigo. ¡Qué rico es el tuétano de la vaca con plátano maduro! ¡Qué buenas son las gelatinas que se sacan de las patas del toro! ¡Y la fuerza que da el consomé de huesos! ¡Si el ojo de vaca le sienta bien, dado que está envejeciendo! ¡Verá mejor y podrá hacer cosas mejores con sus ojos que engulléndose a un atembao como yo!.

Tigre lo soltó, y Conejo dijo:

—Ahora, tío, quédese aquí al pie de este árbol mientras yo subo a arrearle el animal.

Cuando estuvo en la montaña. Conejo gritó:

— ¡Tíooo! ¡Tíooo! ¡Cierre los ojos y abra las piernas, y agárrelooo! ¡Allá vaa!

Así lo hizo el Tigre. Conejo movió una piedra grandísima que contenía el cerro, la cual cayó sobre Tigre, aplastándolo.

Y cantando, cantando,  
se fue acabando.

### LAS CASTAÑAS

Una tarde que Conejo comía castañas, se le acercó Tigre y le dijo:

—Sobrino, ¿qué es lo que usted come tan sabroso?

—Es uno de mis huevitos que me estoy merendando, tío.

—Si no me da, lo paveo ahora mismo.

Conejo obedeció, y a Tigre le pareció muy sabroso aquello. Tigre dijo entonces:

—Si los suyos que son tan pequeños saben tan bien, ¡qué no serán los míos, criados con buena carne! Voy a quebrar uno pa' que probemos algo de verdad.

Diciendo y haciendo, metió un suyo entre dos piedras y dio con fuerza, quedándose medio muerto. Al verlo Conejo en ese estado, se burló de su tío, que lo amenazó diciéndole que otro día se verían las caras y se las cobraría todas juntas.

### LA APUESTA

Conejo hizo una apuesta con Tigre. El pacto consistía en que Tigre no enrollaría una cabuya que él. Conejo, tendría cogida de un extremo metido en el río. El vencedor podía disponer de la vida del otro a su antojo y amaño.

Tigre, conocedor de su fuerza, convino inmediatamente. Ya tenía carne para esa semana, se decía interiormente. Comerían sus hijos más y mana Tigra subiría de peso. ¡Con lo langaruta que estaba! Era una locura la competencia. Conejo tenía que estar loco, conjeturaba, relamiéndose y atusándose los bigotes.

Pero Conejo había hablado con Ballena, que odiaba al desalmado de Tigre que comía más que la llaga de Merejo, y mataba a toda prisa y con brusquedad por ver hacer gestos a sus enemigos. Ballena había dicho:

—Yo sostendré la cuerda en la boca, y usted, sobrino, montado en mi pescuezo, sostendrá la cabuya con las manos. Lo venceremos, Conejo. Como no note la guapucha.

. .Principiada la lucha. Conejo sobre Ballena, y haciendo un fingido esfuerzo, llevó hasta el agua al viejo tío, que se ahogó por no saber nadar.

### LAS MORAS

Un día se fue Conejo a pasear y se encontró con Tigre. Para evitar desaguisados y pataletas invitó a su tío a que lo acompañara por el campo. Al subir una falda, Conejo vio unas moras en la copa de un guayacán frondoso, y se dispuso a cogerlas, alegando que eran muy sabrosas y buen alimento. Al subir tomó una piedra grandísima, por lo que Tigre le dijo:

—¿Y qué va hacer esa piedra allá arriba?

—Pues a desprender las moras, porque están muy pegadas a la rama.

Cuando estuvo bien arriba, insinúo:

—Ahora, tío, abra la boca y cierre los ojos. Las moras se comen con los ojos cerrados para que sepan más sabrosas.

Al ver las muelas del tío, Conejo largó la piedra que llevaba. Se le volvieron astillas las quijadas, dejándolo medio muerto. Mientras Tigre se revolcaba. Conejo siguió su camino, cantando:

—El que agravia escribe en l'agua,  
y el agraviado en l'arena,  
cuando el que agravia se olvida,  
el agraviado, se acuerda. . .

### NUEVA VENGANZA DE CONEJO

Llegada la época de la siembra de arroz, Tigre y Conejo, como buenos amigos, se fueron a vivir al Mira, en donde hicieron casa y pararon trampas para cazar ratones y alimentarse convenientemente. La Tigra con los hijos se quedó en el Brazo de Purún, en espera de su marido.

Una tarde que salieron del trabajo y Conejo se bañaba, oyó al amigo hablando solo, que decía:

—A este me lo meriendo yo. Es mío. Estamos solos. Ese cuerpo zaramullo no será pa la tierra estando yo con vida. . .

Advertido Conejo de lo que le esperaba, puesteo a Tigre y le salió adelante. No sólo lo mató sino que lo despresó, y vuelto brinchas lo secó al sol, lo empacó y se lo llevó a la Tigra, que recibió al sobrino con muestras de alegría. Al ver a la vieja, dijo:

—Esta bobada se la manda mi tío. ¡Siempre tan galante! Que está bueno y que bajará cuando acabe de labrar un bote que ya tiene empezado. Cuando baje, según entiendo, creo que se irán a vivir a Buenaventura. Con las cosas que está acumulando, podrán vivir flojos en ese puerto de parrandas. . .

La Tigra dio las gracias, y Conejo desapareció. Pero pasado cierto tiempo, los hijos del Tigre comenzaron a oír en las orillas del río:

— ¡Muchachitos barrigones que se han comido a su taitaa!

Los tigrillos contaron a su madre lo que oían con frecuencia. La vieja, para darse cabal cuenta de lo que sucedía, fue al río con unos calabazos y a jabonar unas mantillas. Trabajando estaba cuando oyó:

—Viejita descarada que te has comido a tu marido. . .

Al levantar la cabeza vio que el que hablaba era Conejo. Comprendiendo su viudez, salió tras su sobrino con el ánimo de castigarlo, lo que no logró porque el malvado había echado a correr como alma que lleva el diablo. . .

### **EL ENTIERRO DE LA CONEJA**

Un día contó Conejo que su mujer se había muerto. Pobre como era, y deseando enterrar a su esposa con pompa, con el cura y repiques de campanas, se fue a donde Cucaracha a que le prestara diez pesos para los gastos. Cucaracha, después de muchas trabas, hizo el préstamo pero firmando documento.

Conejo pasó a casa de Gallina en busca de cien pesos, invocando el hecho del entierro de su consorte. Mientras hablaba de su esposa lloraba de tal manera que partía el alma. Tía Gallina, pichicata como era, le echó en cara su vagabundería, su falta de trabajo, su pobreza, pero al final, consolándolo por la pérdida, le entregó lo que necesitaba.

En la posada de la Zorra, que era muy lujosa y llena de plumas, se detuvo a solicitar un nuevo préstamo de trescientos tucanos. Aquí no sólo habló del entierro sino de la socola que tenía por hacer en la finquita que se estaba amontando a causa de la enfermedad de la Coneja. Recibido el dinero, pasó a la tienda de Perro, al que le hizo el tiro por mil patacones. Perro lo regañó por no ser un hombre de arranque, por sus continuas camorras con Tigre, mas también le dio lo solicitado.

No contento con lo recogido, se fue a donde Tigre. Con prudencia fue diciendo que la plata era para enterrar a su querida Coneja y para recoger un maicito que había sembrado en la menguante. Muchos razonamientos hizo el Tigre para no dejarse coger de este sobrino molesto, pero al fin, como los otros, dio en alhajas lo que Conejo pedía llorando y con ataques semejantes a los que padecen los muchachos lombricientos.

Conejo no hizo nada por pagar, sino que esperó a que todos le fueran a cobrar, pues él, pensando mal, había expresado que el que no llegara el día de San Bartolo, no podía quejarse de su hombría de bien.

La primera en presentarse fue Cucaracha. No se había sentado cuando asomó Gallina, hecho que advirtió Conejo a su primera acreedora. Esta quiso huir, pero el malvado le hizo saber que por el servicio que le debía, iba a ayudarla. En dos minutos la metió debajo de una batea grande y salió a recibir con reverencias a la que ya subía la escalera.

—Ha llegado a buena hora, tía, pues le estoy guardando un bocadito, por se hoy día de mi santo. ¡Qué oportuna es usted!. Entrese de ese sol, y tome asiento para que se refresque del camino.

Aquí iba en su conversación, cuando, por detrás de la casa, se dejó ver la Zorra. Para evitar encuentros desagradables, empujó al cuarto a Gallina y la zambulló debajo de la

misma batea donde temblaba Cucaracha.

Con Zorra fue diferente. Le hizo saber que almorzaría allí para que se diera cuenta que había empezado a ser hombre juicioso. Principiaba la llegada a lamentarse del mal tiempo, de las crecientes de los ríos y las guerras, de la política y las enfermedades, cuando metió las narices el Tigre por entre los platanales que rodeaban la casa de Conejo. Hubo apuros en los visitantes, especialmente en Gallina y Zorra, que pidió al dueño de la posada la escondiera. Conejo de un brinco la metió en la batea donde temblaba Gallina, después de haberse devorado a Cucaracha.

Dos tragos se habría servido para celebrar el encuentro y la vieja amistad, cuando de pronto asomó el Cazador, que también venía por lo que Conejo le adeudaba. Al Tigre le temblaban los colmillos, le daban vueltas los mostachos, y las uñas buscaban asidero. Conejo, que vio esta terronera, dijo:

—Tío: por su bondad conmigo, no le dejaré perecer en mi casa. Métase debajo de esta batea hasta que pase ese intruso, y seguiremos platicando de tantas cosas que nos gustan . . .

Con el Cazador, Conejo habló a calzón quitao. Le hizo saber que si le abonaba lo que le debía, le mostraba dónde estaba el Tigre, ese criminal que se comía a los más bobos. Convenido el asunto, Conejo mostró la batea donde se hallaba prisionero el ladrón de cerdos y perturbador de la comarca.

### CONEJO Y EL COMERCIANTE,

En los tiempos antiguos, por allá en los días de mama-Upa, Guapi tenía un comerciante de mala reputación. Dizque se había enriquecido con la uña y a todo ful. Sabedor Conejo de esto, se trasladó del río Naranjo a las playas de Guapi con el ánimo de darle una lección a ese individuo que fatigaba a todo el mundo. Hasta tío Tigre, tan mojado, le debía ya los pelos de la cabeza, y Tortuga, por una cachimba de barro y una botella de resacao había tenido que entregar lo último que le quedaba.

Aprovechando que el comerciante venía de Tumaco con una canoa de bastimento, Conejo se tendió sobre la orilla, fingiéndose muerto. El hombre vio el animal, pero no le hizo caso. Viendo Conejo que no caía en la trampa, se levantó, y, cortando la travesía, se tendió más adelante. El comerciante, al ver otro Conejo muerto, se dijo para sí:

—Por aquí como que hay peste de Conejos.

Y siguió adelante.

Conejo se levantó y se volvió a fingir muerto más arriba. En esta ocasión, el viajero dijo: —Voy a recoger estos animalitos. Siendo como son un buen alimento, se pueden librear en Guapi y obtener buena ganancia. Con la escasez que hay allá de carne fresca, puedo venderlos caro. Si un ratón de un jeme vale cuatro reales, las doce onzas que yo doy como libra, pueden valer un patacón. Verdaderamente Dios me ayuda con estos regalos que me hace.

Echó pie en tierra y levantó al Conejo que tenía delante. Luego siguió río abajo en busca de los que había dejado atrás. Al verse solo, Conejo se robó el contenido de la canoa

que valía muchos miles de pesos, dinero que repartió entre los guapireños, que recuerdan la acción con cariño y agradecimiento.

### **EL VELORIO DE TÍO TIGRE**

Queriendo Tigre matar a Conejo, se fingió muerto. La Tigra invitó al sobrino al velorio, diciéndole:

—Ayer, a las tres de la tarde, murió su tío. Lo mató el cólico miserere. Prima Anguilla dice que fue brujo soplao. Pudo ser, porque a nosotros nos odian por aquí, nada más que porque trabajamos. Mi marido, al morir, lo recordó mucho. Me rogó que lo llamara a su última noche a fin de que alegrara la velada con algunos cuentos de su cabeza, que son tan buenos y salados.

Conejo asistió vestido al tres. En la mitad de la fiesta se atrevió a preguntar:

—Bueno: ¿y de qué murió mi tío?

—Ya le dije, sobrino, que de cólico, respondió Tigra.

—De esto solo no muere nadie, replicó Conejo, desconfiado.

—Tigre murió medio entutumao. La tonga que tomó para ver entierros no le salió bien, y vino de cierto tiempo para acá guayando, hasta rendirse definitivamente. Yo hice lo que pude. Médicos no le faltaron, ni tampoco medicinas.

—Todo el que muere de eso que usted dice, pee antes de morir. ¿Lo hizo mi tío?

—No, sobrino.

Casi junto con estas palabras, el difunto; que se había ido hinchando a la vista de la concurrencia, soltó una ventosidad que pasmó a todo el mundo. Oído esto, dijo Conejo:

—Muerto que pee, Conejo no vela.

Y salió corriendo. Tigre lo persiguió hasta que Conejo se metió en una cueva, donde su tío lo tomó de una pata. Al verse cogido. Conejo exclamó:

—¿No dizque lo que deseaba era cogerme? Entonces, suelte la raíz y agarre mi pata, que es la que está al lado suyo.

Tigre, que no veía por la rabia, lo soltó y le echó mano a una raíz cercana, con lo que Conejo huyó libremente cueva adentro.

### **LA SUBIDA AL CIELO**

Queriendo Conejo subir al cielo, recibió orden de San Pedro de llevar en un zumbo todas las avispas del universo y los colmillos del Tigre. Si no se presentaba con estas cosas, no vería la cara de Dios ni pisaría el paraíso. Conejo se alejó pensando:

—Poco es lo que piden.

En la marcha se encontró con Tigre, al que invitó a bailar en casa de Zorra. Vestidos de picapena llegaron al convite. En la mitad de la fiesta, Chupaflor, medio pasmado, dijo:

—Mire, tío Tigre: toque usted la marimba para ajustar esta carajada. Este baile está malo. Sólo tocando usted como lo hacía en Timbiquí, puede calentarnos la sangre y hacer que las muchachas suelten las caderas. . .

Conejo, que estaba en lo que estaba, hacía beber al viejo los tragos más grandes para que se emborrachara prontamente. Le metía vino con sal, anisado con humo de tabaco, ron mezclado con aguardiente, biche con zumo de papas podridas. En un momento. Tigre, abrazando a su sobrino, le dijo:

—Hoy sí está esta criaturita como Dios manda. Si así se manejara siempre. . .

Pasaron varios días en la fiesta, porque Tigre era duro para el trago. Al final de la semana. Tigre soltó los instrumentos musicales y cayó desguayungado en la sala. Conejo, acucioso, le dijo al oído:

—Ahora, para que se vayan estos intrusos, abra la boca. Con el rugido de su garganta los invitados se asustarán y huirán, y usted podrá dormir a pierna suelta esta rasca que pinta ser muy buena. Por mi tía no se preocupe. Si en el rancho llegan a necesitarlo, le prometo reemplazarlo en un todo y por todo.

Solos ya. Conejo le arrancó los colmillos.

Llegado donde Avispa, saludó diciendo:

-¿Cómo le va, tía?

—Mal, sobrino, mal. Con la compra que han hecho los ricos de la tierra, nosotros ya no hallamos barro para construir nuestras viviendas. Por un pite de lodo ya cobran los bellacos. ¡Y saber que la tierra la dejó Dios para todos! ¡Qué picara es la gente! ¡Cobrar por una pelota de pantano! ¡Siquiera usted, sobrino, vive lejos de este infierno!

—Precisamente, tía, de esto quería hablarle. Supe por Diostedé lo que le estaba pasando, y vine a ofrecerle mis servicios. Bien sabe usted que una mano lava a otra. Si usted quisiera meterse en esta chuspa con sus hijos, los llevaría con gusto a otro sitio donde los cristianos viven como hermanos. Allá no se paga nada. Ni agua ni luz, y la tierra es del que la necesita y la trabaja. . .

—Y haberlo dicho, sobrino. Nos vamos ahora mismo, manque se pierda lo que se pierda.

La Avispa, sin recapacitar lo que hacía, metió en el saco a toda su familia y luego se acomodó en él como pudo. Cuando la jíquera zumbaba como un mar. Conejo, con su carga a la espalda, salió hacia el cielo, donde, según cuentan, vivió una temporada.

## EL CAZADOR CAZADO

Tigre y Conejo se presentaron en una reunión en donde estaban todos los animales. Cuando Tigre se emborrachó, pensó comerse a muchos de sus amigos, empezando por su sobrino. Algunos fiesteros protestaron con timidez. Alguno dijo:

—Vea, tío: la precipitud trae cansancio. No se desmande. Si quiere algo para picar lámbase a Cucaracha que anda por los rincones, o a Anance, que es un pobre diablo. Pero empezar por Conejo. . .

La Ratona apuntó calmadamente:

—Es muy grave lo pensado, tío. No se olvide que el que busca, encuentra. Con los hombres que hay aquí, usted tiene que pelar muchos cocos. . .

—Además. . .el que está libre no se aprieta, refunfunó Hormiga, hablando con Zancudo.

—No se meta, tío, agregó Piojo. Hoy puede sobrarle papayo. . .

Pero Tigre no oía razones. Con hambre de carne humana se lanzó tras Conejo que se metió por un agujero y salió al otro lado sano y salvo. Tigre intentó hacer lo mismo, pero se quedó del cuello, agarrado en la hendidura. Conejo se le puso al frente y comenzó a decirle:

—Usted quería comerme hace tiempo, pero hoy me toca a mí cobrarle las verdes y las maduras, chupándome la sangre. Lo haré calmosamente. Haré blanda su carne a punta de fuego y de candela. Mucha parte de su cuerpo lo ahumaré para los días que se aproximan. En mayo y junio permaneceré en casa ruñiendo sus canillas y los huesos de su cabeza. . .

— La fiesta va a seguir por mi cuenta, dijo Guatín. Sobre su cadáver pondremos las totumas, los calabazos y los cántaros de chicha. Con sus dientes haremos candongas para nuestras mujeres. Al fin, con su muerte, vamos a respirar, tío Tigre.

—Con sus bolas jugaremos fútbol, agregó la Ardilla. Con sus barbas amarraremos nuestros potros, sin importarnos el dolor de Tigra, a quien usted quería tan poco. . .

—Su cuero servirá para hamacas y zurrones para guardar anzuelos, plomos de atarrayas, tacos de escopetas, brea, interrumpió Perico. Ha sido malo con nosotros, y nos las va a pagar...

—Tómese el último trago, volvió a decir Conejo. Ya están arreglando la candela donde será pelado con cuidado. Tocando en su concha está Armadillo, y Tortuga suena su caparazón como tambora. Por nuestro Señor Jesucristo, prepárese que va a morir sin confesarse. . .

El Tigre se largó a llorar. Pidió perdón por todos los males cometidos, prometió enmendarse, firmó caución de buena conducta. . . y lo sacaron de su prisión.

## **CONEJO Y LA TÍA TIGRA**

Un día la Tigra llamó a Conejo a su servicio. Le hizo saber que necesitaba un muchacho despierto como él, capaz de verle sus hijos cuando ella estuviera trabajando. Conejo aceptó, con la condición de que le diera la comida y la ropa, medicina cuando cayera enfermo, vacaciones los domingos, y cesantía cuando se retirara de su lado. Así había permanecido en casa de Anance, de Cucaracha y de Tortuga.

En la primera tarde, la vieja encontró en la casa un sancocho sabroso que Conejo había preparado. La Tigra, un tantico desconfiada, preguntó por la procedencia de la carne de ese potaje, a lo que respondió Conejo:

—Para matar el tiempo, hice unas trampas allá abajo en la socola, de mano Sapo. Hoy hallé varios ratones con los cuales ha sazonado este caldito. No quedó como hubiera querido, porque como aquí faltan tantos condimentos. . .

Tigra dio las gracias, ya que le evitaba pensar en la merienda. Impedirle fiar, era mucha gracia. Con lágrimas en los ojos bendijo a ese sobrino tan ingenioso y trabajador que le servía tan oportunamente.

Al séptimo día, dijo Conejo:

—Hoy no le he guardado nada, tía, porque los muchachos han molestado mucho y no he podido ir a ver las trampas.

—Bueno sobrino, usted ha hecho mucho por mí. Por Dios y usted he vivido estos días. Por hoy fiaremos donde Lagartija una libra de arroz y una lata de sardinas. Con eso, cenaremos. Tráigame, ahora, los muchachos para darles de comer, chumbarlos y pasar a la cocina. Si uno no tuviera barriga, qué felices seríamos, sobrino.

Conejo cargó con el tigrillo que quedaba a que recibiera el alimento. Como la tía siguiera pidiendo hijos, pues eran siete, el sobrino le llevó otra vez el primero, que ya no mamó casi nada. Al ver este desgano, dijo la Tigra:

—Sobrino: ¿éste no fue el primero que me trajo?

—Sí, tía. Lo que pasa es que no hay más, pues los otros, con la carestía de carne, se los ha venido merendado. . .

La Tigra, llena de ira, trató de alcanzar a Conejo, quien salió cerro arriba como una ventolera. . .

## VIII. VIDA Y MILAGROS DE ANANCE

*Muerte y resurrección de Anance.* Cuento tumaqueño.

*Anancio y el Demonio.* Cuento tumaqueño.

*Anancio y la calavera.* Cuento atrateño.

### MUERTE Y RESURRECCIÓN DE ANANCE

Anancio era un hombre pobre y lleno de deudas. Desde que amanecía, hasta la hora de acostarse, los acreedores no salían de su rancho, cobrándole. Era una gurgunera de gente que entraba y salía cobrando comida, ropa, medicina, arrendamiento de tierra, y mil cosas más.

Un día llamó a su mujer a que le ayudara a pensar cómo se libraba de tantos compromisos. Después de mucho rato convinieron en que, si se hacía el muerto, tal vez sus favorecedores le perdonaban las cuentas que lo aniquilaban. Con un lápiz y una cartera, se metió en un ataúd, y cerró los ojos.

Tendido en su cajón resistió las burlas de quienes fueron a visitarlo. Perro dijo:

—El año pasado le facilité una libra de arroz para regar en su tierrita. El producido se comprometió a partirlo conmigo, engañándome, naturalmente, porque la cosecha la tenía empenada a Gorgojo. . .

—Ni muerto estará ese lambeladrillos, agregó Sardina. Con lo zorro que es el miserable, estará oyendo lo que decimos y viendo lo que hacemos. Con su muerte, mi familia gana mucho. Ya no echará más barbasco en la quebrada para acabar con mis hijitos. . .

—No lo critique por eso, tía Sardina, apuntó Conejo. La vida es lucha siempre. Si ha vivido como ratón de sacristía, tenía que ingeniarse para dar vuelta a la cuchara. . .

—Cállese usted, don metido, agregó Tigre. A mí sí me perjudica esta muerte. En el mes pasado le fié dos camisas viejas para sus quicatos que estaban lamparos de ropa. La misma mujer caminaba ya con una mano atrás y otra adelante. Me prometió labrarme una canoa, hacerme un rancho para los marranos, cogermel el maicito que estaba jilotiando. . . Pero si se jodío que se lo trague la tierra.

Destamano los ricos le perdonaron las cuentas a Anancio, quien, después de estar varios días observado por el pueblo, acostado y rodeado de velas, se levantó al final y pudo comenzar una vida nueva con su mujer y con sus hijos.

### **ANANCIO Y EL DEMONIO**

Anancio vivía en un pueblecito, lleno de deudas. Por su pobreza era el mingo de todos. Un día se fue al monte a ver qué conseguía para llevar a su casa, donde lo esperaban su mujer y sus hijos, que eran numerosos. De sopetón dio con un hombre que le preguntó por el objeto de sus andanzas. Anancio le hizo saber que por su pobreza andaba buscando frutas de chanó y táparo para alimentar a su familia.

Oídas estas palabras el desconocido trasladó, en lo que se santigua un cura ñato, a Anancio a su posada. Después de darle un buen refrigerio, le solicitó si tenía hijas casaderas, a lo que respondió el infeliz que tenía una que se llamaba Isabelita, que era la mayor; Juanita, la mediana, y Antuquita, la secaleche. El chapetón, apasionado por ésta, prometió dar carne seca todos los días si le daba a esta rajona.

Habiendo cedido a esta propuesta, Anancio tomó de la barbacoa la carne que pudo cargar y se empuntó para su casa. Pasada la cena, que fue muy abundante, contó lo sucedido. Las hijas comenzaron a discutir por quererse ir a vivir con el hombre que tenía para dar tanta carne. Anancio les hizo saber que la que se iría sería Antuquita, en cumplimiento de su palabra.

Tiñe no tiñe, partió Anancio con su hija. Como no hallara en su casa al desconocido, Antuquita se quedó esperando al que sería su marido. Anancio cargó con más carne y volvió al pueblo, que estaba sorprendido de la buena vida que se pasaba en la casa del antiguo limosnero.

Terminada esta ración, Anancio volvió a la montaña. Conforme al compromiso, se dirigió a la cocina por más carne. Cuál no sería su sorpresa al hallar en el humo la cabeza, los pies y las manos de su hija. Con un garrote acometió al diablo, quien al verse atacado se mandó sobre Anancio buscando asesinarlo.

Anancio huyó. Llegado a su casa contó lo sucedido. El hombre de la montaña era un gigante que mataba a los cristianos que cruzaban el monte alto. La carne de estos era la que había dado al desgraciado de Anancio para que se alimentara con su gente, para obligarlo a trabajar como Dios manda.

## ANANCIO Y LA CALAVERA

Anancio era muy pobre, pero con la ayuda de su mujer había logrado engordar un marrano, cuyo producido estaba destinado a comprar vestidos y pagar algunas deudas.

No obstante este pensamiento, Anancio quiso aprovecharse del marrano y buscó para comérselo él solo. No hallando otra estratagema, le dijo a su mujer que se sentía muy enfermo y que debía consultar con un médico. La mujer, creyendo en esto, y por no quedar viuda, le obligó a salir en demanda del curandero.

Anancio hizo como que iba al pueblo, pero, sin llegar a la ciudad, regresó diciendo que para curarse la debilidad que padecía tenía que comerse un cerdo entero. La mujer, con buen corazón, le dijo que ahí tenía uno. Y agregó:

—Puedes disponer del que está en el chiquero. Más vale tu salud que lo que hemos hecho por criarlo.

Anancio salió al otro día con el marrano de la familia. Lejos de su casa, en una quebrada, hizo un rancho vara en tierra, y mató el animal. Al bajar a coger agua, se le apareció una calavera que le siguió hasta donde iba a comerse el marrano. Hecha la comida, la calavera le infundió un gran sueño, mientras tanto ella comía. Así, hasta que se acabó la carne. Más flaco y más débil, volvió a su casa perseguido por la calavera.

En la casa, siempre que había que comer, aparecía la endiablada calavera. Ponía sueño a todos, y sólo ella se alimentaba. No hallando medios de desterrar este fantasma, la mujer de Anancio se tiró a la casa del cura y contó lo que le pasaba en el rancho. El cura prometió ayudarlos, de la manera siguiente:

—Mañana iré a los alrededores de la casa de Anancio y gritaré en voz alta: “De las calaveras del cura, falta una, falta una, falta una”. Al oír esto, responderás:

Acá está una, acá esta una, acá está una.

De este modo, la familia de Anancio se escapó de morir de hambre.

JOSÉ ANTONIO LEÓN REY  
Departamento de Cundinamarca

Los Tres Calabacitos  
El Burro Sabio  
Las Arepas  
El Padre Adoptivo  
El Hijo de La Lavandera  
Miedo al Diablo  
El Tonto  
Los Dos Compadres  
Dios Te lo Pague  
La Posada  
Negocio con El Diablo  
La Vaquita  
Un Alma en Pena

Al incorporar en esta colección los cuentos, puedo asegurar que se venían conservando en la memoria de los habitantes del Oriente Cundinamarqués, con conocimiento generalizado de algunos relatos y más restringido respecto de otros. En ningún momento afirmo que en la región todos hayan tenido nacimiento; pero es lo natural que en la comarca se hayan introducido variaciones, supresiones o añadiduras a los que no se gestaron allí, para acomodarlos al propio sentir o al ambiente que se respira, que es de plena libertad, sin inhibiciones que amanecen con sancionar por lo que se diga, por lo que se piense, o por lo que se deje de decir. ¡Sagrada libertad!

Bien sé que el mayor acervo narrativo nos llegó de España, nación que supo aprovechar el aporte de los árabes, quienes recibieron fecunda inspiración procedente de Persia y principalmente de la India.

Algunos cuentos pueden tener origen nacional, investigación de interés apasionante pero extraña al propósito que anima esta publicación, que no es otro que el de recoger con cierta premura el tesoro narrativo que todavía permanece como valor actuante en nuestro medio, y que irá cayendo en el olvido por las circunstancias más arriba puntualizadas. Y también pretendo que, distribuido este libro en la región, los que se interesan por el tema folklórico —sé que son numerosos— comuniquen sus descubrimientos para que formen parte de un nuevo trabajo, que conviene llevar a término para salvar muchos relatos que acaso reposan como inadvertidos en los anaqueles de la memoria de muchos coterráneos.

Precisamente para responder a esta necesidad de velar por el mantenimiento de los valores espirituales que parecen evaporarse, existe la Casa de la Cultura de Oriente con sede en Fómeque.

El mayor número de estas narraciones se halla en el campo de lo maravilloso, en ese mundo que se nos quiere escapar porque ya difícilmente podemos desear algo y obtenerlo con ayuda de la varita mágica; es casi imposible encontrar un hada que por lo menos nos sonría o nos otorgue algún don; los gigantes se esconden a nuestras miradas sin que podamos conocerlos; los hijos que se van a buscar fortuna suelen no regresar, o si lo hacen ostentan una estampa más atribulada que la del hijo pródigo; los reyes escasean y los pocos que quedan, ni son tan opulentos como los de antaño, ni tan generosos, ni tan capacitados para premiar la virtud a su talante, porque visten la camisa de fuerza de las leyes, con innumerables auditorías y procuradores. Y quedan muy pocos reyes, cuando antes tropezábamos con ellos y sus palacios detrás de cualquier montaña que presumiera de alguna importancia; no perviven sino unas pocas brujas desteñidas y medrosas y eso porque el pueblo mismo así parece sostenerlo cuando dice: no hay que creer en brujas, pero que las hay, las hay.

Los cuentos humorísticos acaso no tengan tanta antigüedad como los anteriores y representan sin duda un estado de mayor avance social. ¿No serán esos relatos enseñanzas veladas por la alegoría, que pretenden mover nuestra conducta hacia paradigmas ideales de la conducta social? Esta sugerencia parece que estuvo en el pensamiento de Henri Bergson cuando apuntó que:

la risa castiga las costumbres, haciendo que nos esforcemos por parecer lo que debiéramos ser, lo que indudablemente llegaremos a ser algún día<sup>1</sup>.

A veces busca el pueblo divertirse con los santos, tanto en sus cantares como en sus relatos. Y les asigna acciones tan humanas y tan de la vida ordinaria como para colocarlos a su propio nivel, con lo cual goza de lo lindo. Cuando les quita de admiración se lo devuelve en simpatía, porque los hace participar en sucesos que suelen acontecer en el decurso de la vida corriente. Lo hace, no con mal espíritu, sino más bien con cierta ingenuidad socarrona que encubre el cariño que a su manera les profesa. No venga, pues, reproche, por el aparente descanso.

Ahora sólo me resta invitar al lector para que se introduzca en el campo variadísimo de nuestra narrativa popular, carente por fortuna del morbo de lo tremebundo, que en ciertas zonas intelectuales quisieran hacernos gustar.

En nuestra riente campaña del cuento popular volverá a encontrar, quien lo trajine, el embrujo del fantástico mundo de la fantasía; tropezará a poco andar con viejos amigos que habrán de saludarlo aunque sólo sea con un guiño revelador del antiguo conocimiento; y puede acontecer que hasta encuentre nuevos personajes con quienes será fácil intimar y aún establecer duraderas relaciones.

Los posibles nuevos personajes que irrumpen en la simpatía del lector, traerán en compensación modulaciones de la voz recóndita de nuestra Tierra embrujada.

---

*1 Bergson, Henri, La risa, Editorial Losada S. A., Buenos Aires, 153, pág. 22.*

## JOSÉ ANTONIO LEÓN REY

A esta entidad pueden dirigirse cuantos se preocupen por nuestro riquísimo folklor: cuentos, coplas, adivinanzas, agüeros, refranes, modismos, juegos infantiles, costumbres populares, tradiciones, leyendas, aires musicales.

He tenido la fortuna de publicar dos obras que han iniciado el trabajo que debe continuarse; la colección de coplas populares y la de tradiciones y leyendas, fuera de otros trabajos, como uno sobre gallística y otro sobre bailes populares, además de los que corren publicados en periódicos y revistas (i)

El lector encontrará en este libro cuentos de animales; cuentos maravillosos, en que los sucesos se deslizan sobre la rueda mágica del encantamiento; cuentos que han cobrado vida en la fuente fecunda de la leyenda, la superstición y las costumbres populares; cuentos que se recatan bajo el sortilegio de la adivinanza; y cuentos que reflejan el humor del pueblo, jugueteón y hasta un poco irrespetuoso de lo que más aprecia y más ama.

La imaginación popular se complace en atribuir a los animales ciertas cualidades que los caracterizan; el conejo es astuto, crédulo el león, torpe el oso y vanidosa y glotona la zorra. Y les atribuye el don del lenguaje, facultad que sitúa en remotos tiempos, si nos atenemos al modismo muy usado por el pueblo cuando quiere encarecer la antigüedad en algún suceso, caso en que dice: "eso sucedió cuando los animales hablaban". Cuando animalia parlabant, se decía ya en la edad media.

### LOS TRES CALABACITOS

En cierta población lejana había tres mozos hambreados y tan abandonados de Dios y de los hombres, que resolvieron de común acuerdo irse a robar y a matar.

Por el camino encontraron un burro escondido entre una arboleda, tan flaco y con más mataduras que pelos, pues no parecía sino que iba a estirar la pata allí mismo.

—¿Qué haces ahí, hermano burro? le dijeron los tres.

—Aquí, que mi amo me arrojó del establo por viejo y por inservible. Llevadme que puedo seros útil.

Al fin, al ver la insistencia del burro, se lo llevaron.

Más adelante encontraron un gallo que trataba de ocultarse.

—¿Qué haces ahí, hermano gallo?

—Aquí, huyendo porque mi ama quiere echarme a la olla. Llevadme que puedo seros útil.

—No porque con tu canto nos estorbas.

---

(i) *León Rey, José Antonio. Tierra embrujada; tradiciones y leyendas, 1942. Editorial Centro, Bogotá.*

*León Rey, José Antonio, Espíritu de mi oriente cancionero popular, 5.000 coplas clasificadas, 2 tomos, 1951, Imprenta Nacional, Bogotá.*

—Me comprometo a no cantar.

Al fin se lo llevaron.

Más adelante se encontraron una aguja y le dijeron:

—¿Qué haces ahí, hermana aguja?’

—Aquí me dejó caer una sirvienta. Llévame, que puedes seros útil.

—No, porque nos picas.

—No les haré ningún daño, respondió, y al fin se la llevaron.

Más adelante se encontraron una rala (\*) de gallina y le dijeron:

—¿Qué haces ahí, hermana rala?’

—Aquí que me arrojó una gallina.

—Llévame, que puedo seros muy útil

—No, porque hueles a fea.

Pero como insistió mucho, resolvieron llevarla.

Andando, andando, llegaron a un huerto muy provocativo pues a la luz de la luna pudieron observar ininidad de frutas maduras que les hizo llenar la boca de agua, y como iban con ánimo de robar, determinaron poner por obra su propósito.

Como el huerto estaba cercado por tapias y no podían subirse sobre ellas, el burro se arrimó a la pared y pasando por sobre su lomo los tres nóveles ladrones escalaron el corral, con lo que notaron la utilidad que el asno les prestaba. Después abrieron la puerta para que el burro entrase y lo situaron con las patas hacia la puerta de la alcoba de los dueños, que lo eran dos viejecitos que tenían el sueño muy blando y a su servicio habían admitido una sirvienta que dormía profundamente.

Al gallo lo hicieron subir a una viga de la cocina para que observara, a la aguja la clavaron en la pared junto al fogón y la rala fue colocada sobre un jiné. En seguida fueron los tres hombres a robar frutas.

La sirvienta despertó al cabo de tanto gritarla y, como era miedosa, se fue a soplar el rescoldo para encender la vela. Como el fogón estaba en el suelo, se arrodilló y apoyó sus manos sobre los jinés, pero como notara bajo su palma una cosa blanda, olió qué era, y como se trataba de cosa sucia se limpió la mano con la pared, pero como allí estaba la aguja esperando, se dio un pinchazo que la hizo proferir una exclamación de dolor; pero en ese mismo momento, el gallo, que se hallaba despierto y vigilando dejó caer precisamente entre la boca abierta de la sirvienta una rala tibia que la obligó a hacer gargarismos y a lavarse en seguida la boca y las manos y mientras tanto los tres mozos cogieron las frutas que quisieron y se fueron, habiendo aprendido que no hay nada inútil por viejo y feo que parezca.

## EL BURRO SABIO

A un campo muy remoto llegaron tres sabios con el ánimo de estudiar la naturaleza para descubrirle sus secretos y sus riquezas. Estuvieron varios días metidos en unas

---

(\*) Rala: excremento de aves

montañas y, cuando se cansaron, regresaron hacia la población vecina. Pero les cogió la noche y resolvieron pedir posada en la primera casa que encontraron. Llegaron a un ranchito muy pobre y a la dueña, que era una campesina viejita, le pidieron la posada. Ella les dijo que les daría algo de comer como una sopa y huevos, pero que posada no la había porque no tenía sino una pieza que era donde ella tenía su cama, y no había más que el corredor, que estaba ocupado con las semillas para sembrarlas.

Entonces los sabios le dijeron que les permitiera quedarse en el patio pues traían chinchorros y, como había árboles, allí podían guindar (\*).

—Lo malo es que esta noche va a llover y se mojan a la interperie, dijo la viejita.

—¿Qué va a llover? contestaron los sabios. No señora, nosotros somos astrónomos y en la predicción del tiempo, según nuestra ciencia, resulta que no lloverá

—Ahí lo verán, pero me da mucha pena que se mojen.

Los sabios guindaron, le desearon las buenas noches a la viejita y se acostaron entre sus chinchorros porque estaban muy cansados. Como a las tres de la mañana se desgajó un chubasco que empapó a los sabios, que muy confundidos tuvieron que soportar el aguacero. Apenas amaneció, soltaron sus chinchorros y cogieron camino sin despedirse de la viejita, algo apenados por sus predicciones.

Cuando ya habían andado un buen trecho de camino, uno de ellos les dijo a los otros dos:

—Bueno, no nos despedimos de la viejita, ni le dimos las gracias y eso está mal. Pero lo peor es que no supimos cómo conoció ella que iba a llover y es bueno saberlo.

Entonces se devolvieron y le preguntaron por qué había sabido que en esa noche iba a llover.

Y ella les respondió:

—Eso es muy sencillo de saberlo. ¿Ven sus mercedes ese burrito que está amarrado al palo? Pues cuando el burro agacha las orejas y se mete al corredor, es fijo el aguacero. Y anoche lo hizo.

Y los sabios se fueron todos agachados sin decir palabra.

### **LAS AREPAS (1)**

Pues esta vez era un señor muy bien parecido que presumía de ser cazador de mucho saber y experiencia, y un buen día se fue para la montaña y a pesar de lo mucho que correteó de un lado para otro, ya al atardecer se dio cuenta que nada había podido cazar. Y se sintió con mucha hambre y para desgracia no había llevado provisiones. Ya comenzaba a anochecer y al fin divisó un ranchito hacia el cual se encaminó apurándole al paso.

Cuando llegó al rancho, encontró que allí vivía una señora con su hija joven y sumamente bella. Las saludó con mucha atención y les pidió que le dieran la posada y algo

---

(\*) *Guindar: atar en lo alto la hamaca o el chinchorro, para acostarse.*

(1) *Arepa: torta de maíz de forma circular*

de comer porque andaba sin pasar bocado desde el amanecer y estaba muy lejos de su casa.

—Con mucho gusto le daremos una-arepa (1), de las que estamos haciendo para el desayuno, con una agüita de panela. Pero la posada sí no podemos dársela porque vea que no tenemos sino una camita, en la que me quedo con mi muchacha. Y no hay más dónde.

Así dijo la señora y el pobre cazador comenzó a rogarles y rogarles que le prestaran la posada porque no podía quedarse a la interperie expuesto a muchos peligros para su salud y aún para su vida. Y el hombre porfió y porfió y rogó y volvió a rogar tanto que la muchacha le dijo a la mamá que lo mejor era darle la posada. Pero la señora dijo:

—Bueno, será darle la posada. La cama es bien estrecha, yo me quedo en la mitad, mi hija en el rincón y usted en la orilla. Pasará mala noche pero no hay donde más y ya se ve que donde caben dos caben tres.

Muy contento se puso el cazador porque no tenía que dormir a la interperie. Se tomó el agua de panela con la arepa calientica que le dieron, acabada de cocer en la laja (2).

Apenas acabó la señora de hacer las arepas para el desayuno las echó entre un canasto y las colgó de un garabato que pendía de una viga para que no se las comieran los ratones, según dijo la señora cuando las colgaba.

—Ahora sí a acostarnos, ordenó la madre.

La hija quedó al rincón, la madre en la mitad de la cama y el cazador en la orilla. Y apagaron el mechito de vela y se durmieron.

Sería pasada la media noche cuando la señora, quejándose de dolor de estómago, se levantó aprisa y salió porqué tenía que salir. Al momento la hija se hizo hacia la mitad de la cama y tocando al cazador le dijo una sola palabra:

— ¡Aproveche!

Y el cazador al momento se levantó, se fue derecho al garabato, bajó el canasto y se comió todas las arepas del desayuno.

Relatado por LUIS VICENTE ROJAS

## EL PADRE ADOPTIVO

En una hacienda, lejos de aquí, vivían dos matrimonios: el de los patrones, en su casa muy bonita, y el de los agregaos, en una bien humilde. En una misma noche y en ambas casas nacieron dos niños, una niña en la de los patrones y un niño en la de los agregaos.

No sé si esa misma noche o después, la señora pobre dijo:

— ¡Qué raro! ¡ Haber nacido ambos niños en la misma noche como si el Cielo los hubiera destinao pa' casaos!

No faltó quien oyera lo dicho por la buena señora y fuera a'i mismo a contárselo a la patrona. Ella, al saberlo, le tomó harta ojeriza al niño de los agregaos; tanta, que buscó a un

---

(2) Laja: *pedra plana y delgada que se pone sobre el hoagar para calentarla y cocer sobre ella las arepas.*

muchacho para que pasito se sacara al niño cuando los padres estuvieran en el trabajo, pues tenían que dejarlo solo y fuera y lo botara abajo en el río, porque cómo se podía casar su hija con un pobre hijo del agregao.

Así lo hizo el muchacho. Cuando estaba sola la casa, se entró, sacó al niño y se lo llevó corriendo hasta allá bien abajo en el río. Pero le tenía lástima al niño y no podía botarlo. Por eso se sentó a'i en la arena y no sabía qué hacer porque le daba lástima botarlo al río. En esas llegó un señor de a caballo y muy bien vestido.

—¿Qué haces a'í?, le dijo al llegar. ¿Y ese niño, qué haces con él?

Antós al muchacho no le quedó más remedio que contarle lo que le habían mandao y que le tenía mucha compasión al niño.

—Eche pa' cá el chino. Yo me lo llevo y lo crío y así no tienes que echarlo a 'hogar, le dijo el señor de a caballo.

Se lo alargó el muchacho, muy contento, porque así no tenía que botarlo al río. El señor se informó bien de dónde estaba (a casa de los patrones y la de los agregaos y aprisita, aprisita se largó quién sabe par'onde.

La señora rica se puso muy contenta cuando le contó el muchacho que al niño lo había botao allá abajo en el río. Los agregaos cuando no encontraron al hijo al volver a su rancho, se afanaron mucho, lo preguntaron por todas partes pero nadie les dio razón ni chica ni grande.

Al fin tuvieron que conformarse porque qué hacían.

Mientras tanto el niño iba creciendo, y el señor que se lo había llevao lo cuidaba mucho, le daba buenos consejos porque pensaba sacar un hombre de provecho. Cuando ya estuvo crecido y bien estudiao, lo preparó para contarle su historia y al fin le dijo lo que le había pasao cuando chiquito y que, como lo quería tanto y él podía morirse, tenía que llevarlo a que conociera a sus padres.

Así lo hizo. Llegó a donde los pobres con el hijo, que ya era grande, estaba muy bien vestido y educado y les contó todo a los agregaos, que abrieron tamaños ojos y por poco se mueren de gusto de tener al hijo y semejante hijo. Y el señor que les crío al muchacho les dijo que no fueran a contar nada, pero ni una palabra.

A los ricos se les hizo muy raro que esos dos señores tan majos y de tan buen parecer hubieran llegao a 'onde los pobres y no a su casa. Por eso se hicieron los encontradizos para invitarlos a comer con ellos. Así lo hicieron, y entonces fue cuando se conocieron los dos jóvenes y se gustaron, pues la niña de los ricos estaba muy bonita y el joven afuereño era muy buen mozo y muy educado.

Los ricos les dijeron que cuando volvieran por aquellos laos llegaran a su casa. Allí se estuvieron unos días y no dejaban de visitar la casa de los agregaos porque decían que eran conocidos y muy amigos de ellos. Se despidieron y se fueron.

Después de unos meses volvieron, pero ya llegaron a casa de los ricos y allí fue 'onde los dos jóvenes hicieron compromiso de casarse y el joven habló con los padres de la muchacha y arreglaron matrimonio.

El papá adoptivo le dio al muchacho todo cuanto necesitaba para el casorio. Se llegó el día del matrimonio y se casaron con mucho lujo y fueron invitaos los agregaos, porque el

muchacho dijo que tenía que invitarlos de todos modos. Así que ellos estuvieron en la fiesta. Entonces fue cuando el muchacho les contó a sus suegros todo el peligro que había pasado cuando lo habían querido echar al río y que milagrosamente lo había salvado su papá adoptivo.

Los papas de la niña conocieron que eso era cosa de Dios y entonces resolvieron repartir su riqueza con los pobres para así igualar a las dos familias. Entonces fueron a buscar al padre adoptivo para darle las gracias y fue el único que no pudieron encontrar. En tuavía lo están buscando. Y este cuento se acabó.

Cuento relatado por JULIO CONTRERAS.

### EL HIJO DE LA LAVANDERA

En una lejana tierra vivía una señora que tenía la profesión de lavandera y tenía un hijo muy obediente, que le ayudaba en el oficio y en todos los quehaceres de la casa. Pero de un momento a otro se le metió la idea de viajar para conseguir su vida y le dijo a su madre que le preparara un fiambre porque se iba de viaje.

—¿Para dónde te vas? le dijo la madre.

—Para donde Dios me guíe y me ayude, le respondió el hijo.

Ella le preparó el fiambre con pollo y lo que pudo, y le dijo:

—Aquí está el fiambre. Y un consejo: mijo nunca coma solo. Siempre que quiera comer, hágalo en compañía de alguien.

El muchacho le prometió cumplir con sus deseos. Se despidió de su madre y cogió camino. Ya después de una larga jornada, tuvo hambre, pero no encontraba con quién cenar, pues recordaba las palabras de su madre. Por fin ya muy cansado se sentó a la orilla de un río dispuesto a comer y dijo:

— ¡Si hubiera alguien que me acompañara a comer!

Al decir esto, vio en el agua una serpiente, y recordando a su madre, arrancó una presa de pollo y se la dio. Ya satisfecho de haber obedecido a su madre, continuó andando.

Después de mucho andar y andar, vencido por el hambre, decidió comer algo, cuando vio un águila que revoloteaba a su alrededor y dijo:

—Si esta águila comiera de mi fiambre, yo le daría con gusto.

El águila se acercó más y él arrancó una presa, se la lanzó y ambos comieron al tiempo. El muchacho se sentía contento y siguió caminando y como no encontraba dónde quedarse se acercó a un ranchito en donde vivía una viejita.

—¿Para dónde vas? le preguntó la viejita.

—Voy en busca de trabajo, dijo el muchacho. . .

—Yo sé dónde puedes encontrar trabajo. Vete mañana temprano al palacio del rey. Allí necesitan un jardinero. Te pondrás a desyerbar y te pagarán bien.

Así lo hizo, y el rey lo ocupó y allí siguió trabajando con mucho juicio, y con tanto garbo que la hija del rey se fijó en él y poquito a poco se fue enamorando del muchacho.

Todas las tardes el jardinero iba a quedarse a la casa de la viejita, que lo protegía y él le llevaba sus regalitos. El muchacho seguía haciendo su trabajo muy bien y no dejaba de echarle sus miradas a la hija del rey. Un día ella le dijo a su padre:

—Padre, me voy a casar con el muchacho que cuida el jardín.

Pero el rey no estaba dispuesto a dejarla casar con un peón y por eso le puso una tarea en la que muchos habían fracasado: tumbar él solo una ceiba, so pena de la cabeza. El muchacho se fue al rancho, le contó a la viejita lo ocurrido y ella le aconsejó:

—Amuela bien el hacha, madrugando y trabaja en nombre de Dios y de tu madre.

Y le contó que el derribo tenía que hacerlo antes que se levantara la reina y viese la ceiba, pues apenas la reina mirara la ceiba esta sanaba inmediatamente de los hachazos que le hubieran dado.

El muchacho madrugó mucho para alcanzar a derribar la ceiba antes que se levantara la reina. Cuando ya ésta iba a salir, se apareció la serpiente y le ayudó a tumbar el árbol sin que la reina pudiera hacer nada. Apenas cumplió su tarea, se fue el muchacho para el rancho, le contó lo sucedido a la viejita, ella se alegró de su triunfo y le anunció que le pondría el rey otra tarea y que, si no la cumplía, lo mataría. Tendría que recoger entre una jaula cien teches que habían soltado en el campo; y que, si a las seis de la tarde no los entregaba, le quitarían la vida.

Así sucedió al día siguiente. Llevó la jaula, y ya el día iba pasando sin que hubiera podido hacer nada. Pero llegó el águila con la que había cenado, persiguió a los toches y estos para protegerse se metieron entre la jaula y así pudo cumplir con su trabajo.

Nuevamente el rey le puso otra tarea: recoger cien conejos; pero la viejita le dio un pito y apenas comenzó a pitar, los conejos fueron saliendo de sus cuevas para meterse en la jaula.

Entonces el rey quedó ofuscado y buscó otro trabajo que consistía en llenar un saco de verdades. El muchacho le contó a la viejita y ella le aconsejó:

—Pídele al rey que se desnude y se deje dar cien lapos (\*) en las posaderas.

Así lo hizo, y el rey, pensando que así se libraba de casar a su hija con el peón, recibió cien lapos. Pero el muchacho fue con su saco contando verdades: contó su vida, sus trabajos y finalmente iba a contar la muenda que le había dado al rey, pero inmediatamente lo interrumpió, porque sin duda pensó que quedaría mal ante sus subditos, porque le dijo:

— ¡Detente, detente! Se llenó el costal y ya no cabe ni una verdad más.

Impotente el rey para impedir la boda, le tocó aceptarla y le dio un palacio para que viviera. La princesa quería conocer a su suegra y le exigió al rey una casa para ella para que tuviera donde vivir dignamente.

Cuando el muchacho fue a despedirse de la viejita, ella le dijo que también se despedía porque se iba para su casa en el cielo porque era la Virgen y que le había ayudado por ser buen hijo y obedecer y querer a su madre.

Cuento relatado por AUGUSTO MARTÍNEZ RINCÓN, de la Escuela Normal de Fómeque.

---

(\*) *Lapos: azotazos.*

## MIEDO AL DIABLO

—Vea, hija, que hay que tenerle miedo al diablo, porque que lu'hay, lu'hay. Una vez mi taita se nos acorronchó (\*) una noche en la tarima de la casa y nos aseguró qu'el diablo es un ángel maldecío por el Santísimo Señor Dios y que por eso arrastra con toiticos los malvaos y pa' que se creiga a'i les va el cuento:

—Taba una noche el agüelo de mi agüelo ya acostao cuando comenzó el correteo de los perros di un lao a'otro con un desespero, con una latizón (1) y como juyendo al mesmo tiempo. El agüelo se tapó más, porque se le puso que por allí andaba el mesmo patas (2) suelto y se puso a rezar lo que sabía pa' espantar al enemigo malo. Al fin se quedó dormido. Y más' elante se despertó con un estruendo y el chillido de los perros que corrían en tropel y el estampío de los caballos que relinchaban al tiempo en la manga (3) vecina. El agüelo se movía pasito y se persinaba y rezaba sin poder asomarse al corredor. Así pasó recuerdo (4) el resto de la noche. Al amanecer, cuando las primeras luces del día espantan a la ira mala (5) se levantó, miró, no vio nada raro, se salió al camino y se bajó pa'l lao de la quebrada y en el suelo vio un bulto. ¿Quién era? Pues el compadre, su vecino, que 'taba caido a'i al pasar la quebrada, sin sentido y como muerto. ¿Qué había pasado?.

Pus apenas alevantó el compadre y lo revivió como pudo, él le contó que se le había aparecido el mandinga (6) como a cargárselo y que si nu ha sío por el escapulario que con una mano le mostró y por un tiro que l' hizo, a estas horas ya 'taría en la compañía del diablo en los mesmos injiernos.

Y en después dirán que el diablo no se presenta. . .

Cuento relatado por SANTOS RODRÍGUEZ y recogido  
por MARINA GARCÍA, de la Normal de Fómeque

## EL TONTO (7)

Un padre tuvo tres hijos. El primero murió, el segundo fue un tonto y el tercero un genio que pronto abrazó la carrera sacerdotal y progresó tanto que muy luego recibió el título de arzobispo y finalmente el de papa.

Murieron los padres y habiendo quedado solo el tonto se fue a vivir con el romano pontífice.

Un día se supo en Roma que el rey de España casaba a su hija con quien sostuviera por su cuenta los gastos del reino durante un año. Entonces el papa le dio al tonto una

---

(\*) *Acorroncharse: juntarse, agruparse.*

(1) *Latizón: acción de latir los perros continuamente.*

(2) *patas: el diablo*

(3) *Manga: potrero pequeño*

(4) *Recuerdo: despierto.*

(5) *Ira mala: diablo*

(6) *Mandinga: diablo*

(7) *Desarrolla este cuento un motivo parecido al de Las tres maravillas.*

mochila con una virtud, pues no era sino decirle: “Mochilita, mochilita, por la virtud que Dios te dio, dame plata”, para que al punto quedara llena de monedas.

El tonto llegó a Madrid y se presentó como pretendiente y fue aceptado. Y mediante su mochilita sostuvo el reino.

Cuando faltaban nada más que tres días para vencerse el plazo convenido, la hija del rey le pidió permiso a su padre para hablar al que iba a ser su marido.

La doncella, fingiéndose muy enamorada, le pregunta a su prometido por el secreto del dinero diciéndole que ya para ella, que sería su mujer, dentro de tres días, no debía haber nada oculto. Apenas el tonto la oyó y sintiéndose el hombre más feliz de la vida, le contó su secreto y ella le robó la mochila y lo dejó sin manera de poder cumplir lo ofrecido.

Salió de la corte el bobarrón y pidiendo limosna volvió a Roma a contarle a su hermano lo sucedido. El papa, muy disgustado, le dio un gorro con el cual, al andar agachado se hacía invisible, y lo mandó a recuperar la mochila.

Así lo hizo y logró introducirse al palacio y apoderarse de su mochila, pero al salir del palacio se enderezó, se hizo visible, lo capturaron y le quitaron mochila y gorro.

Nuevamente tuvo que volverse a Roma padeciendo mil trabajos y esta vez recibió del pontífice una alfombra con otra virtud. Se disfrazó de vendedor y caminando llegó a Madrid, entró a palacio a ofrecer muchas maravillas a la princesa, a quien le ofreció la alfombra. La extendió, él se paró en una punta y le dijo a la princesa que se la comprara, que la pisara para que viera cómo era de mullida. Ella le hizo caso y apenas estuvo encima, él exclamó:

—¡Alfombra a Roma!

Y la alfombra se levantó por los aires y comenzó a viajar hacia Roma. Pero en la mitad del camino dijo la princesa:

—¡Tengo sed! Bájame para beber agua de aquel río.

Y él le dio la orden a la alfombra:

—¡Alfombra, al río!

Cuando descendieron hasta el suelo, la princesa le rogó a su raptor que le alcanzara un poco de agua y él le hizo caso; pero, apenas estuvo unos pasos lejos, ella dijo:

—¡Alfombra a Madrid!

Y con las mismas, se levantó hacia las nubes la alfombra con la princesa, que reía mientras el bobo se quedaba con la boca abierta.

Después de llorar un rato por ahí sentado sobre una piedra dijo de pronto:

—¡No seré más pendejo. . .!

Como tenía mucha hambre cogió de unos pepinos rojos y a medida que iba comiendo le salieron cuernos. Por poco se sienta otra vez a llorar, pero le dio por comer de unos pepinos blancos de otra mata y a medida que comía de las nuevas frutas los cuernos le desaparecieron hasta quedar sin nada.

Entonces cogió de ambas clases de pepinos y los redujo a polvo y se fue en busca de la capital de España.

Por medio de los polvos adquirió suficiente dinero para anunciarse como médico del alma y del cuerpo y para disfrazarse de sacerdote.

Al fin logró introducirse a palacio y entre el chocolate echó los polvos de los pepinos con lo cual todos los cortesanos, desde el rey para abajo, se volvieron cornudos.

Todos le consultaron y él afirmó que todos estaban enfermos del alma y del cuerpo y que debían comenzar por confesarse, como en efecto lo hicieron. Después les dio de los polvos de las frutas blancas pero menos a la princesa, a quien en vez del remedio le suministró harina y quedó por consiguiente con sus cachos (\*).

El sacerdote la llamó y le dijo que sin duda se había confesado mal, por lo cual tenía que hacer nueva confesión y entonces sí se acusó del robo de la mochila, del gorro y de la alfombra.

Pero como no hay perdón sin restitución, entregó ella las prendas robadas, con lo cual vino la absolución y una nueva toma de polvos que le hicieron desaparecer los cuernos.

Después el confesor le dijo que le explicara cómo había sido para llevársela por los aires el tonto, ella le explicó y él para entender mejor colocó la alfombra en el suelo. Al pararse encima la princesa, él exclamó al momento.

—¡Alfombra a Roma!

Y a Roma fueron a dar porque esta vez no se dejó engañar el tonto.

Desde allí comunicó el romano pontífice al rey la llegada de su hija y pronto se celebró el matrimonio de la princesa con el tonto. Y vivieron felices.

## LOS DOS COMPADRES

Había una vez dos compadres. Uno de ellos era muy pobre, como que vivía en un rancho miserable de propiedad de su compadre rico, para quien trabajaba diariamente en cambio del suero de la leche, con el que se sustentaban él, su mujer y sus numerosos hijos.

No tenía la familia por toda riqueza más que una gallinita. Los hijos y la mujer estaban muertos de hambre, por lo cual ella propuso vender la gallina para comprar algunos comestibles, pero entonces el hombre tuvo una idea, que manifestó así:

—Voy a hacer una cosa: mata la gallina porque voy a invitar a comer a Nuestro Señor.

— ¡Ocurrente!, le repuso su mujer, ¿Cómo lo vas a hacer bajar del cielo?

— ¡Mátala, mujer, porque yo lo mando!

—Y como donde manda capitán no manda marinero, la esposa puso a hervir el agua para pelar su gallinita, a la que mató, mal de su grado.

Sin decir palabra se fue el marido hacia la iglesia, se arrodilló ante el Cristo, a quien le habló de esta manera:

—¡Señor! Yo estoy muy pobre, pero quiero invitarte a comer esta tarde en mi rancho. No te puedo dar sino lo único que tenemos, mi gallinita. ¿Vas?.

El Cristo por toda respuesta inclinó afirmativamente la cabeza, con lo que el hombre se fue muy contento derechamente hacia su choza.

---

(\*) *Cachos: cuernos.*

La casa quedó muy bien barrida, sacaron una caja al patio y encima extendieron un paño blanco como para que sirviera de mantel, y después de dorar muy bien la gallina al fuego la pusieron completa sobre un plato cuidadosamente lavado, sin que olvidasen colocar también el único tenedor y el único cuchillo que tenían los que fueron lavados con ceniza.

Se les volvía a todos, en particular a los hambreados niños, la boca agua al mirar la gallina dorada y al oler aquel tufillo tan sabroso que despedía, pero nadie quiso tocar nada.

Y esperar y esperar en vano, porque el invitado no llegaba. Impaciente la mujer decía:

—¿No te dije que no venía?

—El viene porque me lo dijo, le respondía invariablemente su marido.

En esas llegó un pobre, que estiró su mano temblorosa y dijo:

—¡Una limosnita por amor de Dios!

—Démosle a este hombre una alita, propuso el marido.

—No, dejémoselo todo a Nuestro Señor, le contestó la mujer.

—El no dirá nada y este pobre hombre quitará el hambre, dijo el marido, mientras cortaba una alita de gallina y se la entregaba al pordiosero, quien le recibió diciendo:

—¡Dios se lo pague a mis amitos! Y se despidió de ellos.

Como ya caía la noche y nada que venía Nuestro Señor, la mujer ordenó a su esposo:

—Corre y averigua por qué no ha llegado.

No tardó nada el hombre en llegar a los pies de Cristo, a quien le dijo, reconviniéndolo:

—¡Señor! ¿Por qué no fuiste y nos dejaste esperando?

Y entonces el Cristo le habló por vez primera:

—Ya estuve en tu casa. Ese pobre a quien le diste un ala de gallina, ese era yo. Y como me atendiste debidamente te voy a recompensar.

No pudo contestar nada el hombre por la emoción, sino que se levantó después de hacer una venia y se fue para su casa a contar lo sucedido, muy pesaroso de no haberle obsequiado al mendigo siquiera fuese la mitad de la gallina.

No menos preocupada quedó la mujer al conocer lo acontecido y en silencio se culpaba a sí misma de haber influido en su marido para no darle mayor regalo al pordiosero. Los que sí se pusieron felices con el incumplimiento del invitado fueron los niños, porque entrevieron el regío banquete que habrían de proporcionarse, como en efecto sucedió.

\* \* \*

A la mañana siguiente despertó primero el marido y cuál no sería su sorpresa al verse acostado entre lujosos edredones y en un palacio de belleza sin igual. No tardó su mujer en recordarse y quedar ahí como alelada ante la vista de tanta magnificencia.

Y ambos se abrazaron de gozo a la vista de sus niños, que dormían con placidez cubiertos con ropajes de seda en sus camitas doradas. . .

Y por entre las cortinas de terciopelo se entraba el canto triunfante del gallo; los aspavientos de las gallinas y de los pavos; el bramido de las vacas que iban a ver a sus becerros,

adormilados en el corral; y el relincho de los briosos caballos que hacían piruetas en los potreros como regocijándose por la ventura de sus amos.

Vestidos éstos con prendas nuevas, encontradas ahí no más al alcance de su mano, tuvieron de nuevo para quedarse de una pieza al notar ya en el corredor cómo su choza habíase convertido en el palacio más suntuoso de cuantos habían visto, y cómo el castillo de sus compadres ricos se había retirado considerablemente, cuando en la noche anterior lo habían dejado ahí cerca, a pocos pasos de distancia y que entre los dos habían surgido dehesas pobladas de envidiable variedad de ganados.

— ¡Gracias, Señor pordiosero! exclamó el marido levantando sus manos al cielo y cayendo de rodillas.

Y como si fuera de resorte, fue a despertar a sus maravillados hijitos y sin perder tiempo todos se encaminaron a prosternarse ante el Cristo de la iglesia, para manifestarle su reconocimiento, con muchas lágrimas y rezos.

\* \* \*

—¡Levántate aprisa, hombre, y mira lo que estoy viendo!

—¿Qué veo? ¿Palacios, ganados? ¿Y la choza de nuestro compadre qué se hizo?, exclamó la mujer del compadre rico cuando se asomó al balcón y dejó ir su vista hacia el tugurio de sus compadres pobres.

Y al contemplar ambos desde sus palacios la mágica transformación, no pudo la mujer resistir la curiosidad, porque inmediatamente tomó camino del nuevo palacio.

—Buenos días mis queridos compadres, dijo al llegar. Vengo en primer lugar a felicitarlos y luego a que me cuenten cómo, cómo ha sucedido tanta maravilla.

Y pues los compadres pobres no eran envidiosos, se lo contaron todo, punto por punto, sin perdonar detalle.

—¡Ah, gracias! Si todo esto les dio, nada más que por un ala de gallina, cuánto nos dará a nosotros por una novilla que le vamos a matar, dijo la ambiciosa mujer, al despedirse.

Y dicho y hecho, porque prepararon un opíparo banquete para el cual sacrificaron la novilla más gorda que hallaron en sus potreros. Y pasaron muchas invitaciones a sus amigos a fin de que concurrieran al banquete de Nuestro Señor.

Sin perder tiempo, llegóse a la iglesia la mujer y humillando su rica vestimenta a los pies de Cristo le habló de esta manera:

—¡Señor! Vengo á invitarte a un banquete que te tengo preparado para esta tarde a las tres, en mi casa. Si los otros no te dieron más que un ala, yo te daré una novilla gorda.

Muerta de gusto quedó cuando vio que el Cristo inclinaba su cabeza afirmativamente, conforme se lo había contado su comadre. Y voló a su casa.

Los invitados fueron llegando con sus más ricos vestidos, porque se trataba de comer con Nuestro Señor.

Las tres, y todo el mundo impaciente por ver la llegada del Rey. Cuando sintieron golpear a la puerta y abrieron los lacayos, todo el mundo se puso en pie y la mujer de un brinco salió a hacer los honores, pero no encontraron sino a un mendigo ciego que era

conducido por una viejecita, tan haraposa como él. Y de los labios del hombre andrajoso, al mismo tiempo que estiraba su mano, salió un ruego:

—¡Una limosnita, por amor de Dios!

—¡Imprudente! ¡Retírate de aquí! ¿No sabes que en este momento va a venir Nuestro Señor y tú aquí con esos harapos? ¡Fuera de aquí!

Y los mendigos se retiraron cabizbajos sin decir palabra.

Había transcurrido una hora y Nuestro Señor no llegaba. Todos estaban impacientes. La señora no pudo resistir más y salió para la iglesia a reclamar por qué no había correspondido a la invitación.

—Señor, le dijo, ¿por qué nos has dejado esperando? ¡Mira, que todos los invitados han llegado ya y anhelan verte!

—¡Ya estuve en tu casa! Ese pobre que fue a pedirte una limosna, ese era yo, que iba con mi Madre. Como nos despreciaron, ahora recibirán el castigo.

Y la mujer, toda confundida, regresó a su palacio pero no lo encontró, porque en el sitio no había sino una miserable casita, dentro de la cual halló a su marido y a sus hijos vestidos como labriegos.

Y los ricos tuvieron que resignarse a vivir del suero, que diariamente sus vecinos compadres, después de cuajar la leche de las vacas de sus hatos, les enviaban. . .

### **¡DIOS TE LO PAGUE!**

Había una vez en cierta población, cuyo nombre no se ha podido averiguar, un joven descendiente de rica y devota familia, pero más desjuiciado que un tarambana. Levantaba el codo más de lo preciso y así se la pasaba de francachela en francachela (1).

De muy poco le sirvió el haber desempeñado en su niñez el oficio de acólito en su lugar y el haber ayudado a muchas misas, asistido a muchos sermones y no perdonado entierro, bautismo y demás edificantes ceremonias.

Ello fue que con ocasión de algunas pomposas fiestas religiosas se entró una noche de rondón en la iglesia sin acordarse de las copas que le trastornaban la cabeza.

A fuer de muy devoto procuró persuadirse como mejor le avino y luego se arrellanó muellemente en una poltrona, que en un rincón halló como esperándolo, y se puso a escuchar la palabra divina pero con tan poca devoción que muy pronto quedó tan dormido como piedra en pozo.

La función religiosa terminó y los fieles tomaron el camino de sus casas y el sacristán hizo crujir las pesadas puertas del templo para cerrarlas con una llave descomunal que consigo llevaba siempre.

Media noche sería por filo y nuestro borracho, ronca que ronca como un bendito. Mas, de pronto se despertó todo asustado por un repique de campanas que dejaban (2) para la misa.

---

(1) *Francachela: diversión ruidosa, abundante en bebidas alcohólicas.*

(2) *Dejar a misa: dar las campanas el tercer repique para la misa*

El hombre, ya un tanto repuesto de su borrachera, se levantó de su sillón y se sintió admirado por la iluminación que por todo el sagrado recinto se esparcía. Al mirar hacia el presbiterio vio que un sacerdote se estaba revistiendo con los ornamentos litúrgicos y se aprestaba a celebrar el santo sacrificio.

Muy pronto terminó el presbítero su faena, tomó el cáliz en las manos, fue a subir al altar pero se puso a mirar a un lado y otro como buscando al acólito. Al fin sus ojos debieron fijarse en el intruso y entonces su mano se alargó para llamarlo, con tal insistencia e imperio, que el hombre se fue derechamente a tomar el misal para seguir al oficiante (3).

Y en el vacío recinto de la iglesia resonó el eco del celebrante:

—**Et introibo ad altare Dei.**

Y de los labios memoriosos del antiguo acólito salió un

—**Ad Deum qui leatificat juventutem meam.**

Y continuó la misa hasta cuando después del **Ite, missa est** y del evangelio de San Juan, celebrante y acólito hicieron la venia reglamentaria para abandonar el altar.

Entonces nuestro devotísimo borracho tuvo por primera vez la ocurrencia de mirar la cara del celebrante y ¡cielos! ¿qué vio?

Pues que bajo el bonete había una calavera con las cuencas vacías. Y oyó que el esqueleto hablaba:

— ¡Dios te lo pague! Hacía muchos años que todas las noches venía a decir mi misa, esta misa que olvidé ofrecer en vida, y ¡tú me has sacado de penas! ¡Dios te lo pague!

Desapareció. Y las sombras cayeron sobre el templo y se entraron en la mente de nuestro grandulón acólito, quien quedó sin sentido sobre las lozas del sagrado lugar hasta cuando al día siguiente, después del toque del alba; el sacristán lo despertó al hacer crujir las pesadas puertas de la iglesia, después de abrir la vieja cerradura con la llave descomunal que llevaba siempre consigo.

## LA POSADA

Esta vez era un señor qu' iba a caballo; había empuntao (4) su camino con la amanecida (y caminando, caminando tu' el día pu' allá en los Llanos, no topó en tu' el día ningún viviente con quién hablar, ni una sólita casa 'onde arrimarse pa' tomar sus alimentos.

Y 'taba bien hambriento. Ajigúrese, tu' el día caminando, caminando y sin echar nada a la muela.

Ya bien entrada la tarde, ya casi pa' nochecer, columbró un ranchito pu' a'i a la orilla de un estero (5), y hacia allá pico camino animando a su caballo, pues la necesidad que sentía era muy grande. 'Taba sin comer dende la amanecida.

Y llegó al patio del ranchito y allí 'taba una viejita que cuando se asomó 'taba como asustada.

---

(3) *En el ritual anterior.*

(4) *Empuntar: emprender.*

(5) *Estero: aguazal, pantano.*

—Güeñas tardes, doña, la saludó el señor

—Güeñas tardes, don, le respondió ella.

—Que si me empresta la posada y me da algoito de comer, doña, dijo el señor.

—La posada, sí la habrá pues a'i tiene 'onde guindar, pero la comidita sí no la tengo, le respondió.

—¿No tiene una mazamorrita?

—No, señor; no hay mazamorrita.

—Pero sí tendrá unas yuquitas?

—No, señor; no tengo yuquitas.

—¿Pero un cafecito con leche?

—Tampoco don.

—¿Pero aunque sea unos pericos, no tendrá?

Y ella le respondió como más animada:

—¡Güeno, güeno! Los pericos se le hicieran, si hubiera manteca. . . ¡pero como nohay güevos! . . .

Y así jue como el señor tuvo que guindar y sin probar bocaos...

Relatado por JULIO CONTRERAS

### **NEGOCIO CON EL DIABLO**

Una vez un campesino tenía su buena sementera en el monte, pero los micos se la comenzaron a comer y había peligro que se la destruyeran por completo. Entonces hizo un negocio con el diablo para que él se la defendiera y no hubiera daño. El diablo le puso por condición que tenía que entregarle el alma.

Y pararon los daños. Cuando la sementera estaba casi para coger, el campesino, todo asustado, no podía ni comer ni dormir porque tenía que entregarle el alma al diablo apenas la sementera se cosechara. No hallaba qué hacer y tuvo que contarle lo que le pasaba a su mujer. Y ella encontró el remedio:

—Cuanto antes, a confesarse con el señor cura.

Y así lo hizo. Al señor cura se lo contó todo y él le aconsejó:

—Bueno, usted se puede librar del demonio en la siguiente forma: llévese los cintos sagrados, la estola, el roquete y el alba, que su señora se vista con ellos, se vaya en cuatro patas y se meta entre la sementera y tumbé las matas de cultivo que más pueda.

Así lo hizo la señora. El diablo al ver ese animal tan raro, vestido con los cintos sagrados, no pudo intervenir, perdió la apuesta porque la mujer destruyó lo que pudo y el marido no tuvo que entregarle el alma al demonio.

Cuento relatado por J. WALDO FORERO.

## LA VAQUITA

Había una vez un par de viejitos casados, muy rezaderos y buenas personas.

Un día que los viejitos fueron al pueblo, la abuelita pasó por frente de la iglesia y el curita cuando la vio la llamó y le dijo:

—Si usted quiere traer cualquier cosita, bien puede, que Dios más tarde la recompensará con algo más grande.

Eso le dijo el curita y ella que era tan buena, muy contenta se lo contó al viejito, también muy bueno. Por eso dijo él:

—Si así es, mijita, vamos y le llevamos la vaquita que es lo único que tenemos y es la que nos alimenta.

—Pero eso no importa, contestó la viejita.

Fueron ambos donde el curita muy contentos a llevarle la vaquita. El los recibió muy contento y les repitió que Dios los recompensaría con algo más grande.

El curita hizo llevar la vaquita para un potrero en donde había más ganado. Y allí quedó la vaquita. Pero como los animales acostumbran embestir y molestar al animal nuevo que llega, los que había en el potrero comenzaron a molestar a la vaquita, que al fin encontró o abrió un paso para salirse del corral. Se salió la vaquita. Y detrás de ella, que aprisa corrió hacia la casa de los viejitos, se salieron detrás otros animales.

Llegó la vaquita a su comedero seguida de otros animales. Al ver esto los abuelitos dijeron:

— ¡Qué felicidad! ¡Por fin Dios nos recompensa con algo más grande! ¡Nos ha devuelto la vaquita con estos otros animales! ¡Volveremos a ayudar a nuestro curita!.

Relatado por MARTHA ALMANSA VARELA  
de la Normal de Fómeque

## UN ALMA EN PENA

—Señor cura: le pido por amor de Dios que diga tres misas lo más pronto que pueda por el alma de María Luisa N. Desgraciadamente no traje dinero para pagar los derechos, pero si Ud. es tan bondadoso, podría enviar luego la cuenta a mi casa. Tenga la bondad de anotar mi dirección.

Así hablaba en la rectoría de una parroquia bogotana una señorita de porte distinguido, arrebujada en finísima mantilla española. En sus palabras había tal poder de convicción y tal ademán de ruego que el señor cura le respondió bondadosamente:

—Tengo mucho gusto, señorita; no se preocupe por los derechos del arancel, pues desde mañana comenzaré a decirlas y ¿por qué intención?.

—Ya le dije, señor cura, por el alma de María Luisa N.

El párroco anotó en su libro la dirección y el nombre de la beneficiaria de las tres misas.

\* \* \*

Pasaron varias semanas y nadie volvió a donde el complaciente sacerdote. Un día, al revisar sus apuntes encontró el de la devota dama de las tres misas. Anotó la dirección y esa tarde golpeó en la casa del apunte.

Un señor muy amable lo hizo pasar al salón de recibo.

—Usted me perdonará, caballero, mi venida, que es ocasionada por la petición de una señorita que hace unos meses estuvo en el despacho parroquial a solicitarme que dijera tres misas. Como dijo que no llevaba dinero, me indicó que en esta casa pagarían los derechos y ella misma me hizo tomar la dirección de esta casa.

—Es extraño, señor cura, porque aquí no vive ninguna señorita, replicó el señor visitado. Entonces el sacerdote, medio amostazado y dando excusas se levantó, se despidió y se dispuso a salir. Pero en esos momentos sus ojos se posaron en un retrato que había en la pared frontera. Extendiendo su brazo para mostrarlo dijo:

— ¡Es ella! Ella fue la que estuvo en mi despacho

— ¿Cómo? ¿Ella?

— ¡Sí señor, la misma!

—Pero señor cura, ella era mi hermana, que murió hace como veinte años y se llamaba María Luisa.

—Exactamente, sí señor, ¡Ella fue la que estuvo en mi despacho, la que asistió diariamente a las tres misas y quien me pidió que dijera las tres misas por el alma de María Luisa!

EUCLIDES JARAMILLO ARANGO  
Departamento del Quindío

El Destino Anda en Contravía

JESÚS ARANGO CANO

El Secreto del Tesoro Pijao  
El Sueño del Guaquero

GUILLERMO ABADÍA  
Departamento del Valle

Juan de Las Gracias

### DOS AMANUENSES DE LA CULTURA

- I. Jesús Arango Cano pone como fundamento de su trabajo el postulado de la composición hecha sobre "La Ruana" por Luis Carlos Gonzáles: . . . "Por que tengo noble ancestro de Don Quijote y Quimbaya. . ." Su labor tiene dos extremos entre los cuales su producción oscila como un péndulo que permite desentrañar el filum del acontecer quindiano; uno es la exaltación, remembranza y reconstrucción de la leyenda precolombina propia de esta zona, que le obliga a hablar de Pijaos y Quimbayas; él al trabajar sobre ese extremo ha "refrescado la memoria de la tribu" (Como lo suplica Gonzalo Arango) y ha retornado a la vida los dioses de nuestro pasado mítico. El otro extremo es la cotidianidad de la primera, segunda y tercera generación de quindianos, hijos de la colonización antioqueña.

La síntesis pendular antes mencionada, es la consignación de esos dos elementos (que aquí se han denominado extremos) desarrollada con la exuberancia propia de la colonización reciente del Quindío y de la fidelidad del hombre con su naturaleza allende Arango Cano no sólo relata nuestro pasado lejano y ausente, sino nuestro hoy vigente y presente, pero lo hace con la seguridad del hombre que está afianzado, afirmado y arraigado en su territorio, por una parte, y con la generosidad de quien ha decidido la proyección de lo propio como algo digno de ser reconocido en el marco de la "cultura universal", por otra parte.

Para Arango la literatura lo es todo, pero un todo que no lo satisface y que se encuentra necesitado de raíces y savia en lo propio. Eso lo ha hecho volcarse sobre el legado cultural que reporta la antropología física del Quindío. El ha construido una tradición de ir hacia nuestro pasado ausente, para hacerlo hablar en los testimonios de la cultura extinta de nuestra tierra y ponerla en diálogo con nuestro devenir.

- II. Euclides Jaramillo Arango es el nombre de un "TRANSCRIPTOR" de lo diario. Jaramillo no recurre a otros elementos que lo inmediato a su propio existir, y si el

destino anda en contravía es porque así lo vio con sus ojos. Por él nuestro hacer y nuestro decir son evidentes ante propios y extraños. El es la conciencia misma de nuestro ser hoy. Su obra es paisaje, pertenencia, cotidianidad, hombre y sueños de la tierra colonizada; y aquí y allá, en la circunspección de estas localidades a penas en proceso de conformación o en la abstracta ciudad capitalina. Donde va está plagado de ilusiones; si va a la academia es para colonizar el saber y para aumentar su posibilidad de conocimiento de lo propio, para elucidar qué tiene que hacer, y cómo, para que su territorio sea cada vez más grande, más propio, más proyectado. Jaramillo y su obra han sufrido el paso de la “cultura parroquial” (o local) a la “universal”; de la trocha y el caballo, pasaron a la avenida y el automóvil; de la debastación de monte a la exportación cafetera en gran escala; de la comunicación interpersonal a los medios masivos; eso muestra su valentía, en medio de un torbellino de cambios, él se mantiene promulgando el último adiós a lo que hoy es y a las 24 horas habrá desaparecido; él es la memoria misma de lo que ha sido la historia del “Viejo Caldas”, él es la vocación afirmadora “del vigor de la raza” (Como lo Invoca L. C. González).

\* \* \*

Si alguna vez el Quindío, en especial, o el “Viejo Caldas”, en general, pueden decir algo de su pasado; si la ruta cultural de esta zona conserva elementos del pasado y tiene memoria de sí misma; si las letras, las artes y las ciencias; crecen y toman mayor personalidad, tendremos que agradecerles, en gran parte, a estos dos pioneros de todo ello en nuestro territorio. Si hoy ya se ven los frutos de su labor, habrá de reconocerse que sólo en la posteridad se verá cuanto valor tuvo su obra.

GERMÁN VARGAS GUILLEN

### EL DESTINO ANDA EN CONTRAVÍA

Ahora ha años, cuando aquí aún no se conocía el automóvil y el caballo y la mula constituían los únicos vehículos para el transporte, había fábricas de caballos y mulas como hoy las hay de automóviles. Aquellas eran unos extensos llanos sobre los cuales pastaban miles de yeguas a las que periódicamente se les soltaban los garañones y los cojudos para que fecundaran las que estuvieran en celo. Ocho o diez días de disfrute amoroso por parte de los elegidos, y luego estos regresaban a las pesebreras a recuperar las fuerzas ingiriendo abundantes porciones de caña, panela, maíz y “cuz cuz” de yuca, en veces todo salpicado de pequeñas dosis de atíncar, que los criadores de caballos tenían como afrodisíaco. Más tarde, ante las criaturas fruto de aquellas uniones sin control, la paternidad irresponsable se determinaba por ciertos parecidos. Este sacó la misma oreja del Califa; aquel el brío del Careto; esta, la necedad del Moro; etc. Más o menos así se procedía, para la reproducción, en casi todos los grandes yegüerizos del Occidente, que era en donde estaban los mayores de Colombia.

Mi padre poseía un yegüerizo. Dos, tres, cuatro mil, qué sé yo cuántas yeguas que

pastaban en las sabanas del Indunque, allá en el Valle, todas “tusas” porque las colas y crines se les cortaban para hacer colchones, y la mayoría tungas por la acción de las garrapatas en las orejas, y algunas mancoretas, potranconas, ancianas, cerreras, que de todo había allí. Pero todas, absolutamente todas, de raza selecta, de paso castellano, de noble ascendencia.

El gran orgullo de mi padre, como criador de caballos, estaba en el adquirir para su yeguada los mejores reproductores. Cuando tenía conocimiento de que a tal o cual plaza había salido un ejemplar que llamaba la atención y de conocida procedencia, para allá se iba a tratar de comprarlo para cogerle crías en su finca, de la cual cada uno o dos años se sacaban las destetas machos para vendérselas a los paisas, quienes las llevaban a las montañas de Antioquia, la gran consumidora del producto. Se dijo que la sola falda de La Quiebra, antes de la construcción del túnel, consumía todas las bestias que producía el Valle del Cauca.

Un día llegó a Pereira la noticia de que en Copacabana, allá, más allá de Medellín, a muchas jornadas de mi pueblo, se estaba montando a Caruso, “el mejor caballo de la pelota”, algo nunca visto, el que si existiera hoy, Don Danilo no serviría ni para cargarle la caña. Toda una antioqueñada hecha realidad.

Mi padre que sabe la cosa, y para Antioquia se va llevando los alforjones repletos de libras esterlinas para tratar de hacerse al caballo de todas maneras. Y siempre realizador de sus deseos a ese respecto casi al mes regresó trayendo de cabestro al noble animal.

Y qué lindo que era Caruso; Moro azul, fornido, fuerte, de crines estupendas que elevaba el viento cuando trochaba, con unos testículos sudorosos y negros como los de los caballos de las estatuas, y con unos bríos que, al decir de mi padre, montándolo había que escupir en la mano y limpiar en el zamarro para no asustarlo.

El pueblo entero acudió a conocerlo a la pesebrera que había debajo de mi casa, contra la cañada de Egoyá. Y el caballo se dejaba conocer y curiosar mientras, todo serio, casi solemne, escogía con displicencia los mejores pedazos de caña en la canoa, cambiando de posición de cuando en vez para dejar descansar uno de sus nobles remos, y a veces dando taconazos como escarbando con una mano seguro para espantar las moscas. Qué belleza de bruto!. Qué fortaleza de animal!. Qué carnes compactas y duras!. Qué piel lustrosa, brillante!. Qué bríos!. Qué nobleza!. Y qué orgullo el de mi padre de sentirse dueño de ese reproductor, y el de nosotros, los hijos de mi padre, el de ser tales. Mis amigos, mis compañeritos de escuela, se disputaban el ayudarme a limpiar la pesebrera, a cambiar la caña para que no se vinagrara, a botar el cagajón, a sobar el caballo. Así podran contar luego en los recreos que habían estado cerca a Caruso y con ello llevarse la envidia de los demás escolares.

Papá poseía, pues, el mejor caballo de los contornos. Pero no la mejor yegua. Esta estaba en Manizales y pertenecía a don Rafael Jenaro Mejía, señor de La Francia. Era La Amarilla. Así llamaba, simplemente, quizás por su color. La Amarilla de don Rafael. Algo como la Chunga de hoy. Y así era conocida en todas partes. Naturalmente, separados estos dos ejemplares por solo una jornada de camino, bien valía la pena pensarse en buscar el

nacimiento de un hijo de ellos. Porque. . . qué saldría del caballo Caruso de Ramón Jaramillo y la yegua Amarilla de Rafael Jenaro Mejía?. Bueno, el sólo pensarlo era maravilloso. De dos ejemplares de tal naturaleza, de tal selección, tendría que salir algo “nunca visto”.

Y la imaginación de las gentes, de los caballistas, de los interesados en caballos que lo eran todos los habitantes, pues el caballo constituía el único elemento de transporte y era lujo, y era riqueza, y era necesidad el poseerlo, empezó a tejer conjeturas, ilusiones, castillos en el aire, sobre lo que saldría de esa unión maravillosa.

Jamás casas reales, cortes, gobiernos monárquicos, habían, ni siquiera soñado, para sus familias en una unión tan ventajosa, tan halagadora, tan perfecta, tan brillante, tan promesera. Qué saldría, en realidad de una unión de Caruso con La Amarilla?.

Toda idea fija dizque tiende a convertirse en acción. Fue tanto lo que sobre el particular se pensó, se habló, se discutió y se opinó, que se terminó por concertar el acoplamiento. El Destino se encargaba de mezclar, para bien de la humanidad colombiana, la sangre de un noble bruto de las apacibles praderas de El Sitio, en Antioquia, con la rancia y alcurniosa sangre de una potrancona virgen de las acogedoras lomas caldenses. Carta va a Manizales, carta viene a Pereira, al fin se llegó a un acuerdo: El “salto” se realizaría en Molinos, pequeña finca de mi familia en Dos Quebradas, y los testigos serían caballeros de toda excepción: Don Enrique Drews, gerente del único banco de entonces por aquí, por parte de los perelranos y Don José Sanín, ciudadano sin mancha, por los manizaleños.

Y la gente, conocida la noticia sobre el próximo cercano acoplamiento de las dos bestias, soñó con más ardor, con más entusiasmo, ahora sí con bases firmes, en lo que iba a nacer, lo que vendría, algo así como el Caballo Siete Colores de los cuentos de hadas y Patojos.

Pero el hombre propone. . . y el Destino a veces se viene en contravía.

Gonzalo Uribe Hoyos y yo éramos inseparables. Dos pequeños gamines de siete u ocho años, desgualtados, tal vez un poco más Gonzalo que yo, niguateros, él flacuchento, yo gordito, a pie limpio, con calzoncitos cortos todos remendados, y sombrero de caña para entre semana y colorados con borlitas para los domingos. Juntos íbamos por las mañanas a la manga de San Jerónimo por las vacas, y juntos salíamos luego para la escuela pública. Cursábamos el mismo año, y a “encerrar” los terneros por las tardes siempre íbamos los dos.

La noche nos sorprendía a las puertas del Hotel Colón para ganar centavos llevándose las bestias a La Brigada a los viajeros, y los sembrados de la huerta eran en compañía. A las pesquerías los domingos siempre íbamos de la mano, y los cacharros que sacábamos los sába dos a la plaza de mercado, con un principal de tres pesos, nos pertenecían por iguales partes. Gonzalo más comerciante, más inteligente, de mejor visión para todo; yo, más idealista, más soñador. Pero siempre inseparables en nuestros estudios, nuestros trabajos, nuestras alegrías y nuestros pesares

Aquella tarde, cuando a las tres llegamos a casa de regreso de la escuela a tomar el “algo” y sacar los lazos para irnos a encerrar, hallamos que mi padre nos esperaba en el portón teniendo, cogida con una jáquima nueva, una hermosísima yegua amarilla, de inquietas y

puntiagudas orejas, largas crines, ancas hermosas, pequeña y descarnada cabeza y ojos de una extraordinaria vivacidad. Un ejemplar de pintura. Era la Amarilla de don Rafael que acababa de ser traída de Manizales, y que levantaba un poco la cola pues se hallaba “alzada”.

Mijos, nos dijo mi padre: Tómense ligerito el algo y lleven esta yegua a Molinos y díganle al agregado que no la deje juntar con ningún animal. Que la tenga bien separada de las otras bestias.

Así lo hicimos. Con el bigote de chocolate en los labios y las arepas planchas en las manos, salimos por la calle Cutucumay, vía Dos Quebradas, cabestreando la lindísima Amarilla.

Mi amigo y yo estábamos saliendo, creo, de la época de la vida durante la cual se cree que los niños los trae la Virgen. Pero no sabíamos nada, absolutamente nada, de sexo. Habíamos visto, al escondido porque la cosa nos estaba vedada, a los caballos cojudos y los burros yegüeros saltar las yeguas, pero no teníamos la noción precisa de que ese salto produjera potricos y muletos. Pero nos agradaba ver el acto, ciertamente, quizás por lo prohibido.

Y por más que la cosa era frecuente —mi padre era criador de caballos— siempre se nos ocultaba el ponersele una yegua al semental. Y siempre estábamos contentos de presenciarlo al escondido, por allá desde detrás de un cerco cubierto de batatillas, o de una mata de guineo.

Y hasta conocíamos el nombre vulgar de la acción en los “cristianos”.

Con La Amarilla del cabestro subíamos la falda de La Popa, camino de Molinos, en Dos Quebradas, cuando, ya casi en el alto, sentimos que rebuznaba, detrás de la cerca, el burro de don Benito López. Fue algo maravilloso por lo simultáneo del pensamiento, por lo casual o lo telepático: Porque entonces, ante la vista del asno que rebuznaba ambicioso olfateando La Amarilla, Gonzalo y yo nos miramos pensando lo mismo. Pero fue él —y que quede constancia para cualquier investigación— quien propuso:

—Pongámosle esta yegua a ese burro.

Abrimos la puerta de trancas que daba acceso al corral, pasamos la yegua, y el carranchiloso, culuechuzo, cargaleña y anciano burro de don Benito, el pobre que dizque no era ya sino “solo lágrimas”, el despreciable jumento que se alimentaba con papeles sucios y cascarras arrojadas al camino, el rozno, el asqueroso animalucho, por dos ocasiones le ofreció, como decía el Marqués de Bradomín, dos copiosos sacrificios al dios del amor sobre el reluciente cuerpo de la impoluta y maravillosa Amarilla de don Rafael, señor de La Francia, la que los hados tenían destinada únicamente para la privilegiada golosidad de Caruso.

Luego continuamos el camino, entregamos el animal, dimos la razón, y el silencio sobre lo sucedido se hizo en nuestras almas de pecadores, porque, no sé por qué razón, por instinto, quizás, ambos comprendimos que habíamos realizado un acto reprochable, inconfesable de funestos gravísimos resultados, del cual nunca deberíamos hablar.

Al día siguiente papá, con los dos testigos de excepción, don Enrique y don José, estuvieron cumplidísimos con Caruso en Molinos. Hicieron sacar la yegua hasta detrás de la pesebrera, y allí, en acto solemnísimo del cual se levantaría acta, como cumpliendo un

rito, el eterno rito de la multiplicación animal, sin las alharacas del burro de don Benito, sin la curiosa e inocente emoción de dos chiquillos, todo fríamente, calculadamente, sin vida, Caruso cubrió, casi sin caricias, sin ni siquiera coger con los dientes la nuca de La Amarilla, como lo había hecho el asno amoroso y alegre de la aventura, a La Amarilla. Luego el hermoso bruto bajó la cabeza —como el hombre quien, según Fernando González después del coito es un animal triste— no miró más a la yegua y se hizo para un lado tratando de tomar con sus dientes, como sin hambre, por curiosidad, por hacer algo, quizás avergonzado de la solemnidad del acto, unas briznitas de hierba que salín por entre las latas de guadua de la cerca.

A La Amarilla se le vació una poncherada de agua fría sobre las ancas para fijar mejor la unión, y nuevamente se le condujo a la pesebrera. A los ocho días salió para Manizales un “propio” conduciéndola con los mayores cuidados, no fuera y se malograra la fecundación.

El vientre de la Amarilla empezó a crecer promeseramente, y en Pereira, en Manizales, en Santa Rosa, en todas partes se empezaron a escuchar ofertas: —Daría tantos miles de pesos por lo que va a parir La Amarilla de don Rafael; cambio tal cosa por ese vientre; etc..Y la imaginación de las gentes fue creando grandes castillos en el aire alrededor del fruto por venir. Eran los tiempos en los cuales el caballo valía más que todo otro animal, porque él lo era todo: Transporte, fuerza, tracción, creación de riqueza, trabajo, deporte, acción, vida.

Y a medida que el vientre de la Amarilla se hinchaba, más se fundamentaba la creencia de que estaba por llegar el Caballo Siete Colores que haría historia en el viejo Caldas. La maravilla de los siglos.

Se cumplieron los nueve meses desde el salo. . . y nada. Y la angustia crecía en las gentes esperando el milagro. Y se multiplicaban los optimistas decires. Y crecían las ofertas.

Y llegaron los diez meses. . . y nada. El vientre de La Amarilla continuaba inflándose, inflándose, y las ubres redondas y brillantes parecían iban a reventar pletóricas de vida. Pero . . .nada.

Que horror!. Que angustia!. Qué catástrofe, qué digo departamental, nacional!. Qué desconcierto!. Qué las cosas del Destino cuando anda en contravía! Casi a los doce meses, cerquita del año. La Amarilla de don Rafael, allá en una plancito de La Francia y ante un público que no deseaba creer lo que veía, parió fácilmente un lanudo y frentón muleto que trabajosamente se levantó del suelo y tambaleándose corrió a poner sus plebeyos belfos en los nobles pezones de la yegua.

No recuerdo bien, pero creo que hubo hasta desafíos entre don Rafael y mi padre, y un distanciamiento definitivo. Papá, naturalmente, se salvaguardiaba, para el litigio, con los dos testigos de excepción, don Enrique y don José. Pero para sí mismo jamás sabría resolver el enigma. No podía estar en su mente, por parte alguna, la travesura de dos chiquillos con el burro de don Benito.

Pasaron cuarenta y cinco años. Mi padre anciano, yo viejo. Una tarde, conversando los dos allá en los corredores de Guacas, me preguntó con un candor que casi me lleva a las lágrimas, y como descargándose de una duda de tantos lustros:

—Hombre, vos que has estudiado tanto, si crees que un caballo pueda dar un hijo muleto?.

### EL SECRETO DEL TESORO PIJAO

Las aguerridas fuerzas ibéricas habían, ya conquistado los antes temidos y poderosos imperios de los chibchas, muzos y panches. Ahora dirigían sus miradas hacia los belicosos pijaos, que comandados por el valeroso cacique Tolimaca, se habían convertido en el azote de los pueblos vecinos y en especial de aquellos que en una u otra forma ayudaban a los peninsulares.

Cuando los hispanos se preparaban para atacar las tribus pijaos, éstas ya se aprestaban para la lucha, incluso para ir al encuentro de los españoles. Los valientes aborígenes pijaos hacían toda suerte de preparativos para el combate. El aguerrido cacique Tolimaca decide jugar el todo por el todo en la batalla contra el odiado invasor, así que empieza a tomar las medidas para un triunfo total o un suicidio colectivo. El suelo pijao se convierte en una máquina bélica. Todo está listo para el combate, para la batalla final.

Mientras tanto, el poderoso cacique convoca a sus más destacados consejeros que no eran otros que los más venerables ancianos de la tribu. Con ellos estaban, asimismo, los lugartenientes del cacique y el hechicero de la tribu, el mohán Burió. El cacique Tolimaca les dice:

—Ustedes ya saben que los conquistadores blancos han dominado nuestras tribus vecinas y que ahora se preparan para atacarnos. Pero nosotros ya estamos listos para recibirlos con las armas en la mano. No habrá cuartel para ellos, ni lo pedimos para nosotros. La guerra será total y hasta la muerte. Mueren ellos, o morimos nosotros, no hay alternativa. Si la suerte nos es adversa, todo de nuestra parte está previsto para desaparecer de la faz de la tierra, porque todos debemos sacrificarnos, nadie quedará vivo para soportar la afrenta de la derrota y una esclavitud humillante para un pijao, que ha sido siempre libre como el cóndor. Ya todo esto está decidido y ustedes lo han aprobado.

El cacique hizo una pausa, para después continuar, así:

—Pero como nada habrá de dejarse al enemigo, también he decidido, con los demás guerreros, que si perdemos esta batalla, debemos destruir nuestros cultivos y nuestros bohíos. Nada, absolutamente nada debe quedar al enemigo. Ahora, dentro de este plan, propongo a ustedes una medida que aunque terrible y radical, no queda otro camino, pues, repito, nada debe quedar en pie para ayudar a los blancos, si estos son victoriosos. Nuestro adversario es codicioso y gusta mucho del metal amarillo, uno de los motivos por los cuales han venido a saquear nuestras tierras. Nada más quisieran ellos que encontrarse con los grandes tesoros que esconden los sepulcros de nuestros antepasados. Y para quitarles esa tentación, he decidido que, antes que ellos, saquemos nosotros todas las riquezas que contienen las tumbas de nuestros mayores, para después de reunidas, esconderlas en un lugar donde jamás las encuentren, por mucho que recorran nuestro territorio por todos los rincones.

En este instante hubo conmoción y los venerables ancianos se miraban estupefactos, sin acertar responder palabra alguna. El cacique aprovecha el silencio para amonestar:

—Nuestros hombres son valientes y leales a su tierra, pero no faltará quien nos traicione si llegamos a perder esta guerra a muerte. Y, entonces, guiados por ese personaje maléfico, el enemigo romperá el silencio de las tumbas y tomará para sí todo el oro y cuanto es caro para nuestros antepasados en la vida eterna. A esto quiero anticiparme yo y por eso pido a ustedes la aprobación del plan que les he propuesto. Yo les respondo con mi palabra y mi vida que lo que saquemos de los sepulcros, será depositado en un lugar secreto, que nadie conocerá fuera de mí, porque yo tengo un plan infalible para conservar ese secreto. Yo les pido, jefes venerables de mi tribu, que aprueben lo propuesto y que procedamos de inmediato a sacar los tesoros de las tumbas y reunirlos para luego esconderlos, tal como lo he manifestado. No queda tiempo para dilatar una decisión, pues se acerca la hora de la gran batalla por nuestra libertad, por nuestra existencia.

Los ancianos de la tribu, quizá por el prestigio del gran cacique, pero con gran temor, aprueban el plan y facultan a Tolimaca para que lo ejecute a su buen entender. Terminó la reunión y el gran cacique procede a realizar el proyecto.

En esta forma, el cacique Tolimaca, en previsión de un revés de fortuna en las armas, manda a sacar los tesoros de las tumbas, sin dejar siquiera una que pudiera contener algo que mañana pudiese servir al conquistador peninsular. Manda a un millar de hábiles nativos para que fuesen desenterrando, uno a uno, los sagrados sepulcros de sus mayores. Y así como comenzaron a salir de las violadas tumbas, hermosísimos cetros, coronas, pectorales, narigueras, torzales, pulseras, zarcillos, cinturones, polainas, máscaras, amuletos y toda suerte de alhajas confeccionadas en oro por los más célebres y delicados orffices de todos los tiempos. Libra tras libra, arroba tras arroba, tonelada tras tonelada de maravillosas joyas de oro fueron acumulándose en un lugar secreto, que el cacique había indicado. El volumen y valor de este tesoro era incalculable, ya que varios bohíos se llenaron con las más raras y hermosas alhajas de la espléndida orfebrería pijao.

El tiempo apremiaba, por lo que el cacique Tolimaca ordena llevar, de noche, todo ese tesoro a otro lugar secreto, previamente escogido por él. Este nuevo escondite se hallaba en una caverna, en las estribaciones occidentales de la cordillera en medio de un espeso bosque. El célebre indígena era prácticamente el único que conocía el lugar, a no ser que el hechicero o mohán Buriló también lo conociera, ya que era un hombre ayudado por el diablo y estos secretos no lo eran tales para él. De todas maneras, el cacique llevó a dos de sus hombres de confianza y les muestra el lugar preseleccionado por él para depositar el cuantioso tesoro. Entre estos va el mohán Buriló, brujo o hechicero de la tribu, quien, desde luego, aparentaba no saber nada de ese lugar.

Más de cien fornidos aborígenes fueron escogidos para transportar y esconder la formidable riqueza. Se inició el traslado del inmenso tesoro y durante treinta noches, los cien indígenas llevaban el precioso cargamento al lugar de destino. Y precisamente tenía que ser transportado a esas horas nocturnas, pues nadie debería saber el sitio donde se depositaría el fabuloso tesoro. Así, cien indios, durante treinta noches, fueron necesarios

para conducir y esconder esta incalculable riqueza pijao. Nadie, ni siquiera el mismo cacique Tolimaca, sabría cuánto oro llegó a la caverna y, mucho menos, podría tasar el valor en obras de arte laboradas por los más famosos orífices indígenas, confeccionadas a lo largo de incalculables generaciones. Pero, a no dudar, ese tesoro alcanzaría dimensiones muy grandes, quizá comparable al tesoro de los incas y aztecas, también escondidos para no dejarlos caer en manos de los conquistadores hispanos.

La caverna, larga y espaciosa, casi era insuficiente para contener tan voluminoso y rico tesoro como el que iban llevando los nativos para ser guardados por siglos sin fin, ocultos para los conquistadores de ayer, de hoy y de mañana.

Terminado el trabajo de ocultamiento del gran tesoro pijao, la boca de la caverna fue ingeniosamente tapada y disimulada. Ya todo oculto, los cien indígenas se preparan para retornar, pero debían presenciar, primero, las ceremonias de exorcismo del mohán, brujo o hechicero Burió, quien quema plantas y resinas, no para ahuyentar el demonio, sino, más bien, para invocarlo, para suplicarle se hiciera custodio y protector eterno de esos tesoros de los antepasados. Así, en medio de complicadas liturgias y ceremonias, el hechicero ha llamado en su auxilio a una legión infernal. El lugar comienza a iluminarse; se sienten fuertes olores a azufre y unos ruidos que ponían pavor en los corazones de los presentes, anunciando el arribo de los hijos del averno. Todos quedaron como petrificados, al tanto que el brujo daba saltos y alaridos, para, luego, caer en éxtasis.

Poco a poco las cosas fueron aplacándose y todo retornó a su estado natural de sombras y silencio absolutos. La noche seguía cubriendo el espeso bosque. Una orden rompe el mutismo y hace que los indígenas se apresten a retornar a sus chozas. Inician la marcha. Habrían cubierto unos pocos kilómetros, cuando son sorprendidos en una emboscada y muertos todos. No tenían armas para defenderse, pues su misión era de paz, cual era la de esconder los tesoros de sus mayores, según instrucciones del gran cacique. Así que la obra de quienes perpetraron la emboscada, fue en extremo fácil. Había sido ésta una orden del mismo Cacique Tolimaca, que envió a exterminarlos para que ninguno fuera a revelar el secreto del escondite del tesoro. El brujo o hechicero Burió tampoco debía quedar con vida, pues era él quien había comandado todo el enterramiento y mejor que nadie conocía todos los secretos. Nada parecía haber quedado con vida. Ni siquiera había heridos, ya que los que no cayeron fulminados por las flechas certeras de los guerreros, fueron rematados. Todo quedó en silencio, tras la macabra emboscada.

Consumado este genocidio, los guerreros retornaron a la ciudadela aborígen. Su jefe se presentó de inmediato ante el gran cacique para rendir información del exterminio. Nadie había escapado a la masacre. Ya todo era un secreto, que tan sólo conocía el gran cacique Tolimaca, porque el mohán o brujo también habría desaparecido. El secreto sería guardado por toda la eternidad y los antepasados podrían descansar tranquilos, después de haber sido inquietados momentáneamente en su sueño milenar por órdenes del gran cacique, que arrebató sus tesoros de sus sepulcros, para ser depositados en lugar seguro. Ahora podrían retornar al sueño eterno, ya tranquilos, porque nadie los despojaría jamás de sus haberes, ya que estaban bien guardados, al abrigo de intrusos y ahora para siempre bajo la custodia de seres infernales, que velarían eternamente, protegiéndolos.

Ya el gran cacique Tolimaca podía emprender su marcha hacia el triunfo o la derrota, donde se jugaría el destino de su pueblo. No había más alternativa que la de triunfar o morir. El gran cacique marchó en busca del enemigo, del que tenía noticias que ya venía a atacar. El cacique salió a su encuentro, tomando así la iniciativa, mejor que esperar y defenderse.

Los ejércitos ibéricos y los indígenas lucharon por días. La batalla era indecisa, pues unas veces la suerte favorecía al conquistador español, mientras que en otras ocasiones terciaba al lado del aborígen. Pero, finalmente, cayó el cacique, vencido tras un lance con otro cacique enemigo, que lo había traicionado y se había puesto de parte de los hispanos. La lucha cesó y con la batalla perdida se selló la negra suerte del gran pueblo pijao.

Terminada la contienda, los principales guerreros pijaos fueron hechos prisioneros y luego ahorcados en los árboles, para escarmiento de los demás indígenas. Y mientras esto sucedía, las mujeres, los niños y los ancianos se suicidaron arrojándose por los precipicios. “Centenares, millares, quizá, se lanzaron a los torrentosos ríos y se ahogaron. Hubo ríos que detuvieron su paso y se represaban por la cantidad de aborígenes que desde los peñascos se arrojaban para morir en las profundidades de sus lechos, antes que caer en manos de los crueles hispanos.

De esta manera quedaba decidida la suerte de los pijaos, que prefirieron el suicidio masivo, a caer prisioneros y hacerse esclavos de los dioses blancos de más allá del gran lago.

En esta forma el fabuloso tesoro de los pijaos quedaba en la profunda oscuridad, pues quienes lo depositaron en cavernas habían sido asesinados para que no tuvieran la tentación de revelar el secreto. Los guerreros que los habían liquidado, no tenían remota idea de donde venían, ni que estaban haciendo aquellos, sino que tenían la orden que era la de emboscar y matar a otros indígenas, ya señalados por la negra suerte. Así, el único que conocía el secreto era el gran cacique Tolimaca y este acababa decaer en medio de la gloria de haber luchado hasta el fin, por la libertad de su pueblo. Quedaba, pues, el inmenso tesoro, la fabulosa riqueza, al amparo de las sombras eternas.

Sin embargo, como entre cielo y tierra no hay nada oculto —como reza el dicho popular— resulta que en la matanza de los indígenas que hicieron el enterramiento o, mejor, que realizaron el escondite del tesoro pijao, el mohán, hechicero o brujo Burió, que se las sabía todas, adivinó lo que iba a suceder y fue entonces como durante la marcha para retornar a casa, fue apartándose más y más, hasta desligarse completamente del grupo. Vino la emboscada, pero él ya no estaba sino que había huido y se hallaba muy lejos. De esto no se percató el jefe que comandaba los guerreros indígenas que hicieron la emboscada, aunque llevaba instrucciones precisas de caerle al mohán o hechicero, ante todo. Por ninguna circunstancia éste debería auedar con vida. Pero el comandante de los guerreros no se detuvo en detalles, sino que se dedicó al tétrico exterminio de los indefensos indígenas.

El brujo ai escaparse, comenzó a descender por la cordillera, al amparo de la oscuridad. Se dirigió hacia oriente, hasta que llegó a la parte plana, lo que alcanzó cuando ya habían aparecido los primeros rayos del amanecer.

El hechicero Burió estaba, ahora, en tierras de los quimbayas, tribus que él conocía de nombre, pero con quienes nunca tuvo contacto alguno. Para él era difícil tratar con los

quimbayas, porque éstos de inmediato adivinarían que era pijao por lo que de seguro no le darían abrigo, pues eran los pijaos hombres muy temidos, por su belicosidad y crueldad. Pero esto no era mayor problema para el mohán Buriló, pues se transformaba, a voluntad, en animal, en una roca, o en cosas parecidas. También podía convertirse en un indio quimbaya, o en un jefe de esta otra parcialidad, pues para eso era un hechicero o brujo, que tenía fuertes nexos con los personajes de las sombras.

Por algún tiempo, el brujo Buriló, bajo la identidad de un quimbaya, se paseó por todas partes, sin ser descubierto o siquiera haber sido objeto de sospecha, tal era perfecta su transformación. Sin embargo, a él le atormentaba el recuerdo de su raza desaparecida, pero más aún, el terrible secreto del tesoro pijao. El era el único sobre la tierra que lo conocía y sobre él recaía toda la responsabilidad. Esto lo tenía como al borde del desespero, tal era la agobiadora carga que le impedía una vida tranquila. Muchas fueron las veces en que estuvo a punto de revelar el secreto, pero recordaba la maldición que había echado para quien revelara el escondite donde estaba el tesoro. Sin embargo, tampoco quería que quedase oculto hasta la eternidad. Alguien más debía compartir el secreto para que, cuando él desapareciera, no quedase aquél en el silencio eterno. Pero no se lo revelaría a nadie y más bien tomaría una determinación, que pensaría cuál podría ser, con el correr de los días.

El gran hechicero o brujo Buriló decidió dejar estampado en una roca el misterioso secreto del escondite del fabuloso tesoro. Sí, esto era lo que debía hacer, pues revelaba el secreto, pero en forma indirecta y así no recibiría el castigo de los seres infernales.

Una mañana, de esas tan hermosas que suelen acariciar las estribaciones de la cordillera de los quindos, el mohán o brujo Buriló tomaba un baño en un torrentoso río. En la mitad del cauce había una enorme piedra, muy apropiada para el fin que él quería, o sea el de dejar grabado el secreto del lugar en que se encontraba oculto el tesoro de los pijaos. Sí, allí lo haría. Fue entonces cuando valiéndose de sus mañas y artes hechiceras, se ingenió un instrumento más duro que la roca misma y comenzó a trazar misteriosas figuras para revelar el formidable secreto. Así fue como fueron apareciendo la figura del dios sol y de la madre luna, divinidades tutelares de todas las razas indígenas. Las dos divinidades miraban hacia el lugar donde se hallaba la caverna depositaria del fabuloso tesoro, protegiéndola de quienes trataran de penetrarla. El brujo Buriló, es cierto que era un personaje del más allá, propiamente de las legiones infernales, pero no por eso dejaba de creer también en las divinidades que desde la bóveda celeste protegían a la fanática indiada. Por eso fue por lo que primero encomendó a los seres del averno, guardar la entrada del misterioso escondite del tesoro, y ahora, pedía a los dioses tutelares de la raza que velaran, desde la distancia, el gran secreto.

Bien, luego de trazar profundamente las figuras del Sol y la Luna, encarnados en el hombre y la mujer, trazó una tercera figura detrás de esos dioses lares. Y a los lados de la piedra grabó una serie de jeroglíficos que anulaban las maldiciones, que él mismo había pedido cayeran sobre quienes violaran la gran tumba de sus antepasados, mejor, la caverna donde se habían despositado todos sus bienes terrenales, a órdenes del gran

cacique Tolimaca. A espaldas de las figuras augustas de los dioses, en la parte posterior de la piedra, grabó un gran lagartijo, también animal sagrado, que serviría para ayudar en la protección del secreto. Burió, el misterioso brujo Pijao, quedaba ya tranquilo, pues se había desahogado de tan terrible responsabilidad. Quedaba, entonces, interpretar el significado de los jeroglíficos y figuras humanas y zoomorfas que había estampado, a cincel, en la inmensa piedra del torrentoso río.

A este respecto, el brujo Burió se decía a sí mismo:

Quien llegue a esta piedra verá dos figuras, una grande; pequeña la otra. La primera representa al dios Sol; la Luna, la menor. Estos miran eternamente hacia la cueva o caverna donde está oculto el tesoro. Pero para saber el punto exacto hacia donde están mirando, es necesario apostarse detrás de esas dos figuras, y por eso la razón de la tercera figura que está colocada como mirando por encima de ellos. Quien se sitúe en esa posición verá claramente el sitio o lugar donde está encerrado el tesoro pijao. Sin embargo, si esto se hace durante el día, no podrá verse el punto exacto. Primero —se repetía— hay que estar en la piedra en una noche de luna y cuando los rayos de ésta le den a su estampa grabada en la piedra, cuando entonces ésta expedirá una luz que irá a posarse a toda la entrada de la cueva donde está el tesoro. Así, hay que situarse detrás de las dos figuras, en una noche de luna y esperar la revelación del secreto, esto es, del punto exacto donde se encuentra. Allí estará la lucesito señalando el camino.

Y el brujo continuaba diciéndose:

Ya revelado el secreto, entonces al día siguiente, en las horas claras de la mañana, uno podrá apostarse detrás de la piedra y ver con exactitud el lugar preciso donde está el tesoro, porque las miradas de los dioses ya estarán fijas en el lugar. Pero, repito, es necesario, primero, descubrir el lugar, según las instrucciones, o sea en una noche de luna.

El hechicero o brujo grabó todo esto en esa piedra y ya quedaba tranquilo, porque la roca, símbolo de eternidad, también lo conocía y lo portaría hasta tiempo infinito. Pero, el brujo no sólo revelaba el secreto, sino que anuló la maldición que recaería sobre quien descubriera el tesoro. Ahora dejaba el secreto en manos de los dioses tutelares: el Sol y la Luna.

Durante varias ocasiones el brujo o hechicero pijao. Burió, se cercioraba de que lo grabado en la piedra fuera exactamente como él lo quería decir, señalando el lugar preciso donde se encontraba el gran tesoro oculto. Todo era exacto, perfecto. Una noche en que estaba sobre la roca meditando sobre el tesoro, sobre su raza, sobre el destino que tendrían las opulentas riquezas de sus antepasados, un ruido sordo se sintió de súbito y una inmensa tromba de agua lo arrastró y sepultó en su oscuro y borrascoso lecho. Pero ya el brujo había revelado el secreto, el lugar exacto donde estaba oculto el fabuloso tesoro de los pijaos.

### **EL SUEÑO DEL GUAQUERO**

Es el guaquero, uno de esos personajes que, con el correr del tiempo, van convirtiéndose en parte del acervo cultural de los pueblos. En el caso específico del Quindío, el guaquero

es parte insustituible de su historia contemporánea o, mejor, de su historia reciente. Para el Quindío, el guaquero es, simplemente, el pionero de su colonización. Fue este personaje el que, cuando esta región no era sino el conjunto de espesas montañas, vino a sus tierras en busca de fortuna y más propiamente de los tesoros que se encontraban en las tumbas de sus antiguos pobladores, los aborígenes, quindos, pijaos y quimbayas, que ocuparon su suelo en diferentes épocas de su prehistoria y su historia. El guaquero vino al Quindío a desenterrar los sepulcros indígenas. Llegaron por millares, atraídos por las inmensas riquezas que algunos con suerte habían extraído de las violadas sepulturas nativas.

Algunos de esos guaqueros venían única y exclusivamente a “guaquiar”, mientras que otros de más visión, vieron en esta tierra un suelo fértil, un clima excelente y una hidrografía bien distribuida, condiciones óptimas para una agricultura intensiva y variada. Si aquí no producía el suelo, no produciría en ninguna otra parte del mundo. Y así fue como unos, al amparo de la guaquería, fueron dedicándose a adquirir terrenos para abrirlos y hacer fincas. Fue esta la iniciación de la colonización, propiamente dicha.

En esta forma el guaquero se convirtió en el elemento precursor, en el pionero de la conquista y colonización del Quindío. Pero este guaquero también era un individuo de relieve, personaje “típico” —como diría un gringo o un europeo— en el viejo Antioquia, Caldas, Risaralda, Tolima y Valle del Cauca. También lo ha sido y es en otros departamentos, es cierto, pero ha sobresalido especialmente en el Quindío, Risaralda y Antioquia, y más en el primero que en los demás.

El guaquero ha sido aventurero, ante todo. Sí, ha sido un aventurero en procura permanente de tesoros, ya sea guaquiando o sacando entierros, porque estas dos cosas como que andan unidas, por afinidad, muchas veces lo uno conduciendo a lo otro. Este personaje, por lo general es un hombre de fácil expresión, en extremo lenguaraz, dicharachero por naturaleza y, sobre todo, locuas y mentiroso hasta la exageración. Es, sin lugar a dudas, un hombre que sabe mil cuentos y cómo contarlos con gracia. Conoce una y mil historias de espantos, asustos, entierros, brujas, guacas que alumbran, amén de un número incontable de cuentos de la “patasola”, la “madre monte”, en fin de todo aquello que tanto nos sorprendía y asustaba en los primeros años de nuestra juventud y que hoy también es deleite de quien tiene la oportunidad feliz de oír sus cuentos y relatos, sus historias, sus exageraciones, sus exorbitadas mentiras. Esto es un pasatiempo de jóvenes y viejos de hoy, como lo fuera para los de ayer. Así, la conversación del guaquero es amena, graciosa, salpicada de chispazos, ingenio y fantasía. Este personaje pertenece, de esta manera, a nuestro folclore a nuestra cultura y, tratándose del Quindío, es un pionero de su colonización, un mojón de su historia.

El relato de “Manuemico”, uno de los celebérrimos guaqueros de todos los tiempos en el Quindío, es el de un guaquero típico, de no importa qué departamento de nuestra patria. Y es el prototipo incluso en su apodo, pues todos tienen uno, que lo identifica y distingue de los demás, apodo que adquirió por cariño de sus compañeros, o bien por su parecido con un animal, o por su comportamiento, por un defecto, o sea por mil causas. De todas maneras, esta es la historia de un guaquero cualquiera, en cualquier tiempo, en un lugar cualquiera.

Apenas hubé pisado la puerta de mi oficina, saludó la secretaria, desde lejos y sin dar tiempo para saludar, dijo:

—Oiga, doctor, dos señores lo han venido a buscar varias veces. No me quisieron decir para qué. En todo caso, dizque dentro de una media hora vuelven.

—Señorita, pero no sabe usted para dónde se fueron o dónde están?

—No, doctor, no es nada, pero me parece que saben estar en el café de la esquina.

—Muy bien, pues los voy a esperar unos minutos, nada más, ya que me tengo que ir para una reunión urgente.

Al poco rato de estar esperando, entraron dos señores, medio campesinos ellos, a juzgar por su indumentaria, y preguntaron por mí.

—A la orden, dije.

—Vea, doctor —dijo uno— quisieramos conversar con usted una cosita, si n'ué mucha molestia.

—Con mucho gusto, hombre. Ya voy para allá —les respondí—.

—En qué les puedo servir —les manifesté, una vez estuve con ellos—.

—Verdá, doctor, quisque usted es hijo del finado Manuel Gutiérrez?

—Sí, señor, yo soy hijo de él.

—Vea, doctor, yo lo conocí a usted chiquitico. Yo guaqué con su papá. Ese si era todo un cachaco. Nosotros fuimos muy amigos y él fue pa mí como un padre. Usted si que se parece a él, no siamos tan pendejos.

Yo le agradecí e iniciamos una charla sobre guaquería, que se prolongó por largas horas, no obstante que yo tenía una cita con unos amigos para asistir a una reunión.

—Doctor, usted si le salió a su papá y le gustan tanto las guacas? —preguntó uno.

—Claro que sí, hombre —le contesté—

—Es quia quí le traigo unas pendejaditas, pa ver si le gustan.

Diciendo esto, desamarró un costal viejo y sacó unas tacitas de barro, más o menos bonitas, pero no eran del otro mundo. Eran en total, unas seis. Yo las contemplé con curiosidad, más por cortesía que por su belleza, pues eran muy comunes en la región y uno podía conseguirlas iguales en cualquier parte. Pero mi aparente entusiasmo, puso muy contentos a los guaqueros, en especial a uno de ellos que no cesaba de hablar un sólo instante.

—Bueno, pregunté yo— y qué más sacaron; qué hubo del amarillo; no tenía nada más el indio?

—Apenas una nariguerita y unos torzalitos, pero regularsitos, más bien feitos. La nariguera es de tumbaga y los torzales son d'ioro forrao.

Diciendo esto, sacó del carriel un paquetico o, mejor, una cajetilla de cigarrillos, amarrada con hilo negro.

—Vea, doctor, aquí tiene el orito. El indio como que estaba muy pelao, parece que s'había enterrao de güida de las deudas. Pero, bueno, algo es algo— agregó.

—Pero, doctor, esto de verdá no vale la pena, pero riase de las guacas que tenemos catiadas. Cuando pienso en ellas me va dando como un temblorcito y unas cosquillitas lo más de raras, como diciéndomen que con ellas voy a salir de pobre. Vea, apenas tenga yo esa

plata en el costal, voy a humillar hasta ese señor que llaman Roquefeyer, de los Estados Unidos.

A mí me dio cierta risita de ver ese guaquero tan exagerado. Pero le seguí la corriente, por lo menos para oírlo meter mentiras y contar cuentos, pues son muy agradables, entre otras cosas. Luego le dije:

—Oiga, amigo, pero no serán unos “monitos” los que usted tiene catiados? Esto que usted trajo no pasan de haber sido sacados de un “monito” de esos —agregué yo, tratando de dármelas de que sabía mucha de esas cosas, pero lo hice más que todo, por escuchar su respuesta.

El guaquero se ríe, al tiempo que respondía:

-Eh Avemaria, dotor, usted si que sabe d'estas cosas. Me jodio. Le voy a confesar que rialmente si saqué esas cositas d'un "monito". Yo lo saqué pa no déjalo volar, pero a mí no me gusta sacar sino guacas de primera, grandes y de ilusión.

El guaquero aceptó mi tesis por halagarme, no cabe duda, porque qué iba yo a saber que sus cosas las habían sacado de un “monito”? Yo lo había dicho simplemente por decirlo.

—Bueno, hombre —dije a mi turno— cuánto valen esas cositas de barro y el orito?

—Qué van a valer, dotor, ni de riesgos que yo le vaya a cobrar a usted por eso. Yo se las traje de regalo, porque usted es de los mismos de nosotros. Y, además, su papá fue como un padre pa conmigo, como ya le dije. Vea, si me va a pagar por eso, más bien las vuelvo a empacar y me las llevo. Yo se las regalo, dotor, y nada más.

Yo le agradecía muy efusivamente, aunque me daba gran pena aceptar este regalo. Pero ante su insistencia, no tuve otro recurso que recibirlo. Luego le dije a la señorita que pidiera tinto al café, lo que hizo inmediatamente. Al calor del humeante tinto, seguimos nuestra animada charla.

—Dotor —dijo el guaquero parlachín— yo no sabía quia usted le gustaban tanto las guacas, o si no le hubiera traído las bellezas de piezas que saqué en estos días. Yo vendí unas alhajas tan lindas qu'iaunque me dieron muy buena plata por ellas, tuavía tengo remordimiento d'íaberlas vendido. Eran tan bonitas, qu'ese mister se las llevó quisque pa un museo de Nueva Yor o de Londres. Vea, que yo hubiera sabido, aquí estaban todas esas piezas. Pero nunca es tarde —continuó-. Yo creo que en las guacas que tenemos catiadas vamos a sacar cosas del otro mundo. Si la “quintorera” y el “cajón de cola” que dejamos catiadas no tienen nada, me dedico a domar micos o a sacar entierros. Oiga, dotor-, ahora que digo algo sobre entierros, yo se donde hay unos que qués sino ir apañar el oro.

En esto interrumpió el otro guaquero, quien dijo:

—Oítes, “Manuemico”, por qué no le contás al dotor de las luces qu'emos estao viendo en guadual, en la finca de don Pedro Jaramillo?.

—Hombre, no jodás, no me llamés así que me vas hacer dar pena del dotor —dijo el guaquero haciéndose el turbado. Luego prosiguió:

—Dotor, no le pare bolas a ese apodo que me tienen estos pendejos. A mí no me gusta que me llamen por apodos, y al principio casi mato a más de diez que me decían así, pero ya me acostumbré. Claro qu'el que no me conozca y me llame por ese apodo, vea dotor, tiene qu'enterrase mil varas pa debajo, porque le sobra cuchillo. Oítes, "Rabuegurre", no me volvás a llamar por el apodo delante de la gente civilizada cómo el dotor, que miasés caer la cara de pena.

—Sino jué pa oféndelo, hombre —contestó al que llamó "Rabuegurre"—. Jué que se me safó. Pero contale al dotor lo que las luces, que le va a gustar mas harto qu'el diablo.

-Bueno, dotor -dijo el guaquero, apodado "Manuemico"— es que nosotros hemos estao guaquiando en la finca de don Pacho Saldarriaga y ahí al punto frente, en la propiedad de don Pedro Jaramillo, en un gradualito qu'iai, ríase usté el modo de alumbrar ya por la tardecita. Nosotros hemos mirao y mirao p'allá a eso de las seis de la tarde y entre más denoche, más llama se ve. Eso parece que se estuviera quemando el gradual. El dueño de la finca aonde estamos nos dice que talvez allá esté el entierro de don Arturo Rodríguez, qu'era muy rico y que decían enterraba la plata, en libras esterlinas.

El guaquero "Manuemico" iba emocionándose más y más, a medida que avanzaba su historia, lo que me contagiaba a mí también.

—Dotor, yo he tenido muchas ganas d'ir a pegar unas catiaitas a ese gradual, pero ese señor Jaramillo como qu'es muy jodido y no le da permiso a nadie. Si usté fuera amigo d'ese señor, usté nos conseguía el permiso y así si la pegábamos todos. Tenga la seguridad que si no es un entierro, por lo menos debe haber guacas más lindas qu'el diablo, pues no vaya a creer qu'esas llamaradas son d'iun entierro de pobre o d'uiuna guaca pelada. Yo por mi parte creo qu'es una guaca, porque los entierros no son así, aunque también he oído muchos cuentos de luces, pero no así tan enverriondaos. Vea, en la casa aonde estuvimos estos días, asustan a uno hasta a pleno sol. Denoche vemos lucecitas y toda clase de ruidos, pero nunca como lo qu'iuno ve en la finca de don Pedro, allá en el gradual.

—Bueno, y si asustan en la casa que estaban ustedes, por qué no sacaron el entierro? —pregunté yo.

—No, qué vamos a ponernos a sacar entierros de pelaos. Con unas guacas, catiadas como las que tenemos y con la quiai al frente, dónde don Pedro, vamos a gastar tiempo sacando éntieritos pendejos. No, mi dotor con nosotros es más hondito aoye?

Yo acepté la explicación y luego le pedí que me siguiera contando lo de las luces y llamaradas que veían donde don Pedro. Yo les dije:

—Yo conozco mucho a don Pedro Jararnillo y creo que pueda sacarle el permiso. Espero que no me lo niegue —agregué—. Y si llegaba a negarme, por cualquier razón, yo tengo unos amigos, parientes de él, que a ellos si les da el permiso para echar unos caleitos.

Esto alegró inmensamente a los guaqueros, que bailaban en una pata, como dicen ellos.

—Eh Avemaria, dotor, ya ve que nosotros si le pagamos al qu'era. Usté es la mano de Dios en un frasquito. Oítes, "Rabuegurre", que vamos a guaquiar donde don Pedro? Ahora sí, adiós peladez.

“Rabuegurre”, dijo:

—Bueno, compadrito, muy bien, pero cómo vamos a hacer, acuérdesese qu’iusté es muy miedoso pa eso de métese al monte. Arrecuérdesese quiusté le tiene miedo a la “patasola” y a la “madremonte” y quiusté lo han espantao muchas veces.

Sin dejarlo terminar, y como con gran vergüenza, el que llamaban “Manuemico” interrumpió:

—Vea, “Rabuegurre”, yo le había dicho eso a usted pásele dar miedo del monte, nada más, pero pa que sepa di’una vez por todas yo no le tengo miedo a nadie. Entre más me asustan, más me gusta. Y eso de la “patasola” no son sino cañas de la gente y pasustar muchachos chiquitos. Pero a mí la tal “patasolita” no me va a hacer dar miedo. Vea, la cojo, le arranco la otra pata y me la aso en una vela y me la jarto en menos de lo que se persina un cura. Y miedito a mí de la “madremonte”? No sí tan pendejo, hombre, yo he dormido muchas veces con esa vieja, pa que sepa. Más miedo me tiene ella a mí, que cuando duermo con ella me dice por la mañana, cuando le estoy dando duro: “papacito, no me pegue más, que me va a dañar el cuero”. Mejor dicho y pa que no jodás más con ese cuento, yo estos enmosao con la “madremonte”. No había contaó este chisme, pa no perjudicala a ella.

En esto yo me reí de muy buena gana, de ver ese par de mentirosos. Yo les seguí el hilo, pero al mismo tiempo muy entusiasmado con los cuentos. Luego el muy azaroso “Manuemico” dijo:

—Bueno dotor, siusté es capaz de conseguir ese permiso, nosotros nos vamos a gaaquiar p’ayer. Cuándo va usted a hablar con don Pedro?.

—Voy a ver si lo localizo en la casa. Espérenme un momento —respondí—.

Llamé por teléfono y para la buena suerte, don Pedro aún estaba en la casa. Tuvimos una larga y animada charla y finalmente el señor Jaramillo accedió a dejar gaaquear en su finca, por tratarse de mí. Esto lo agradecí mucho. Luego nos despedimos.

Con la cara llena de alegría retorné donde los gaaqueros para comunicales la buena nueva. Les dije:

—Ustedes si son los más de buenas del mundo. Don Pedro me dio permiso para dejarlos gaaquear a ustedes, pero, eso sí, con la condición de no tirársele la finca. Que hueco que abran, lo tienen que volver a tapar muy bien, por chiquito que sea. Ahora, que la guaca que saquen, la tienen que tapar bien apisonada, sin nada de “zarzos”, como dizque hacen ustedes.

—Eh, Avemaría dotor, usted nos cree capaz d’iacer eso de tapar con “zarzo”? Unos gaaqueros como nosotros ir a dañar una finca tan bonita, o dejar un güeco pa que se mate una res? No, dotor, ni riesgos. Pierda cuidao que los rotos que hagamos, los volveremos a tapar de manera que no se quede notando.

—Bueno, así espero, porque yo ya me comprometí con don Pedro y hasta le dije que yo respondía por ustedes. De manera que no me vayan a dejar mal.

—Pierda cuidao, dotor. Nosotros le prometemos y juramos por lo que más quiera que no lo hacemos quedar sucio.

—Bueno. Ahora viene otra parte —agregó el doctor—. Don Pedro exige que se le

de la cuarta parte de lo que saquen y que se reserva el derecho de controlarlos a ustedes, porque en otras ocasiones los guaqueros se han volado con la parte de él. Precisamente por eso es por lo que no deja g.uaquear, porque está muy "soguiado", como dicen. Así que si ustedes se someten, entonces da el permiso, pues, de lo contrario, ni pensarlo más. Ustedes verán.

—A mí me da mucha pena, dotor, que sian tan desconfiosos con uno qu'es gente honrada. Vea, yo nunca le he robao a nadie y mucho menos al que me da gastos y me deja guaquiari en su finca. No faltaba más. Ni que yo fuera un desagradecido.

Eso lo decía con una cara de seriedad que hasta uno que los conoce tan bien, le creí'a. Sin embargo, uno le veía esa cara de malicia, de mentiroso irreductible, que bien sabía que ya estaba armando la trampa, "pa móntalo a uno", según su propio lenguaje.

—Muy bien, dotor —volvió a decir "Manuemico"—. Usté que ya nos consiguió el permiso, no nos va a g.ustiar pa la guaquería? Ahora si le llegó a usté el turno de desquitarse, dotor.

Yo ya me esperaba ésto y, por eso, lo que decía "Manuemico" no me sorprendió en lo más mínimo. Antes se había demorado mucho en mandarme el "sablazo". Además, yo ya estaba muy acostumbrado a estas cosas y no esperaba algo distinto a lo que me pedía.

—Bueno, qué dice, dotor, se mete con nosotros, o nó? Ahí tiene, pues, la oportunidad pa que consiga plata d'úna vez.

—Bien -le dije— voy a g.ustearlos por primera y última vez, puesto que son tantos los que me han sacado plata para g.uaquear, que si la tuviera junta, ya estaría más que rico. Así que voy a ensayar con ustedes, que parecen honraditos.

—Oiga, dotor, a usté no le va a pesar habése metido con nosotros. Dicen p'uai que los guaqueros quisque son muy mentirosos y muy picaros, pues le voy a demostrar qu'eso n'ué's verdá y que nosotros somos distintos. Ya ve, en esto ni parecemos guaqueros. A mí a veces me da hasta pena ser tan honrao, agregó "Manuemico".

—Además —dije— me tienen que estar avisando cómo va la guaquería o no vuelven a coger un peso más conmigo. Cuando ya estén para sacar una guaca, o mejor, para barrerla, me avisan para ir a vigilar la barrida.

—Pierda cuidao, dotor. Yo mismo lo llevo cuando estemos pa barrer cualquier guaca, dijo "Rabuegurre".

—Ahora —dije—ustedes ya saben que a mí me toca una cuarta parte como g.astero y que a don Pedro otra cuarta, como dueño de la finca. Así que esto queda muy claro, entendido?.

—No, dotor, no se preocupe por eso. Haga de cuenta que ustedes ya tienen la plata en el bolsillo. Yo más bien le quito la comida de la boca a mi madre, aunque se esté muriendo de hambre, que quítales yo a ustedes la parte que les toca.

En esto me recordaba de dos anécdotas, de dos cuentos verídicos, que ilustran precisamente lo que son los guaqueros, cuando se trata de partir lo que se saca en las guacas, y las estratagemas que utilizan para robarse unos a otros. A uno no le queda más que dar los gastos, pero sin muchas ilusiones de que le vaya a tocar alguna cosa. Me refería mi padre, viejo guaquero que conocía todas las mañas de sus colegas, lo siguiente:

—Vea mijito —me decía— estos guaqueros son tan picaros que me recuerdo muy bien de doña Domitila, una vieja vecina de la finca de nosotros. Esta señora era muy buena, muy honrada y supremamente maliciosa. A ella le gustaba mucho la g.uaquería y le daba gastos a los guaqueros, pero, eso sí, los controlaba hasta cuando iban al cafetal a sus necesidades. Bueno, una vez le dio gastos para g.uaquiar a un tal “Monosabroso”, uno de los más conocidos, de los mejores guaqueros de la región. Lo llamaban “Monosabroso”, porque, según él su sudor era muy dulce y por eso le perseguían mucho las avispa.s y las abejas. Bien, después de unos días de estar g.uaquiando “Monosabroso”, dio con una guaca muy bonita, de gran porvenir. Llegó el día feliz de la barrida de la guaca. Doña Domitila había estado presenciando la sacada, desde que ya lo habían definido bien. Cuando llegaba el momento preciso de la barrida, doña Domitila acostumbraba hacer empelotar a los guaqueros, para que no la fueran a robar. Claro que no quedaban propiamente en almendra, pues le hacía poner un pañuelo, a manera de vestido de baño, nada más. Bien, en esta ocasión le dijo a “Monosabroso”:

—Ve, ole, anda y te quitas esos chiros y pónete este pañuelo pa que te tapes esa porquería. Y cuidadito con trágate las piezas chiquitas cuando estés barriendo.

—Así fue —prosiguió mi padre—. El guaquero se amarró el pañuelo, como dijo la gastera, no sin antes protestar por la desconfianza. Bien, comenzaron a barrer la guaca, pero no daban señales de estar sacando cosa alguna. La espera era tremenda para Domitila. Por allá, al mucho rato, vio que subía “Monosabroso”, por los rústicos escalones de la guaca. Ya afuera, el guaquero dijo:

—Esa maldita guaca no tenía nada, misiá, nos jodimos.

Pero doña Domitila, mirándolo más abajo del ombligo, le interrumpió y le manifestó:

—Ole, “mono”, a voz sí que te creció harto el cacao en esa guaca? Qué te pasó, mostrá a ver?.

Y diciendo esto, le mandó la mano y le arrancó el pañuelo. Al tiempo que esto hacía, cayeron al suelo un poco de narigueras, torzales, patenas, unas chapolas y otras piezas de oro todas muy hermosas.

El guaquero no dijo nada y hasta se rió. Sin embargo, cínicamente le dijo a doña Domitila:

Cómo le parece la pendejadita de guaca que estamos sacando? Allá abajo hay más oro, yo apenas saqué la muestra. Esto es pa usted. Lo traje escondido pa qu’el compañero no se diera cuenta que yo le traía a usted este regalito. Ahora, misiá, guarde bien esto pa que después partamos todo. Yo me vuelvo pa la guaca. Y de inmediato comenzó a descender, pero ya sin el pañuelo, pues doña Domitila ni eso le dejó poner ahora que lo había cogido en la trampa.

Yo recordaba este incidente que tanto ilustraba la picardía de los guaqueros, sus estrategias. Pero, de súbito, me venía otro caso, en el que decía muy a las claras, la malicia y los recursivos de aquellos.

—Una vez -decía mi padre— había una compañía de guaqueros sacando unas guacas en una región muy rica. Ya habían “catiao” unas guacas muy hermosas,

especialmente una “carminera” que prometía plata toda la que se quisiera. Se le pusieron a la pata a esta guaca y empezaron a sacarla. Cada que bajaban una vara más, más linda parecía la maldita. Le dedicaron varios días, pues era hondita. Era, además, muy sana y muy linda. Bueno, finalmente llegaron al plan y ya estaba casi lista para barrerla, pero era muy tarde y no se veía nada, así que dejaron para barrerla muy al alba. Se fueron a comer y luego a dormir, para poder madrugar.

Bueno, tarde en la noche, uno de los gvaqueros, “Bozuechucha”, por más señas, se levantó porque se sentía muy enfermo del estómago. Al salir, un compañero le dijo:

—Qué le pasa amigo?.

—Hombre, que me siento más mal qu’el diablo. Yo creo que me hicieron daño los frisés vinagres y esa maldita carne rancia que nos dieron, agregó.

—Bueno, el gvaquero salió a un cafetal que había al pie de la casa. Al rato retornó. Luego, pasada una media hora, volvió a sentirse mal y de nuevo al cafetal. Estaba como tan enfermo, que a cada momento tenía que salir a los mismos menesteres. Ya pasadas muchas veces de este insuceso, un gvaquero que estaba despierto, le comentó:

—Eh, Avemaria si usted está bien jodido. Si sigue así, se va a voltiar al revés.

—Sí, hombre, me tragó la tierra —respondió “Bozuechucha”—. Vea, si sigo así tan jodido, me madruago pal pueblo. Vos te encargas de que no me vayan a robar mi parte? Lo espero en el café “Londres”, pa que me lleves mi parte.

—No faltaba más —dijo el gvaquero, muy compadecido—. Con mucho gusto, compita, ojalá que no se tenga qu’ir. Pero si se va, allá le llevo lo que le corresponda, sin dejarle robar ni siguiera una pelusa.

—El gvaquero le agradeció y después salió de nuevo al cafetal. Ya amanecía cuando se levantaron todos los gvaqueros, cada cual más emocionado para ir a barrer la “carminera”, que los iba a sacar de pobres. Pero no dejaban ir a nadie adelante, ya que cada uno desconfiaba del otro. Así que todos salieron juntos a barrer la guaca.

Al llegar, vieron como tierra movida, pero no se dieron por entendidos, ni sospecharon nada. Los dos más experimentados se bajaron a barrer la guaca. Una vez estuvieron abajo, uno gritó:

—Nos robaron la guaca. Ya la barrieron. Y, diciendo ésto, empezaron a salir por los escalones de la misma.

—Una vez afuera, los dos gvaqueros exclamaron casi simultáneamente:

—Se robaron la guaca por la noche. Quién sería el jijueputa. Y. de pronto, cayeron en cuenta de lo que había sucedido.

—Apuesto —dijo uno— a que fue ese bellaco de “Bozuechucha” que se la robó.

—Sí, si fue ese jijueputa. Ese daño de estómago que tenía, n’uera si no pa salir de noche a barrer la guaca. A miserable, desgraciao, degenerao, ladrón.

—Bueno, qué no le dijeron. Unos hablaban de que iban a buscarlo para matarlo por picaro; otros lo maldecían de lo lindo, en forma tal que daba hasta miedo que de pronto cayera un rayo y matara a todo el mundo.

Sí, había sido “Bozuechucha”. Cada que se levantaba, era para ir barriendo la guaca. Y en la última salida era que ya tenía todo listo para volarse con todo el oro que había

sacado. Esto sucedió hace varios años, pero todavía los guaqueros lo están buscando y maldiciendo, pues, según ellos, nunca les habían hecho una bellaquería igual, ni habían dado con un compañero tan ladrón.

Bien, estas dos historias siempre me vienen a la cabeza, cada vez que voy a dar gastos para gaaquear, pues se que no me va a tocar nada, ni aún estando en el mismo hoyo de la guaca, barriéndola con los guaqueros, ya que no se sabe qué picardía le hagan a uno en el último momento.

Todo esto pensé en un instante, antes de dar los nuevos gastos para ir a sacar las guacas en la finca de don Pedro Jaramillo. Les di inicialmente unos pesos, nada más, pero les seguiría aflojando a medida que fuera viendo las perspectivas de la gaaquería. Esta era mi única defensa, pues no había otra que se me ocurriese, esto es, soltarles gastos, poco a poco.

Los guaqueros recibieron la plata y se aprestaron a salir, no sin antes agradecerme con gran salamería y darme todas las seguridades del caso, de que tapanían bien los hoyos y que no se robarían un centavo, jurándome todo ello por la madre que los había traído al mundo. Ya eran las dos de la tarde, y eso que yo tenía una cita urgentísima a las diez de la mañana. Esto le pasa a uno cuando es “gomoso” por estas cosas y se encuentra con unos guaqueros como los que acababan de estar en la oficina: buenos conversadores, mentirosos en extremo y llenos de cuentos para hacerlo entrar a uno o, mejor, para “montarlo en la vaca”. Gajes del oficio, dice la gente. Era sábado. Ya el lunes empezaría la gaaquería en la finca de don Pedro Jaramillo.

Muy de mañana el lunes, ya los dos guaqueros y un ayudante, estaban echando los primeros cáteos en el gradual de la finca de don Pedro. Estaban, por cierto, estrenando mediacaña y habían comprado como “cachos” nuevos y muy buenos, igual que había conseguido lazos gruesos y muy finos. En fin, se iniciaba la gaaquería en forma y bajo los mejores augurios, pues el lugar no dejaba nada que desear y era sitio codiciado por los guaqueros, desde tiempo atrás, pero que debido a la obstinación de don Pedro en no dejar gaaquear en su finca, los había tenido alejados. Ahí estaban los tesoros, todos juntitos. Ahora no tocaba sino ir a sacarlos, y eso era precisamente lo que iban a hacer los guaqueros bajo mi protección o, mejor mis bien patrocinados guaqueros.

El primer día, ya habían “catiao” unas cinco guacas, a cuál de ellas más hermosa, según ellos, pues esa misma noche vino “Manuemico”, muy emocionado, a contarme cuentos y a asegurarme que nos íbamos a llenar.

—No le dije, dotor? Hoy nos catiamos cinco bellezas, entre ellas una “matecañera”, que si yo tuviera plata aquí mismo le compraba la parte suya, por lo que me pidiera y sin pedirle rebaja. Ahora sí nos desvaramos. Mañana por la mañanita comenzamos a sacar la “matecañera” y apenas estemos pa barrela, vengo por usted pa que nos acompañe.

Quizá yo estaba más emocionado que el mismo guaquero, pues la fantasía de éste me puso las cosas en punto tal, que yo ya no vendería mi parte por ningún dinero. Yo le creí a pie juntillas, hasta el punto que tuve la intención de proponerle compra por la parte de ellos. Bueno, nos despedimos y quedé de ir allá de un momento a otro.

Al día siguiente, muy de madrugada, ya los gUAQUEROS empezaron a sacar la guaca que les había parecido más prometedor y bonita: la "matecañera". Ya la tenían "encerrada" y sabían el punto exacto donde estaba. Empezó la labor. Ya a las dos varas de profundidad, montaron la "manegueta", con todos sus aditamentos, para comenzar a sacar tierra, pues ese tipo de guaca por lo general es honda y precisa de un buen equipo para vaciarla. Ya en las horas de la tarde todo funcionaba a la perfección.

El miércoles en la mañana, ya estaban trabajando en forma y la guaca, a medida que ahondaban, más hermosa y prometedor parecía. A eso del medio día, ya habían bajado bastante, tanto que por la tarde la estarían barriendo.

Así fue como por la tarde ya se disponían a barrer la célebre guaca. El trabajo durante el día había sido particularmente intenso y habían botado tierra a diestra y siniestra. Como para cambiar un poco, "Manuemico" ahora estaba "maneguetaando", mientras que los dos compañeros estaban dando los últimos toques para barrer la guaca. Mientras esto hacían, "Manuemico", con una totuma, sacó un poco de agua de una olla grande y comenzó a beber el precioso y refrescante líquido, con verdadero deleite, como suele acontecer en casos como éste, después de una larga jornada de trabajo intenso, a pleno sol. Luego de beber hasta la saciedad, "Manuemico" se sentó al pie de uno de los horcones u horquetas que servían de sostén a la "manegueta". El breve descanso le fue dando una especie de sopor, un sueño en extremo difícil de controlar. De pronto comenzó a decir:

—"Rabuegurre" déjame yo empiezo a barrer la guaca, vos todavía sos muy machetero, muy chambón, y lo que pasa es que te tiras todo. Presta los "cachos" y el recatón chiquito, yo empiezo a barrer.

El gUAQUERO comenzó la barrida, con sumo cuidado, como para no ir a dañar ninguna pieza.

—Hijue los infiernos, ya no había visto tanto oro junto. Mirá, mirá aquí está el "enzamorao"; sí, nos sacamos el "enzamorao". Bendita sea la Virgen y Midiosito también. Por fin vamos a salir de pelaos. Vé. Mira aquí está el indio acostao y todito lleno d'oro. Vea que corona tan hermosa; y esas narigueras grabadas y de punto amarillo.

Todo lo iba haciendo a un lado, amontonando oro y más oro.

—No siamos tan pendejos, gritaba "Manuemico". Qué cosa tan linda es esta gUAQUITA. Ahora si nos llenamos. Miren esta polainas d'oro; vean este bastón. No, vean más bien esta cantidad de cocuyos, chapolas, lagartos y ranas, todo de purito oro fino. Qué belleza, qué dicha, hombre. Pero no toquen, que después partimos. No joda, hombre, no toque las piezas que las va a quebrar. No, no toque, no toquen!

Esto gritaba "Manuemico" cuando salió uno de los compañeros de la guaca y le pegó un empujón al tiempo que le decía:

—Qu'infieros le pasa, hermano, que desde hace rato está hablando y gritando com' un diablo. Yo lo he estado lamando y jalando el canastro pa que saque la tierra y usted no contestaba.

—Qué, qué? —preguntó "Manuemico", soñoliento y todo asustado—. Aonde está el oro, ya se lo van a robar, aónde está?.

—Cuál oro, vos si estás más loco qu'iu putas. Era quiusté tenía una pesadilla, o qué? Ah, por eso era que no contestaba cuando lo llamaba.

—No joda, hombre —dijo “Manuemico”, un poco asustado, pero más desengañado que otra cosa.

Su sueño había sido una verdadera maravilla y por eso era por lo que no quería creer lo que estaba viendo y oyendo ahora.

—Cómo así que yo estaba soñando? No, no creo. Pero si yo mismo saqué el oro; yo mismito barrí la guaca y amontoné el oro allí. Sí, allí. Veá.

—Y, diciendo esto, miró a su alrededor, pero no vio nada. Pronto volvió a la realidad y constató que todo había sido un sueño, un dulce y maravilloso sueño, que se convirtió en una terrible pesadilla, por su irrealidad al despertar.

—Bueno, pero quiubo de la guaca. Ya la vamos a barrer, o qué?, pregunto “Manuemico”.

—Ríase de las malas, contestó el otro, esa maldita guaca se asentó, no era sino un amago.

—Cómo quiún amago? Si yo mismo la catié y todo. No, no puede ser.

Pues baje y verá usted mismo, dijo el otro guaquero.

—Yo si bajo, porque esa si no me la meten a mí, a un guaquero que le salieron los dientes guaquiando y ya usted me va a decir que no se nada.

Y sin dar para más, comenzó a bajar, colgado del lazo de la manegueta, manejada ésta por el compañero. El guaquero, ya en el plan, miró por todas parte, buscando la sombra de la bóveda, pero nada, absolutamente nada encontró. Buscó en el piso, rebujó por las paredes y constantó que no había nada. El desengaño fue tremendo. Subió de nuevo y le dijo al compañero:

—Usted tenía razón. La guaca no era sino un amago. Yo no me imagino cómo pasó ésto. O es que los indios eran unos verracos pa esconder el oro, o yo soy un pendejo pa guaquiar.

—Hombre —continuó diciendo— yo que le había dicho al dotor Guitérrez que lo iva a invitar pa que viera barrer la guaca. Ahora con qué le voy a salir?.

—Pues, no diga nada, hágase el pendejo —agregó el otro-. Sigamos sacando las otras guacas y puede que le peguemos a una bien rica. Aquí tenemos cuatro más ya catiadas, así que no s'ía perdido nada.

—Ya ve que sí —asintió “Manuemico”— Usted tiene mucha razón. Esta guaca fue un amago, entonces la buena, la verdadera debe estar por aquí no más. Esos indios sabían mucho como despístalo a uno, pero yo les voy a probar que soy más jodido qu'ellos— agregó.

Luego de esta breve charla, dejaron a uno de los compañeros tapando la guaca, mientras que ellos seguían catiando un poco más, antes de empezar a sacar una de la ya señaladas en otra ocasión.

Esta historia de “Manuemico” y “Rabuegurre” es la historia de cualquier guaquero, del sueño de ese personaje que es el guaquero, siempre lleno de ilusiones, pensando que

la guaca que va a sacar es la buena. Así saqué mil y todas peladas. En esto se parece mucho al cafetero, que siempre cree que la cosecha que viene es la buena y así pasan los años buscando el desquite, que no llega.

Esta es la historia de los guaqueros, de todos los guaqueros, siempre tras una ilusión. Y, si por casualidad, por azar, el destino le depara una guaca buena y bien rica, la saca, vende el oro, lo despilfarra, vuelve a quedar "pelao" y sigue en pos del mismo sueño, de la misma ilusión de tesoros que no llegan sino en forma muy esquiva, pero, mientras tanto, gozan de esa ilusión, de ese sueño maravilloso de fabulosos y fáciles tesoros.

### **JUAN DE LAS GRACIAS**

(Cuento folklórico, copiado exactamente de la narración verbal que hizo la niña campesina Eudosa Mosquera /13 años/ en Puerto Merizalde /Valle/. Lo refirió a ella, según dice, una mujer del brazo del río Micay /Cauca/).

"Era un hombre casado con su mujer; tuvieron un hijo que se llamó Juan de las Gracias. Fue creciendo hasta que tuvo edad de diez años. Le dijo: "papá y mamá; écheme la bendición que me voy a caminar". Se fue diendo, se fue diendo hasta que llegó a una casa. No tenía gente. Y él dijo: "aquí me quedo". El que taba leyendo y cuando vio que taba la mesa puesta. Vino la tarde, estaba la cama tendida. El que se taba durmiendo cuando sintió como que lo abrazaban, lo besaban. Al otro día se fue pa donde la mamá y le dijo: "papá y mamá. He encontrado una casa que ni usté me sirve así;" y le dijo que se iba y no volvía. La mamá le dio un cabo'e vela y una cajetilla'e fósforos. Y le dijo: mamá, me voy porque ya debe de estar la mesa puesta. Cuando llegó ya estaba servida la mesa. Vino la tarde y se acostó; a media noche como que lo abrazaban y lo besaban; entonces cogió y rayó un palo'e fósforo y prendió la vela y el chorriao de la vea le cayó a la príncipa. Y ese muchacho fue a amanecer a un lagunal. Al otro día se fue por un camino. Caminaba y caminaba y le parecía que no andaba, y andando iba. Le preguntó la viejita: "qué anda buscando" y él le dijo: "ando buscando dos principas que hasta lo cual no las he encontrado;" ella le preguntó: "cómo se llaman"; "la una se llama Leonor y la otra Agraciada"; él se fue cantando:

"Y Agraciada con Leonor,  
se me cayó el ventecatro (retrato de la príncipa)  
que el Rey me quita la vida  
si no presiento el retrato".

Entonces le dijo Leonor: "Agraciada, Juan de las Gracias está pasando trabajos por nosotras"; entonces le dijo: "tírale el último retrato que tenes bajo el fogón". Y ella le dijo: "mi retrato no se lo tiro porque me quemó en mi cara". Y el Rey lo bajó. Se fue por un camino largo. Caminaba y caminaba y le parecía que no andaba y, andando iba. Hasta que se encontró con un cholito bailando y le dijo: "¿dónde vas compáe?" Y él le dijo: "Yo ando en

busca de dos príncipas que hasta lo cual no las he encontrado”; y él le dijo: “Si me haces bailar una manito con tu triplecito, te digo ónde están las principas”. Y él se puso a tocale:

“Tocando mi triplecito  
debo pasar mi quebrada,  
a ver si encuentro noticia  
de Leonor con Agraciada”.

Y el cholito escribió una carta y se la mandó a Águila, su hermana. Y llegó allá y le dijo: “Águila, aquí te mando tu hermano”— y l’águila lo cogió y lo leyó y le dijo: “Vení te subo”. Y cuando el águila lo cogió y lo puso al camino, ese día estaba la príncipa de casamiento y iba una señora con una batea de pan. Y le dijo: “Haga el favor de regalame un pan”. Y ella le dijo: “Mi pan no es como para caminante sino para uso en la casa”. Y él se fue:

“Y Agraciada con Leonor  
llevando mi retajila  
por un pedacito'e pan”.

Hasta que llegó al palacio del Rey y dijo al Rey: “Ya que el señor ha venido pasando trabajos por mis hijas que se case una con él”. El novio de la principa quedó de rajaleña y la reina de cocinera y fue matrimonio de quince días y quince noches. Contando, contando se acabó mi cuento”.

**Fábulas.** La fábula es una narración corta en la cual se presenta de modo ejemplar, y generalmente con una conclusión que enseña principios de sabiduría (prudencia, desconfianza en los peligros, astucia, serenidad, valor y rectitud de carácter). La conclusión generalmente llamada moraleja puede estar manifiesta en la narración o solamente sugerida. Para poder mostrar los diversos caracteres se hace, frecuentemente, uso de la personificación con animales que por su índole más común representan las virtudes y los vicios humanos. Así, como valores positivos, la fuerza del león, el valor del gallo, la prudencia de la paloma, la desconfianza del venado, la astucia de la zorra, la serenidad y paciencia del burro, la fidelidad del perro, la laboriosidad de la hormiga, etc., y como valores negativos: la timidez de la liebre, la terquedad de la mula, la torpeza de la gallina, la imprudencia de la oveja, la lentitud de la tortuga, la pereza del cerdo y la vanidad del hombre. El género “fábula”, tan explotado en la literatura clásica: (India, China, Grecia) y cuyo autor más notable fue Esopo, traducido del griego al latín por Fedro y de éste al francés por La Fontaine y al español por Iriarte y Samaniego. Nuestros campesinos se complacen Inmensamente con las fábulas de tradición puramente oral como son las relativas a las picardías del guatín o del conejo, de tío tigre y del sapo. Así las que de boca del pueblo han tomado los narradores de la arriería, de las peonadas de las haciendas, minerías, vaquerías y descuajadores de selva, que sin saber leer ni escribir, mantienen la copiosa tradición oral de cuentos, fábulas, relatos, etc. Autores destacados en este género como en el de los cuentos que en muchos casos son fábulas de narración más extensa, son los popularísimos Agustín Jaramillo Londoño, Rafael y Euclides Jaramillo Arango y Rogerio Velásquez, que es tal vez el de más extenso

repertorio. De este último tomamos un ejemplo: “Consecuencias de la pereza. —Anance (1) se había casado con una mujer muy pobre y demasiado haragana. Como él era ‘poché’ (2) para el trabajo, el matrimonio comenzó a vivir en un tira que no alcanzo (3) hasta que cayó en la ruina más completa. Colocados los cómpitos (4) en esta situación, resolvieron dejarse morir de hambre para evitar nuevas molestias. Transcurridos varios días sin verlos. Guabina, compasiva y ardilosa (5) decidió visitarlos con un par de envueltos (6) de chócolo (6). Al encontrarlos dormidos, se aplastó en un taburete hasta que marido y mujer dieron señales de vida. Después de preguntarles por la salud de los muchachos, los platanales y las minas, concluyendo: —He venido por traerles este regalito. Con aguadulce baja. En los días de mi arestín, tigre me recomendó comer de esto que ahora les ofrezco. No vale la pena, en verdad, lo que les dejo, pero lo hago con gusto. Dicho esto, se fue, Anance y su mujer, vueltos una etcétera de hambre, se levantaron y se comieron las masas, comprometiéndose el uno con el otro a botar las hojas el primero que se levantara. Siguieron muchos días sin que ninguno tomara la iniciativa de levantarse de la cama. De tanto esperar, el vecindario se trasladó a la casa de los perezosos. Encontrándolos dormidos, supuso el pueblo que estaban muertos, y procedieron a enterrarlos. Ya para tapar a la mujer, gritó ésta: —En la cabeza no, señores. ¡En la cabeza no! Inmediatamente el marido, zafándose el barboquejo exclamó: —A ti te toca botar las hojas. De esta manera se dio cuenta la gente de la pereza de los esposos. Chingados en un palo, les dieron cuero hasta que, pidiendo cacao, prometieron modificarse.

---

(1) Anance como personaje de fábula y leyenda popular aparec también en San Andrés y Providencia, seguramente derivado del chocono Anance, bajo los nombres de Ahnansi, Old Nansi y Miss nansi y personifica a varios animales, entre ellos a cierta araña amarilla de patas negras.

(2) Poché: inútil

(3) Tirano que alcanzo: dificultades, miserias.

(4) Cómpitos: sujetos del ciento, probablemente diminutivo caprochoso de “compa” o compañero que en Santander es “compitas”.

(5) Ardilosa: ardidosa, maliciosa.

(6) Envueltos: pan de maíz cocido, cubierto de hojas de la propia mazorca; la copla dice: Cuando vas a Paimado, / llevá tu catanga grande, / porque a los paimodoseños / les gusta su envuelto grande.

(7) Chócolo: mazorca de maíz.

JULIO ERNESTO SALAS VITERI

Departamento de Nariño

La Guaca del Padre Yepes

El Cura Descabezado

El Duende de la Chorrera

El Chumbo

Nariño, el Departamento más meridional de los departamentos de Colombia y el más privilegiado por su situación frente al sur y frontera con Ecuador y Perú, lo sitúan los geógrafos a 2 grados, 34 minutos y 4 grados, 55 minutos de longitud al Oeste del Meridiano de Bogotá y a 0 grados, 37 minutos y 2 grados, 42 minutos de latitud norte de la línea ecuatorial.

Incuestionable esta región de la patria colombiana constituye una fuente inagotable de cultura popular. Su capital, sus grandes y pequeñas poblaciones se manifiestan ansiosas por descuarjar de lo más profundo de su ser los hermosos contenidos poéticos que receptionan. La tradición, quizá de fundamentación múltiple, mágico-ritual-anímico-religioso, quiere contar su historia a través del lirismo y de la imaginación de sus gentes, refiriendo sus sentimientos y creencias, ritos y cultos que conforman su cultura dependiente de las cosas bondadosas y salas de la naturaleza y del mestizaje de los pueblos que llegaron a América con los pueblos que la poblaban. Quizá la expresión primitiva aporta a los contenidos literarios con la narración oral de su ideología; la idea de espíritus buenos y malos, de dioses y de demonios que bendicen y maldicen, de los "poderes supra - humanos y de los monstruos, de lo supre - humano y numinoso", el decir de Arnol Haussar, unida a formas de expresión feudalista, para constituir una muy propia, expresión inequívoca del dualismo religioso, cuerpo y alma que por se respira. Nariño es una de tantas regiones colombianas que el investigador, prioritariamente, debe buscar y escudriñar si justamente pretende rescatar los grandes valores culturales de nuestra patria. Allí están cuidadosamente guardados por la tradición, ansiosos repetimos, porque nuestros estudios los retoman, pero los retoman para una verdadera nueva creación artística que expresa, además, como recreación de una realidad, que ellos han ido perennes acompañando al proceso de la sociedad nariñense.

**LA HUACA DEL PADRE YEPES (\*)**

Hace 25 años, en una hacienda llamada "EL HOSPITAL", uno de sus mayordomos vivió la más extraordinaria experiencia de su vida. La hacienda, años atrás perteneció al padre Yepes, quien tuvo el suficiente cuidado de dotarla de todas las comodidades habidas

---

*\* Informantes. Relatos recogidos de varias personas de avanzada edad, oriundas de Cumbal.*

y por haber y de acumular grandes riquezas. Sin embargo, ni él, ni sus parientes —porque no los tuvo— lograron gozar de estas venturas. Decidió, entonces y antes de morir, enterrar todas sus pertenencias en tres lugares diferentes. Con el correr del tiempo y después de pasar por varias manos, esta hacienda fue comprada por unos pastusos. Fue durante esta época que sucedió lo que habría de suceder. Aquella noche, fue diferente a tantas otras en la finca; los perros alborotaron más que de costumbre; las gallinas, cacareando, saltaban del gallinero en el troje; ruidos extraños por todas partes. El mayordomo con los pelos de punta se hizo al valor necesario para salir a averiguar lo que pasaba. Bajo de un árbol de capulí vio a un sacerdote con sus ornamentos —de la cintura a los pies blanco y de la cintura a la cabeza negro— llamándole con señas; pero tal fue el miedo que le produjo esta aparición que sin resistirla se desmayó. A raíz de esto, cuenta que en sueños, el sacerdote le mostró una “huaca”, la entrada cubierta por piedrad planas, seguida de dos hileras de adobe, una capa de piedra pequeña y al final tres olletas de morrocotas. El padre tuvo buen cuidado de advertirle que de sacarla fuera solo, a las doce de la noche en punto; que llevara aguardiente y tabaco; y que oyera lo que oyera o sintiese lo que sintiese, no debería alzar a ver, porque de hacerlo moriría.

El mayordomo contó a su mujer de lo acontecido a raíz de que lo encontraron desmayado al pie del capulí y entre los dos convinieron en sacar la huaca pero acompañados de un compadre, para que les ayudara a cavar. Así decidido se dirigieron un día al lugar. Encontraron la capa de piedra plana tal como la había visto en sueños el mayordomo, continuaron hasta llegar al adobe, pero en este instante el mayordomo recibió tremendo fuetazo que lo desmayó. El compadre corrió a la casa a traer velas para poder sacar a su amigo. Cuando el mayordomo despertó contó que viendo el padre la desobediencia y la ambición del compadre, resolvió no dejar sacar la huaca y que, por otra parte, faltaba muy poco tiempo para que la huaca se condenara y así nadie pudiera sacarla.

Poco tiempo después, el mayordomo cambió de trabajo y no regresó jamás a la hacienda “EL HOSPITAL”. Unos cuantos vecinos que conocieron de lo sucedido contaron la historia a los nueve dueños. Estos hicieron muchos intentos por encontrarla, pero todo fue en vano, la huaca se condenó.

### **EL CURA DESCABEZADO (\*)**

Cuenta la Tía Leíto que, en los terrenos donde actualmente se levanta el Seminario de Ipiales, solía aparecer un cura que había muerto hace años. En cierta ocasión se sintieron ruidos extraños y el capataz de la finca se levantó, peinilla en mano, pensando que se estaban robando el rebaño o las gallinas, pero lo que vio lo dejó atónito; un hombre, con traje negro y largo como túnica avanzaba lentamente por entre la maleza y se dirigía a su encuentro, pero, cuál no sería su sorpresa al observar que no tenía cabeza y en su mano derecha portaba una

---

*\* Relato procesado a partir de relaciones hechas a Consuelo Montenegro, por la señora Leonila Bustos de Chavos, nacida en la ciudad de Ipiales, el 14 de mayo de 1918.*

rueda que despedía fuego, con la cual trataba de atraparlo.

José huyó despavorido hacia su vivienda, pero, desde entonces, siguió escuchando ruidos cada vez más insistentes; a veces sentía como si unos bultos muy pesados cayeran sobre la puerta de su casa; mirando por la ventana, veía al cura descabezado que lo llamaba insistentemente, mostrándole la rueda de fuego que estaba en la mano.

José no fue el único que lo vio, fueron muchas las personas que atestiguaron aquel hecho, absolutamente nadie podía pasar por allí después de las siete de la noche. Finalmente decidieron ofrecer una misa en su nombre, pero nada cambió, el cura siguió haciendo su aparición, noche tras noche, hasta que José se armó de valor, salió y le preguntó: ¿Qué quieres darme o que te dé?; el descabezado lo guió hacia una piedra inmensa que tapaba una cueva.

Al día siguiente, antes de medianoche, se reunieron varios hombres, apartaron la piedra y allí, encontraron los restos de un cadáver, seguramente de él, pero no encontraron la calavera, lo que hace suponer que lo decapitaron y lo enterraron en esa cueva, tal vez pagando una venganza a gentes sin escrúpulos. Pedía desesperadamente que sus restos descansaran en un lugar adecuado para que su alma también descansase en paz.

Fué sepultado con todas las de la ley y desde entonces ya no se ha vuelto a escuchar de su aparición.

### EL DUENDE DE LA CHORRERA

Suele contar mi abuelita que, en el chorro del Manzano, acostumbraba aparecer el duende, allí hay unas flores amarillas y pequeñas que tienen la forma de zapatitos; quien toca estas flores tiene que estar preparado porque puede quedar "enduendado", en especial las mujeres. Pero si la persona mira primero al duende, escupiendo tres veces, este no podrá encantarla. Se trata de un hombre de baja estatura, con sombrero de copa y muy sonriente.

En cierta ocasión, una muchacha llamada Francisca que vivía en los Chilcos, fue a la Chorrera a lavar ropa ajena (este era su trabajo). Ella tenía una larga cabellera y era muy bonita, así como le gustan al duende, y ya muy entrada la tarde terminó su tarea y se dirigió a su vivienda. Caminaba tan cansada y distraída que no se dio cuenta que por ese lugar aparecía el duende.

Otras lavanderas, que estaban allí, se dieron cuenta que Francisca estaba tendida en el suelo, sin sentido. Corrieron a auxiliarla y encontraron estiércol de vaca en los bolsillos de su delantal, (esto hacía suponer que estaba enduendada). La llevaron a su casa y recuperada un poco, pedía a gritos que se largaran todos y la dejaran sola para poder atender a su amado que llegaría muy pronto, decía que era bonito y hermoso.

El duende le jugó a Francisca muchas malas pasadas y travesuras: de pronto aparecía la comida llena de tierra, con pelos de gato y cosas por el estilo; estaban sentados en el comedor y comenzaba a arder el mantel sin saber cómo ni porqué; los cuadros se caían solos, las camas saltaban, los vidrios se rompían.

Ahora Francisca es una anciana y le llaman la "pacha loca". Anda por las calles, cargando

cajas de cartón e insultando a todo el que le cae mal; se ha convertido en un personaje típico de la ciudad de Ipiales, objeto de burla de los chiquillos malcriados.

### **EL CHUMBO**

Otra vez, solito, por ahí a la una de la mañana, me tocaba pasar por una huecada feísima, más abajo de Yacuanquer, que llamaban los Encinos. Había allí una quebrada, y al filo del camino una gran posetota, para dar agua a los animales. Y yo que llego, bien fajado mi peinilla, y de pronto se me presenta un chumbo grandísimo, a no dejarme pasar. Si yo quería hacerlo por un lado, el chumbo allí; si trataba por otro, el chumbo allí: los aletazos que daba sacaban candela en el suelo. Yo le tiraba con la peinilla y el chumbo como si nada; la peinilla me rebotaba como al darle a una llanta; entonces me regresé y el chumbo seguía atrás dando aletazos hasta que llegué a un plan y desapareció. Por curioso volví a pasar por el mismo lugar y allí en la acequia estaba otra vez impidiéndome el paso. Me acordé de mi rosario y del escapulario, que nunca me faltaba; los amarré en la peinilla y la levanté para atacar al animal de un peinillazo, y, al hacerlo el chumbo desapareció. Al fin pude pasar, tenía que caminar como medio kilómetro, lo hice; cumplí con lo que tenía que hacer y regresé. A la vuelta creí que me volvería a salir, pero no lo hizo. Todos cuentan haber visto este animal pero nadie dice que los hubiera atajado; seguramente allí hay un entierro.

AGUSTÍN JARAMILLO LONDOÑO

Departamento de Antioquia

El Conejo y el Gigante

El Niño José Julián

Los Tres Hermanos y la Mágica

Cuarta Molienda

Si tú, amable lector, has tenido la suerte de pasar siquiera unas semanas en los campos de Antioquia y has charlado al amor de la lumbre —del hogar, el campamento o el trapiche— con esos nobles campesinos, rudos, sencillos, caballerosos y honrados a carta cabal; si en tu casa algún pariente o alguna vieja criada sabía antiguas canciones, cuentos, décimas, adivinanzas; si tú, en fin, viviendo entre nosotros has sabido amar como tuyo lo de todos, gustaras en este libro el sabor de los rústicos manjares montañosos sin adobos ni salsas extranjeras o inventadas por este servidor.

Todo el material de este volumen es de primera mano, recogido directamente de viejos analfabetos que a su vez lo aprendieron cuando niños de otros viejos memoriosos y así hasta donde nadie sabe. No obstante cuando digo: “aquí llueven nuestros propios

aguaceros”, debo estar dispuesto a admitir que las nubes vinieron de remotas regiones del planeta y que en el arroyuelo que brota de mis montañas hay aguas que han bajado por el Sena, por el Nilo, por el Tigris. . . ¡qué se yo!

Uno de los personajes más famosos de nuestros cuentos es Pedro Rimales. Antioqueño de origen español, como que ya en los Entremeses de Cervantes se le menciona de refilón; es conocido en casi todos los países de América, en cual más, en cual menos, pero en ninguno tanto como en Antioquia, en donde los viejos cuentan completas sus aventuras, tal y como aparecen en este libro.

Estudiando los cuentos populares antiguos de casi cualquier país del mundo, se encontrarán ya un pasaje, ya un personaje, ya la trama completa de alguno o algunos de nuestros cuentos. Ningún país del mundo puede jactarse de poseer una demosofía ciento por ciento nacional. No hay que olvidar que las rosas de Francia vinieron del Oriente y que los toros salvajes de los llanos orientales descendieron de toros importados y de ellos conservan características palpables.

En el libro de Jijena Sánchez “Los Cuentos de Mama Vieja” (B. Aires, 1946) aparecen los siguientes cuentos, todos muy conocidos por nuestro pueblo: “El Medio Pollito”, argentino; “Salir con Domingo Siete”, costarricense; “Ambeko y Aguati”, cubano, que es el mismo que contamos con el nombre de “El Sapito y El Venao”; “Pasada del tío Conejo, el Rey de la Hojarasca”, de Nicaragua; “El que no te conozca, que te compre”, de Méjico; “La Cucarachita Mandinga”, de Costa Rica; “Varoncito y la Espada de Siete Quintales”, de Argentina y que tiene reminiscencias de “Juan Catorce” y sus amigos; “La Cruz de cada uno”, Argentino; lo mismo que “Las doce Palabras Redobladas”. En el mismo libro aparecen como de Puerto Rico: “María la Cenicienta”, “Caperucita Roja” y “Blanca Nieves”, que son tan puertorriqueños como los pingüinos.

Que el folklore se puede acabar y el pueblo puede quedarse sin pan de tradición y desnudo desde el punto de vista cultural, es evidente.

Un afán de salvar de la muerte lo más nuestro me ha impulsado por años a recogerlo.

Van desapareciendo y quedando sin reemplazo los viejos contadores de cuentos que dejaban a chicos y grandes embelesados hasta el amanecer por cuantas noches quisieran, mientras ellos saboreaban un cuento de cinco, diez, o dieciséis noches, o varios cuentos en cada noche, sin esperar más paga que unos cuantos **aguardienticos**, tabacos y a veces, cuando mucho, la comida. Las sesiones son largas. Los niños no pierden detalle y están quietos procurando pasar inadvertidos para que no se les mande a dormir antes de que termine el cuento. El viejo, de ojos claros y vivaces, de larga barba nívea y de bigotes grandes y ahumados por el mucho tabaco, encarna todos los personajes que desfilan por la fábula: y canta y ríe, y llora y vuela; ruge, silba, ladra, muge, nada, vence, muere, estalla y resucita. Su milagroso bordón de verraquillo es durante el cuento culebra, escopeta, tiple, lazo, garrote, puente, ramillete de flores.

¡Lástima que estos viejos se nos mueran! Para, que no todo se vaya con ellos a la tumba, yo he aparado de sus bocas las palabras como aparaba de niño en la falda de mi camisa naranjas, guayabas y madroños. . .

## EL CONEJO Y EL GIGANTE

El padre del conejo tenía un marrano muy grande y muy bonito. Y un día el conejo le dijo al padre:

—Papá, déme ese marranito que tiene usted. . .

—¿Pa qué, m'hijo?

—Es que yo he resuelto ime a recorrer. . . Y pá no ime sin nada. . .

Al fin de mucho ruego, el padre accedió que sí y dejó ir al conejo con el marrano. Y salió a despedilo.

En fin, qu'el conejo cogió a andar y andar, arriando su marranito. Hasta que por allá llegó a una casa onde vivía un gigante que robaba y mataba. Pero el conejo no tenía ni malicia d'eso y llegó muy tranquilo izque a pedir posada.

—Demás —le dijo la mujer del gigante, que le abrió la puerta. —Dentre, bien pueda.

—Pero es que ando con este marranito. . .

—Eso no. Déjelo allá en el chiquero con aquellos otros. Allá él tiene de comer y encuentra agüita pa que beba.

Resulta qu'el gigante tenía nueve marranos gordos. La señora del gigante le preguntó al conejo:

—Dígame qué marca tiene su marranito.

—Uno y dos.

—Bueno. Déjelo allá pues. . .

Le sirvieron la comida al conejo y después de que comió le mostraron la cama onde tenía que dormir. El conejo si acostó, pero al ratico se le ocurrió volver a levantarse a cualquier diligencia que se le había olvidao hacer antes di acostase y oyó por allá runrunes en el cuarto del gigante, que planiaba matar al conejo pa robale. El conejo lo que hizo fue llevase el pilón pal cuarto. Lo acostó en la cama, lo acobijó bien y él se acurrucó debajo.

Cuando. . . a la media noche, se da cuenta de que venía el gigante. Ai mismo se puso a roncar, haciéndose el dormido. Llegó el gigante, con mañita. . . y levanta esa manota: ¡Guape! Su macho de pescozón! "Ai lo maté", pensó el gigante. Cuando va saliendo el conejo y dice:

—¿Ej? ¿Aquí es que hay cucarachas o qué? ¿Qué fue ese ruidito qui oí?

El gigante ai mismo salió y se fué. Entonces el conejo volvió a poner el pilón en la cocina y se trajo la piedr'e moler: una piedra coca, grande. La acomodó encim'e la cama y él se guareció debajo.

—¿Lo mataste? —pregunta a todas estas la mujer del gigante.

—¿Más harto? ¡Si esi hombre es más duro qu'el diablo! Casi me quiebro la mano y él ni siquiera se mosquió. Creyó qu'eran las cucarachas. . .

—¡No te creo! ¡Imposible. . .! ¡j!j. . .! Bala le vas a tener qu'echar, entonces! Ve: allí'stá tu escopeta.

Cogió el gigante esa casinada d'escopeta que tenía y se puso a preparala. L'echó medio cañón de pólvora, la taquió con cabuya y di ai l'acabó de llenar con unos perdigones

que parecían corozos di árbol. Salió en puntillas y s'entró al cuarto del conejo. Y, este, quizque roncando. . . El gigante tendió l'escopeta, midió bien y ¡¡pum!! Tembló la tierra y las puertas traquilaron. Cuando va saliendo el conejo, todavía silbándole los oídos y dice:

— ¡Fo. . . Fooo. . . ! ¡Quién fue el cochino que entró aquí a tirase un peo? ¡Gas! ¿Qué moda de pensión es esta, pues, que ni dejan dormir a uno tranquilo? Ya mismito me voy. . . ! Y mira al gigante ai parao al pi'e la cama, que no salía del asombro, y le dice:

—¡Andá!. . . andá, langaruto: hacé levantar esa asquerosa de tu mujer pa que mi haga café, que ya me voy. ¡Corre ligerito, tuntuniento!.

El conejo estaba tan caliente cuando fue al chiquero por su marranito, que resolvió arriar con los diez marranos qui había, de un viaje. Según decía, todos tenían la marca uno y dos.

Llegó muy temprano a la feria y los vendió todos breve, breve.

Con la plata de los marranos se compró una muda nueva y botó la que tenía. Se compró su buen carrielito amalfitano y. . . plata sobró.

Andando por ai en el pueblo, luciéndose, supo que la mama del gigante se llamaba Tomancia y que vivía en Francia.

Ya de regreso pa la casa, bien vestido y con plata, volvió a cogelo la noche en la mitá del camino, cerquita de la casa del gigante. Entró.

—Por estos laos nu hay más onde posar qu'en este rancho. ¡Qué remedio! Una mala noche se pasa de cualquier manera.

—Prosiga, señor. . . —le dice la mujer del gigante.

—¡Pis. . .será!.

Entró derecho pal cuarto y se tiró en la cama a descansar mientras le preparaban la comida. Cuando, a poquito, va entrando el gigante y comienza: que usted de aond'es, que usted qué trabaja, qué esto y lo otro, qué lo de más acá y lo de más allá... En fin. Que acabaron charlando. Y, de golpe, el gigante le pregunta:

—Dígame una cosa: usted es muy recorrido, ¿no?

—Algo, señor. . . Me conozco casi tod'Antioquia.

—Y... cuénteme: ¿sabe de juego di armas?

—Me sé todas las paradas qui hay, más una que no la sabe nadie.

—¿De veras?

—Como l'oye.

—Ah. . . pues, si quiere, démole una repasaíta al juego di armas, mientras está la comida.

Y el conejo, que nunca había cogido un arma en la vida, responde muy campante:

—Apure!

—Entonces suba al zarzo y baje l'espada. Allá hay una pa usted. Suba.

—Yo, no.

—Suba, suba.

—N,nnn. Suba usted adelante.

Subió el gigante y bajo l'espada. Se la dio al conejo y le dijo:

— ¡juego di armas!  
— ¡Aguárdi a ver! ¡Nu acose!  
— ¡Juego di armas! —grita el gigante

Entonces el conejo pegó un brinco pal medio, hizo revolar l'espada que sacaba chispas del suelo y grito:

—Espada lanza:  
iandate pa Francia,  
le pegás a misiá Tomancia  
en la panza  
y te volvés p'acá!

— ¡Ak-á! —dice el gigante. — ¡Con mi mama, no!

—Es que pienso acabar con toda la generación di ustedes, —dice el conejo. —Nu hay pelea. ¡M, m! ¡Nu hay pelea!

—Entonces, guarde l'espada esa y ¡déjese de carajadas con yo!

—Está bien.

En esas entró la giganta y dijo que la comida estaba lista. Se fueron a comer juntos y . . . ¡amigos hasta el sol di hoy. . .!

### EL NIÑO JOSÉ JULIÁN

Como había sido el único hijo, se le había seguido llamando izque el niño José Julián, pero ya no era ningún niño, sino un hombre hecho y derecho y sobre todo lo primero.

El viejo, el padre, lo seguía mimando como a muchacho chiquito; y es qu'el viejo ya estaba muy chonchito el pobre, valga la verdá. Era muy rico. Tenía más de veinte fincas.

El niño José Julián manejaba l'arriería de tres rebaños de mulas, pero como era hombre muy inteligente, aprendió a mágico en los raticos que le quedaban por ai. Aprendió a mágico y podía retratar a las más lindas en sueños.

Don Mariano, que así era la gracia del taita del niño José Julián, era un hombre muy guapo y nunca había llorao por nada, pero una noche cogió a llorar y a llorar, tan duro, que ispertó a los piones. Y ninguno sabía por qué lloraba.

Esa noche estaba el niño José Julián en una de las fincas más lejos, a tres estados de distancia, pero, como era mágico, ispertó también.

Los arrieros sí le preguntaron que qué le pasaba, pero él no dijo nada. Ensilló y se vino. ¡A la carrerita! Onde se le cansaba un caballo ai lo dejaba y compraba otro pa seguir.

Cuando llegó incontró el pobre viejo hincos de rodillas al pie del Santocristo, emperraito llorando.

— ¿Qué le pasa a usted papa? ¿Por qué está llorando?

— Estoy muy triste, m'hijo. Pienso que ya casi me voy a morir y sin velo a usted casao ¡y quién sabe qué mujer le tocará en la vida!

— ¡Deje de ser pendejo, papa! ¿Usted si qu'es bien bobo, no? —Uno no sabe, m'hijo.

— No se preocupe por eso, que esta misma noche le muestro el retrato de la que ha de ser su nuera.

Don Mariano se consoló algoito con esto y esperó hasta que fuera de noche.

El niño preparó un pedacito de lienzo bien blanco y lo pegó en la paré. A golpe de las doce, él hizo sus cosas ai de magia y fue apareciendo poco a poco el retrato de una mujer con la firma d'ella. Una mujer tan linda como no se conocía. Diolgina Soez llamaba.

El niño José Julián arrimó al viejo y le puso los antiojos pa que la viera bien. Don Mariano s'entusiasmó mucho y s'encantó con la muchacha:

—¡No, no, no, m'hijo! ¡Yo sí que sería bien feliz si usted contrajera con una mujer tan linda y tan distinguida!

—Yo sí me caso con ella, papá. ¡Es ya que me voy a búscala! Pero, eso sí: le alvierto qu'está a siete estados de lejo. ¿Usted sí me dá platica pal viaje?.

—Yo sí, m'hijo. Demás. Madrúguese mañana a herrar ocho mulas pa llevar la plata del viaje.

Madrugó el hombre, hizo todos los preparativos y se fue.

\*\*\*

Cada que llegaba a un pueblo preguntaba por Diolgina Soéz y mostraba el retrato d'ella, pero en ninguna parte le daban razón.

Hasta que ya iba muy lejo, muy lejo, y ya había gastao la mita de la plata, y nada.

A lo último llegó a un pueblo onde estaban comenzando unos carnavales de nueve días. Así que llegó, vio en la plaza dos cambullones de cachacos y entonces se arrimó a uno d'ellos:

—Buenas tardes, señores.

—Buenas tardes —le respondieron de lo más educaos.

—Tengan la bondá di atendemen dos palabras: a ver si alguno de ustedes me dá razón de esta señorita. . . —y mostró el retrato.

Los cachacos, así que la miraron bien, dijeron:

—Sí, la conocemos. Esa es Diolgina Soéz, la mujer más linda qui ha'bido por estos laos.

—¿Y aonde la puedo encontrar?

—Vea, señor: ¿ve aquella joyería que hay allí? Esa es la joyería de don Santiago.

—Don Santiago era el mejor platero del pueblo y trabajaba la herrería, la sastrería, la zapatería, ¡todo, todo! Pero lo que mejor trabajaba sí era la joyería. La joyería la trabajaba mucho mejor que en la estranjería. . . Y los cachacos le dijeron: —Allá encuentra usted un hombre alto y rosao: ese es don Santiago, el marido de Diolgina Soéz.

—¡No me lo digan, señores! ¿Es casada?

—Desde hace ya tres días.

Imaginesen vustedes el despecho que sentiría el niño José Julián. Pero, ¿se volvió pa la casa? ¡no! Aguárdesen y verán, que ahora viene lo bueno.

Se puso a averiguase todo lo más que pudo en un librito de mágico que él llevaba siempre y supo que don Santiago estaba pensando pasar su luna de miel en “La Linda”, una finquita que tenía cerca del pueblo, pero que como no se quería ir hasta que pasaran

los carnavales, había dejao a Diolgina encerrada debajo de llave y no li había dao todavía ni un piquito tansiquiera, por no ájala. Hasta que se fueran pa La Linda.

\*\*\*

En ese tiempo no habían como ahora casas de balcón. Don Santiago tenía encerrada a la mujer en una casa qu'estaba encaramada arriba di una barranquita.

Entonces se fue el niño José Julián y buscó piones:

—¿Ustedes quieren ganasen una plata?

—Claro. . . Ajá.

—Bueno, ¿Por cuánto mi hacen un suterránio?

—Pis. . . por treinta pesos.

Que por treinta pesos. ¡Eso era mucha plata en esa época!

—Bueno —dijo el niño José Julián—. Les voy a dar los treinta pesos, pero me lo hacen de afán. ¡Y cuidaito con ile a decir una palabra a nadie!

—Muy bien —respondieron los piones— Dénos una palita bien cortante y una barrita bien costante.

El se las dio y di ai les indicó onde li hacían el suterránio, que llegara preciso debaju'e la cama de Diolgina, que no fuera sino levantar un ladrillo pa poder entrar. Los piones dijieron que así lo harían. Entonces el niño José Julián se fue muy tranquilo a tomase unos aguardienticos, mientras tanto.

\* \* \*

Al día siguiente fueron a buscalo los piones pa decile queya'staba listo el suterránio, y él entonces les pagó los treinta pesos que habían convenido y les encimó seis por lo bien hecho qu'estaba, y lo ligero.

—Y no se pierdan muchachos —les dijo— que todavía me tienen que ganar más plata.

—A la orden. . .

Así que salieron los piones, llegó el niño José Julián y levantó los ladrillos con mañítica.

Apenas ella lo vio aparecer pegó un grito y se puso a hacer qué escándalo creyendo que podía ser un ladrón, un bandido o hasta el diablo. ¡Podía ser el Diablo!

Pero el niño la calmó:

—No se preocupe, señora, que no tiene nada que temer —le dijo— Yo no vengo a nada malo. Yo soy Fulano de Tal, que vengo desde siete estados de lejo, no más que a conocela a usted. Mi papá es muy rico: tiene más de viente fincas. . . Y yo vine no más que a conocela pa casame con usted.

—¡Ay, señor! Pero es que yo soy casada. . .

—Eso no tiene chiste, señora.

—¡Ay, señor! Y si mi marido llega a saber. . .

—El no tiene por qué saber. . . ¡Aja!. . . desde que usted no le diga nada. Si usted va y

le dice cualquier cosa, claro qu'el si se noja y arriesga a que nos mate a los dos. . . pero si usted no le dice nada. . . ¡Aja! Bien pueda esté tranquilita. . .

—Señor. . . es que usted no sabe lo bravo qu'es Santiago. . .

—No se le dé nada. . . Yo le digo que conmigo no tiene nada que temer.

Entonces le dijo qu'el era mágico y que por eso era qu'el había venido a vela sin conocela y le mostró el retrato d'ella:

—Mire que no le miento.

—Sí, señor: ese es mi retrato y esa es mi firma.

—Entonces ¡nu hay más que hablar! Porque lo qu'es usted se casa conmigo. Déjeme a mí, que yo sé hacer las cosas muy bien hechas. . . ¡Avemaria, hombre! Uno con una mujer así de linda, así de bella, así d'hermosa, porqu'es más hermosa qui un atardecer en el río Cauca, y déjala izque encerrada por estar trabajando por ganar más plata. ¿Teniendo? ¡Eso es pecao! Vea: hágame el bien y me presta su anuncial.

—¡Qué tal! ¿Y si va y llega mi marido y me ve sin él?

—Préstemelo que no se lo demoro. Ya le digo que yo soy mágico.

Ella se le fue sacando y se lo entregó; entonces él le pidió también la ilusión, la ilusión que se ponen las ricas en el dedo pa pisar el anuncial. . .

—Le voy a mandar hacer otros iguales.

—Ay, ¡pero no vaya a ir onde Santiago!

—Aja? ¿Y por qué no? A mí me han dicho qu'es el mejor joyero di aquí.

—Eso es verdá, pero. . . él mismo hizo ese anuncial y esa ilusión con la firma del. Apenas los vea los reconoce y ¿aonde me meto yo?.

—Eso no tiene chiste. Un diablo se parece a otro diablo.

\* \* \*

Salió el niño José Julián, acomodó los ladrillos lo mejor que pudo, y se fue pa la joyería de don Santiago.

El viejo estaba muy ocupao porque en esos días de carnavales s'estaba casando mucha gente y él era el que hacía los anunciales y los ajuares de las novias. Y estaba ganando mucha plata. Montones. Tanta, que allá en el fondo tenía una lacena taquiaita de monedas di oro. Por eso era que no se quería ir pa La Linda hasta que no terminaran los carnavales.

A lo qu'entró el niño José Julián a la joyería, se quedó abismao viendo todo lo que tenía don Santiago pa vender y las cosas tan hermosas que hacía: “¡Este hombre siempre es que trabaja muy lindo!”, pensaba.

—Yo vengo a ver si puede haceme un anuncial y una ilusión igualitos a estos pero con la firma mía.

—A ver. . . —dijo don Santiago. Y así que los vio, abrió tamañas pepas di ojos. . .

—¿Y estos por qué llevan la firma mía y son igualitos a los que yo te di a mi mujer? ¿Ah?

—Eso no tiene chiste, señor. Un diablo se parece a otro diablo y habernos gentes de muchos nombres.

—¿Y a usted aonde le hicieron estas alhajas?

—En Cali.

—¿En Cali? Vea, ¡como si hay gente que trabaje igual a yo!

—Bueno, pero diga pues si usted sí me los va a hacer endividuales a estos... El mismo pesor di oro, el mismo estilo y las mismas piedras.

Porque esa ilusión era toda llena de piedras de todos los colores; llena de diamantes y rubises que, a la luz de la vela se veía un ramo d'estrellas.

—Hombre, yo sí te las hago. ¡Pero te valen mil seiscientos pesos!.

—Está bien. Pero me las hace pa mañana.

—Venite por ellas, a las diez.

Así que don Santiago midió bien las alahajas, el niño Julián se las guardó en el carriell envueltas en el pañuelo y salió silbando muy disimulao. Apenitas trastornó l'esquina, jábrase a correr! Llegó onde Diolgina y le puso el anuncial y la ilusión. . . aprovechando pa acariciarle esa manito más linda y más suave qu'el pecho di un pajarito fino.

Cuando, a nada, tun, tun. Golpiando la puerta. Y entra don Santiago: . .

—A ver, m'hija, sus anillos.

—Aquí'stán, m'hijo. Pero. . . ¿qué le pasa, que viene todo sofocao?

—No. Nada. Que acaba de ir un hombre, con un par igualito. . .

—Eso no tiene chiste, m'hijo. Un diablo se parece a otro diablo. . .

—Pero es que eran igualitos, igualitos. . . y por un momento pensé. . . —¿Qué?

—¡No. . . Nada!

—Vea, m'hijo: usted lo que tiene que hacer es dejar de trabajar tanto, día y noche. Mi Dios hizo la noche pa descansar y usted la gasta trabajando. . .

—Hasta razón tendres, m'hija. Pero ya se van a acabar los carnavales pa que nos vamos a descansar a La Linda. . . a dormir harto, a levántanos bien tarde. . .

Y volvió a salir a trabajar, porque tenía que entregar los anillos del niño José Julián.

\* \* \*

Al día siguiente llegó éste a reclámalos y los pagó. Fue y se los llevó a Diolgina y ai mismo le dijo:

—Usted me va a tener que hacer otro favor: présteme sus candongas.

— ¡Ay, por Dios! ¿Usted qué va a hacer?

—Yo sabré...

Ella le prestó las candongas y él se fue a llevalas onde don Santiago.

—Don Santiago —le dijo—. Yo quedé muy contento con su trabajo y aquí le traigo otra cosita pa que mi haga.

—A ver, hombre, qué traes. Mostrá. . .

—Estas candonguitas. . . —Y las fue sacando del carriell.

A don Santiago, así que las vio, se le salieron los ojos de la cara, como a sabaleta pescada con taco, y apenas se rascaba la cabeza y decía que eran igualitas a las que él había hecho pa la mujer. Al niño José Julián no se le daba nada y decía que un diablo se parecía a otro diablo.

—Así será, hombre. Pero si estas llegan a ser las candongas de mi mujer, ¡tenéte fino porque te sigo un sumario sin fiador!

—Bien pueda, don Santiago. Bien pueda. . . Y, ¿por cuánto me las va a hacer? Pero eso sí: que sean del mismo pesor di oro y así con candaíto de corazón y con su llavecita y todo. Y que tengan los mismos rubises y diamantes.

—Hombre, pues. . . , te las hago por tres mil pesos oro.

—Bueno, señor. Entonces mañana vengo por ellas a las diez. Es que me caso y quiero dáselas a la novia de regalo.

—Bueno.

Cogió el niño José Julián las candongas y se las echó al carriel. Di ai salió chiflando como de lo más tranquilo. Y al trastornar l'esquina, ¡curra, hermano!

Llegó onde Diolgina y él mismo le puso las candongas no más que por tocale las orejitas y güelele de cerquita el pelo, ese pelo negro que güelía a pura manzanilla y a jabón fino de caja.

A poquito llegó el marido, todavía con los ojos salidos:

—A ver sus candongas, m'hija, ¡muéstremelas!

—Eh, Santiago: ¡vos sí que sos desconfíao!, míralas. . .

Don Santiago se apenó mucho y no sabía que decir, hasta que dijo francamente:

—Fue que allá estuvo otra vez ese maldingo, tipo, con unas candongas igualitas a estas. . .

— ¡Jm! Lo que pasa es qu'estás trabajando mucho de noche y la noche se hizo pa descansar. Y estás viendo y pensando cosas. . .

—Sí. Tenes razón. .. Bueno: adiós. Tengo mucho trabajo atrasao. . .

\* \* \*

Al otro día llegó el niño José Julián a charlar con Diolgina y a lo último le dijo que le prestara el ajuar.

—Yo sí se lo presto, pero no lo vaya a llevar onde Santiago, qu'el mismo lo hizo y con seguridá lo reconoce. Aquí hay mucha gente que cose bien. No tiene que llévalo ond'el.

—¿Vusté es boba, Diolgina?

—No. . . —contestó ella—. Es que me da miedo de que le vaya a pasar a usted alguna cosa. . .

Y ai mismo se fue poniendo coloraíta, coloraíta.

Diolgina se puso a sacar el ajuar, que lo tenía guardao debajo de siete llaves. Y fue sacando primero el pañuelo de seda cordobaniao con letras di oro que decían la firma d'ella y adornao con florecitas de colores; después el vestido blanco enchaquirao con azabaches y diamantes y cortao en purito raso; y de ai las botas de cuero muy fino y bien trabajao, adornadas con hebillas di oro y cordones de seda. Así que li hubo entregao todo, le dijo:

—Tenga mucho cuidao. No se vaya a dejar coger estas cosas. . .

—Bueno, mi amor. Por mí podes estar tranquila que yo conozco el Bien y el Mal;

conozco la ciencia y el pensamiento del príncipe Yosirosuto y los secretos de Mandol. . . Y salió. Salió derecho pa onde don Santiago y le dijo:

—Hombre, don Santiago: usté ya mi ha ganao mucha plata. Pero todavía me tiene que ganar más porque yo estoy muy contento de su trabajo. Eso sí, como usté, no trabaja nadie en el mundo y yo quiero aprovechar pa hacele otros encarguitos. . .

—A tus órdenes, hombre.

José Julián abrió el paquete que traía y fue sacando el ajuar y diciendo que quería uno igual, a todo lujo, y que bien pudiera y cobrara lo que le pareciera justo.

Así que vio el ajuar don Santiago se puso primero pálido, después rojo encendido, después verde y amarillo. Cambiaba de colores com'un pisco. El muchacho se hacía el que no notaba nada, pa no dar malicia. De lo más tranquilo sacó un tabaquito, rastrilló el deslabón pa sacar candela y se puso a humar. Hasta que va don Santiago y dice:

—¿Usté de dónde se sacó esto? ¡Este es el ajuar de mi mujer! ¡Usté se va a encartar conmigo!

—¿Sí? ¡No me charle tan pesao!

—Claro qu'es el ajuar de mi mujer. Yo mismo lo hice. Y lo qu'es a usté le sigo un sumario sin fiador, ¡pa que sepa!

—Vea, pues, hombre, qué sal la mía. Y usté cré que si fuera ajuar robao ¿yo se lu iba a traer a usté mismo? Y ultimadamente yo que l'he robao a usté, ¿ah? ¡Diga!

—Pero, señor: ¡sí yo mismo hice este ajuar!

—Es que vusté le tiene desconfianza a su mujer, o me la tiene a mí, o qué pues, ¡a ver!

Don Santiago se quedó callao porque había mucha gente en la tienda. Y a lo último dijo que bueno, que sí hacía el ajuar... Que por cinco mil pesos.

—Está bien. Hágalo, ¡Em pueda hágalo!

El niño José Julián se puso a hacer su envoltorio bien hecho, con toda calma. Y salió muy tranquilo, silbando cualquier bobada. Y así que trastornó l'esquina, ¡vuélele!

Pero esta vez, don Santiago aguardó a qu'el otro trastornara l'esquina y salió corriendo para la casa. Cuando llegó, la mujer no había tenido tiempo de abrir las siete llaves pa guardar el ajuar. Ella lo que hizo fue que lo regó en la cama y se hizo la qu'estaba arreglando todo bien, doblando el vestido con mucho cuidao. Esto que vio don Santiago y no dijo nada Volvió a salir callao la boca.

\* \* \*

Al otro día fue el niño José Julián por la ropa y todo estaba listo. Pagó este su plata y le dijo a don Santiago que había quedao muy contento del trabajo, que todo estaba hecho muy a conciencia y muy bien. Y que ya lo único que le faltaba por pedile era un favor.

—Me voy a casar mañana —le dijo— y espero que con su señora. . . usté me va a servir de padrino. . .

—Hombre, demás. Yo tengo mucho gusto. Pero, vea: yo me casé apenas hace unos díftas y no me he podido ir pa lun'e miel por tanto trabajo que mi ha caído con estos carnavales. Pero como ya terminan esta tarde, mañana me voy.

—Eso mismo pienso hacer yo, don Santiago.

—Me vas a tener que perdonar, pero no te puedo apadrinar. Yo no consiento que mi mujer salga a la calle por esta razón, aquí entre nos: a mi mujer no l'he tocao ni un pelito, por no ajála. Pero ya mañana sí nos vamos pa La Linda, en lun'e miel. Y . . . será bobada mía, pero no quiero qu'ella saiga a la calle todavía.

—Está muy bien. Entonces vaya usted sólo. . .

—Hombre, yo sí fuera de mil amores. Pero es que por la mañanita voy a tener qu'estar atendiendo aquí, que todavía quedan algunas cositas por entregar. . . y no puedo cerrar ni el ratico.

—Mire, don Santiago: hagamos una cosa: ustedes nos apadrinan desde aquí. Desde aquí nos ven. Y nosotros nos casamos en el atrio. Y así usted no tiene necesidad de cerrar.

—Eso sí. Nu hay ningún inconveniente, hombre. Y mi mujer puede asomase a la barranquita de la casa donde está y desde allá devisa la ceremonia.

\* \* \*

Al otro día, muy de mañanita, se fué el niño José Julián onde los piones que li habían hecho el suterráneo y les dijo:

—¿Ya me tienen listas las bestias que les encargué?

—Ah, sí: allá están listas onde usted nos dijo.

—Bueno. ¡Así me gusta!

Cuando llegó a la iglesia con la novia, toda vestida de raso blanco enchaquirao con azabaches y diamantes y con el velo en la cara, ya estaba don Santiago en la puerta del almacén, echando ojo; a veces pegaba un vistazo pa la casa y veía, allí en la barranquita, a la mujer sentada en la silla, tal como él la había dejao.

A lo que terminó la ceremonia salió el niño José Julián con la novia y al mismo montaron en los caballos y se fueron a toda, ¡felices!

En estas llegaron algunos clientes al almacén de don Santiago y este se puso a despachalos y se envolató trabajando. Al rato sí notó que la mujer no se dentaba pa la casa. Pero siguió con mucho que hacer. Cuando ya eran las once, volvió a mirar y dijo: “¿Eh? ¡Aquella como que se amañó al solecito! Le voy a decir que s'entre pa entro”.

Cerró el almacén y llegó a hablale. Y ella ai sentada, sin contestar. Entonces él pensó que tal vez se había dormido, y la tocó pa despertala. Y así que la tenía vio que estaba dura, dura. Y era qu'el niño José Julián había hecho una mujer de yeso, igualita a Diolgina Soez y le había puesto todo el aguar d'ella.

\* \* \*

Comprendió en seguida don Santiago todo lo que había pasao y la burla que li habían hecho y entró a la casa, sacó el revólver y ai mismo ensilló su buen caballo y salió a toda, a perseguir a los recién casados pa dales muerte.

Los chaquetirrotos que habían conseguido las bestias pal niño José Julián y Diolgina, así que vieron pasar a don Santiago, dijeron:

—¡Ese don Santiago va tan bien montao, que en estico los alcanza!

En esas los tórtolos llegaban a un río muy caudoloso y el niño José Julián sacaba un librito mágico y veía en él que ya los estaban persiguiendo. Entonces, cuando llegó al puente, les dijo a los guardias:

—¿Cuánto vale el paso del río?

—Vale a peso cada uno.

—Bueno. Aquí están los dos pesos y tomen cien más pa cada uno, pero con una condición: han de saber que un asaltante nos persigue con un revólver cuarenta y cuatro pa robanos las joyas que llevamos. ¡Juren que no le darán paso!

—¡Ni riesgos de dale paso, señor! Bien pueda seguir tranquilo, que lo qu'es ese, hasta aquí llega.

Pasaron.

Cuando, al rato, llega don Santiago a todo correr, en un caballo alazán lindo que tenía.

Y pregunta:

—¿Cuánto vale el paso?

—¿Pa usté? ¡Nada!

—Campo, ¡pues!

—Aguarde a ver. . . ¿Cómo que campo? ¿Y usté pa que anda con esa mod'e revólver?

—Eso no les importa a ustedes.

—Pues lo qu'es pa usté no hay paso, bien pueda sabelo. Y si trae su revólver, mire las escopéticas que nosotros tenemos aquí.

—Bueno: les doy diez pesos y den paso.

—No, señor.

— Les doy mucho más. ¡Les doy mil!

— ¡Ak-a! Pa mejor decile a usté no le damos paso por ninguna plata. Es bobada. . . Los vio tan resueltos don Santiago, que se apio ligero y s'echó a pasar el río nadando.

Pero como el río estaba en creciente, en las fases de la luna, llegó un caimán y se lo comió. Hasta dijeron que había sido suicidio, por despecho. Si todo el mundo sabía qu'en ese río había caimán. . .

\* \* \*

Y así acabó el cuento.

Ah, y José Julián (ya no le volvieron a decir niño, sino don José Julián. . .) don José Julián llegó al pueblo con su mujer y salieron a recibilos el alcalde, el cura, la polecía, la band'el pueblo, los arrieros y todos los amigos. Y salió don Mariano, muy viejito ya el pobre y muy turulatico, salió a recibir a su muchacho y a conocer a la mujer y así que la vio le pareció tan linda tanto, que se fue hincando de rodillas, creyendo qu'era la Virgen. . . Y ai mismo empezaron unas fiestas que duraron nueve días. Esta vez yo sí llegué empezáita la parranda, pero no pude ver los novios porqu'ellos ya'staban en pura lun'e miel. . .

## LOS TRES HERMANOS Y LA MÁGICA

No recuerdo bien en qué pueblo d'estos de por aquí era qui habían una mágica muy linda, muy linda. Y tenía tres pretendientes. Tres hermanos. Pero ella se las arreglaba pa que ninguno supiera que tenía amores con los otros dos. Cada uno creía qu'era él solo. Ella los recibía en distintos días y muy de tarde en tarde a cada uno.

Al menor de los hermanos, que le había rogao mucho una tarde pa que se casara con él, le dijo ella, un domingo:

—Bueno. Yo sí me caso con usted, pero con una condición: que venga dentro de veinte días a pasar una noche conmigo.

El muchacho, claro, acetó con mucho gusto y dijo que pasara lo que pasara, el vendría a cumplir la cita.

Al segundo hermano, que también le rogaba que se casara con él, le dijo que viniera dentro de quince días, a pasar la noche. Y al tercero, el mayor, le dijo que dentro de diez. Y así fue que se llegó el día de la cita del hermano mayor. Este si arregló lo más bien arreglao que pudo y salió pa onde la mágica muy contento, que no aguantaba la dicha. Llegó y encuentra esa belleza de mujer, más linda que nunca, esperándolo en camisa de dormir. Cuando ya se fueron a acostar, dice la mágica:

—Anda primero y cerra Ja puerta de la cocina que se quedó abierta, no vay s'entre alguno por el solar.

Llegó el muchacho a cerrar la puerta y la empujó. Y, sin sábese por qué, la misma puerta le dio al muchacho en las espaldas.

—¿Eh? ¡Esto sí qu'está bien raro!

Volvió a empujar la puerta y la puerta volvió a dale. Y en esas se fue quedando: cerraba la puerta pasito y la puerta le daba pasito; la tiraba duro y ella le daba duro. En el juego ese bregando a cerrar la puerta, lo cogió la madrugada. Así que vido que ya salía el sol, resolvió dejar la puerta abierta y correr onde la mágica. Pero halló la puerta cerrada y la mujer dormida sin ganas de despertar ni ni de levantase a abrir.

\* \* \*

Se llegó el día de la cita del segundo hermano y ocurrieron las cosas mesmamente como con el mayor. La mañana lo cogió bregando a cerrar la puerta.

A l'último llegó el día de la cita del menor d'ellos. El muchacho si arregló bien, bien afeitao y pien perjumao y él, que no era feo del todo, iba de lo más galano.

También lo mandó la mujer a cerrar la puerta y le pasó la misma: así que la iba a cerrar, la puerta lo golpiaba por detrás. El muchacho también dijo a porfiar por cerrala y cuando acató, ya era de día y la mujer no li abrió.

Los tres hermanos quedaron muy corridos con semejante chasco. Es que también a cualquiera se la ponga: ir uno seguro de su dicha, onde semejante belleza de mujer, uno bien enamora:o: tragao, tragao. ¡Y amanecer golpiando una puerta! . . .

Pero, en fin. Lo qu'es constancia sí tenían los bobos esos. . . ¿o no? De modo que

a poquito volvieron a pretender a la muchacha y a seguile rogando cada uno por su lao, que se casara, que se casara. . .

Hasta qui un día le dijo ella al mayor:

—Bueno: yo sí me caso pero con una condición: que si ha de ir a las nueve de la noche a la puerta de la iglesia y me ha d'esperar allá, metido en un ataúl, tapao y vestido'e muerto. Y m'espera hasta por la mañana.

—Nu hay inconveniente. Esta noche voy. . .

Llamó la mágica al segundo hermano y le dijo:

—He resuelto cásame con ustedé, pero si primero me demuestra su amor yendo esta noche a la puerta de l'iglesia, a las diez de la noche. Allá va a encontrar un muerto entro su ataú; siéntese al pie de la caja y m'espera. Eso es todo. . .

—¡Pilao! Yo sí voy. . .

Más tardecito la mujer le dijo al otro hermano, después di hacelo venir. Porque. . . ella los hacía venir: ¿no ven qu'era mágica?

—Vengo a decile que sí me caso con ustedé, pero aún qui ustedé mi haga un favor que yo le voy a pedir.

—¡Lo que sea! —dijo el hombre

—No.. ¡si es muy fácil! No es sino qui ustedé se disfrace de diablo.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

—Yo no tengo disfraz d'eso.

—No se preocupe que yo aquí tengo un disfraz muy bueno y yo misma lo arreglo.

. .

—Ah. . .

— . . y se va pa la iglesia; . . dentro por la puerta di atrás. . . con harta mañita. . . y apenas qu'esté en la iglesia comienza a gritar y a tumbar santos y a hacer harto escándalo. . . aviente candeleros. . . volque las bancas. . . ¿aoye?

—¡Yo sí. . . lo qui ustedé pida!

—Y m'espera en la puerta de la iglesia, pa que nos casemos.

—¡Bueno!.

A todas estas ya el primer hermano si había acomodao en el ataúl y se había tapao. Ya había llegao el segundo y estaba sentao al pie.

Cuando, hermano, ¡entra ese patojo dando qué alaridos en es'iglesia vacía y tumbando los floreros de lata del altar y aventando santos a los infiernos, mientras volaba esa cola p'allí y p'acá! Con esa escandalera tan horrible, el hermano qu'estaba en la puerta, parao, apenas temblaba y sudaba frío, pensando que sería aquello tan horrible, y sin atrévese a mover. Cuando, de golpe, en el oscuro, devisa al diablo que salía de l'iglesia, y pega ¡qué berrido!..

—“ ¡El diablo!!!”

Y ai mismo el del cajón si alevantó:

—¿A velo?

—Y así que el diablo vio qu'el muerto si alevanta, se orinó en los calzones y gritó:

—¡Un dijunto!!

Y salieron todos a cuantas tenían huyendo de güida, pidiendo socorro, con los ojos volaos de la cara.

Los tres s'incontraron en la casa de la mágica, que los esperaba muert'a risa. . .

## CUARTA MOLIENDA

### EJEMPLO DE LOS TRES HERMANOS

Había una vez tres hermanos que vivían en una casita muy pobre, en un pueblo.

Cansao el mayor d'esa vida monótona y sin porvenir, resolvió partir a buscar la vida y con quien casase.

Le pidió la bendición a la madre y salió. A poco andar, s'encontró con una viejecita, que le dijo:

— ¿Aonde vas, buen hombre?

—Voy a conocer y a parrandiar y a gozar la vida.

La viejecita se puso seria y le dijo:

—No vaya a hacer eso, joven, si quiere ser feliz. Vea: allí, más adelantico, va a encontrar una mesa repleta de vinos y manjares: no los toque. No vay'a a comer d'ellos porqu'es perdido. Más adelante va a encontrar un baile; no vay'a entrar. Siga derecho su camino. . . Por allá, mucho más adelante, va a topar un silguerillo cantando de lo más bonito: no l'oiga.

¡Cuidao! No lo vay'a oír, que no le conviene. . .

—Bueno, señora —contestó el muchacho y se fue.

Por allá s'encontraba muy cansao de tanto andar, cuando, de pronto, dio con la mesa servida de manjares y vinos y bebió todo lo que más pudo y comió manjares hasta que se los tocaba con el dedo. Quedó piponcho, y tan pesao, que casi que no puede seguir andando.

Adelante, más allá, encontró un baile muy prendido y él. . . él siempre se resolvió a entrar: Eso siempre estaba como muy bueno. Bailó toda la noche con mujeres bellísimas y, al amanecer estaba cansao, enfermo y todo estragao. La cabeza le daba vueltas y no sabía pa onde era que debía seguir y ni an sabía si lo que quería era echar pa'delante o devolvase. . . Vea. . .

Al fin, logró echar pa'delante. Llegó ond'estaba el silguerillo cantando y se puso a oírlo y a oírlo. Por último llegó a una finca, a l'orilla del camino y le dijo al dueño:

— . . a ver si usted me puede dar destino. . .

—Yo, sí: demás. Yo le doy destino. Todo lo que tiene qui hacer aquí es barrer, cúidame la bestia y traer agua pal gasto de la casa.

—Ah, bueno: eso'stá como facilito. . .

Fue y agarró l'escoba y se puso a barrer. Cuando, de pronto, s'encontró un grano di oro. Y ai mismo'se lo embolsicó. El se creía muy avispao, pero el grano di oro era una trampa qu'el dueño de la casa li había puesto pa probale l'honradez.

Y así que notó que se lu había guardao, el amo no le dijo nada, sino que lo mandó por agua.

—Vaya y llene esta tinaja allá a esas rocas.

Se fue el muchacho con la tinaja, llegó a las rocas y puso la tinaja. Ai mismo cayó una gota di agua, pero una gota tan grande, que dejó llena la tinaja y todavía pringó pa los laos. El muchacho alzó la tinaja y se fue, pero renegando:

—¿Habrás visto? ¡lzque una gota llenar una tinaja d'estas! Maldita sea. Ni descanso

tiene uno mientras se llena. . .

Al cabo de tres o cuatro días ya estaba el muchacho muy aburrido con la cosa y resolvió largase. ¡Ej! Ai ya se veía que no s'iba'cer nada y lo que fueron granitos di oro, ni por pienso.

—Págueme mis jornales, que yo me voy—. Le dijo al amo. —Bueno. Qué quiere que le dé: ¿su plata o tres consejos?

—¡Yo no vo'a comer consejos! ¡Eche mi plata!

Por allá fue a dar a un palacio muy grande que le llamó la atención.

—“Ej, yo voy a pedir posada aquí. ¡Imposible que no me la den!”.

Tocó. Le abrieron y le dieron posada.

Entró y cuando llegó al comedor s'encontró con un poco de gigantes de lo más azarosos qu'estaban sentaos a la mesa. Se sentó él a comer (qué tanta hambre llevaba) aunque muy cabriao. Cuando, de pronto, mirando por aquí y curiosiando por allá y viendo pa todos laos, alvierte qu'en el techo había un dijunto colgando, amarrao de una viga y con la cabeza p'abajo.

— ¿Qu'es eso que hay allá, chilinguiando? —preguntó—. ¿Qué'stá haciendo ese dijunto all'arriba?

— ¿Y a vos quién te mandó a mirar?— fue la contesta de los gigantes. Y ai mismo se le aventaron en manada y lo prendieron a pescozones, golpes, palmadas y aruñones, hasta que lo mataron. El sí gritó mucho rato pidiendo socorro, pero, ¿quién lo iba a oír? Agonizando todavía, lo amarraron de las patas y lo colgaron de la viga.

\* \* \*

Salió el segundo hermano a recorrer y lo esperó la misma suerte qui al mayor. Halló la misma vieja que lo aconsejó, pero también desoyó los consejos; comió los manjares hasta ponese pesao como una piedra, bailó los bailes y s'emboató oyendo cantar al silguerillo; llegó a la misma casa a pedir trabajo y poco duró; llegó onde los gigantes a pedir posada y se sentó a la mesa con ellos, pero al notar que caía aguasangre en el mantel volvió a mirar pa'rriba y dijo:

¡Ej! ¿Eso qu'es. . .? ¡Diablos! ¡Allá arriba hay dos muertos chilinguiando!

Entonces los gigantes dijeron:

—¿Sí...? ¡Qué tan raro! ¡Y a usted por qué no lo cuelgan allá arriba también!

Le dieron sin piedad y allá lo colgaron.

\* \* \*

Viendo que no venían noticias de los dos hermanos mayores, dijo el menor:

—Écheme la bendición, mama, que yo también me voy a recorrer. . .

Pero como se va'ir, m'hijo. Fíjese que usted es lo único que me queda. ¡Cómo se va'ir. . . !

—Sí, mamacita. —Insistió el muchacho—. Voy a aver si Dios me socorre y mi hago a unos centavitos pa traele a usted, que nunca le falte qué comer. Y a ver si alguna cosa sé di aquellos. . .

—Bueno, m'hijo —contestó la viejita, llorando—. Que Dios me lo lleve con bien y me lo libre de todo mal y peligro. Arrodílese, pues, yo le doy la bendición: Nnnn padre, nnn hijo, stu Santo, amén.

Salió el muchacho y preciso: la vieja, a dale los mismos consejos de los otros. El muchacho puso cuidao y vio que le convenía seguilos. Por allá iba con much'hambre cuando s'incontró con la mesa de vinos y manjares. Se volvió pal otro lao y siguió su camino, andando ligerito, ligerito. Después pasó por el baile y esas mujeres tan lindas li hacían quizque así. . . quizque así!! . . llamándolo. Peru él ni siquiera se rió con ellas. Siguió ip'adelante! ¡P'adelante! Oyó cantar el silguerillo, que cantaba lindo, valga la verdá., y él si l'oyó, pero sin parase.

A l'último llegó a la casa del viejito y arrimó a pedir trabajo.

—Yo si le doy trabajo —dijo el viejo—. Vea: toda lo que tiene que hacer es barrer el piso, cuidar un caballito que tengo y traer Tagua.

—Bueno, señor. . . tá fácil. . .

Se fué a traer unas cañas y yerba pa pienlo al caballo, barrió bien barrido y fue y l'entregó al dueño un granito di oro que halló. Después fué con la tinaja a traer agua.

Llegó junto a las rocas, colocó la tinaja y se sentó a esperar. A nada, cayó una gota tan grande que llenó la tinaja. Entonces el suequito se maravilló y lleno di alegría le daba gracias a Dios y decía:

—¡Eh, avemaría! ¡Mi Dios siempre' es qu' es muy grande! ¡lzque llenase una tinaja d'estas con una gota di agua! Lo qu'es la divina Providencia. . .

Llegó a la casa y así se lo dijo al amo y el amo se formó muy buena impresión de lo qu'era el suequito y del fundamento que tenía.

Pasao com'un mes, el suequito dijo que se iba, porque tenía el empeño de averiguar por los dos hermanos. El viejito sintió mucho la ida del muchacho, pero no li opuso resistencia porque vio que tenía razón. Así que se iba, le dijo:

—¿Quiere que le dé su plata en plata, o que le dé tres consejos?

—Lo que usted quiera, señor. Bien sabe que soy pobre, pero usted sabrá lo que más me convenga.

—Así me gusta, hombre. Le voy a dar tres consejos que le van a valer más que cualquier plata. Primero: no ande nunca por atajos, sino siempre por el camino rial. Segundo sea guardoso con su dinero que cuando tenga todos estarán dispuestos a gástalo con usted, pero así que se li acabe no li ayudarán a conseguir más. Y tercero: no se meta nunca en lo que

no le han encomendao, recuerde el dicho que dice: gallo pelón, peletas, aonde no te llamen, no te metas.

—Bueno, señor. Tendré muy en cuenta sus consejos y que Dios se lo pague.

—Adiós. Y que la Virgen lo acompañe.

\* \* \*

Cogió el muchacho a andar y llegó al castillo a pedir posada. Ai mismo le dijeron que pasara al comedor que ya iban a comer. Entró y lo sentaron en medio de todos los gigantes.

Quando. . . dicen a caer goteras di aguasangre a un lao. El patojito las vio, y ya iba a decir. . . cuando se acordó. Y se calló la boca.

Los gigantes apenas lo miraban disimulaos y si hacían señas. Uno d'ellos dijo:

—¿Qué será eso qu'está cayendo di allá arriba?

—Quién sabe, señor. . . —contestó el patojo.

—Parece sangre. . .

—Demás, señor.

—Y, ¿sangre di aonde?

—Quién sabe, señor.

—¿No será algún dijunto?

—Quién sabe qué será. . .

“¡Quién sabe, quién sabe. . .! Callao la boca, comiendo. “Quién sabe. . .”. ¡Y di ai nadie lo sacaba! No decía más.

Así que acabaron de comer lo llevaron a la pieza dél, qu'era una pieza muy grande con una cama muy fina con cobertores de raso y con toldos de mucho lujo.

Al otro día el patojito se levantó muy temprano, a seguir su camino y entonces salieron todos los gigantes a despedilo y le dieron de regalo tres cargas di oro y las mulas pa que las llevara.

El suequito al mismo mandó por la madre y quedó pero fue bien rico. Compró fincas y de todo y organizó un gran banquete pa todos los pobres qui hubieran; y todos los meses siguió con la costumbre di haceles banquetes. Los pobres, siempre que tenían hambre, acudían a él que siempre los atendía. De su puerta no dejaba ir a nadie con hambre o desnudo y todos lo querían a él con ropita y todo.

Quando. . . una tarde, llegó a la finca una viejita y le dijo:

—Ay, señor, vea: usté que tiene tantas cabezas de ganao, ¿por qué no me regala aquel novillito qui hay allí?

—¡Avemaría, mi señora! ¡Usté si descogió el más bravo de todos y de golpe va y la mata! ¡No, no! No va ya a crér qu'es por no dáselo. Em pueda escoja otro cualquiera.

—No: el que yo quiero es ese.

—Qué vamos a hacer pues con usté, señora. Lléveselo, pero con mucho cuidao, qui a ese animal no hay quien lo lidé.

—¡Eh, no li hace! Présteme un lacito yo voy a traélo.

Le prestaron el lazo y la viejita fue y lo cogió, y el novillo mansitico, mansitico. . .  
Vean, pues. . .

Ah, pero es que ustedes no saben quién era la viejita. ¡Nu era sino la Virgen!

Y un día se aparece un viejo todo harapiento, cubierto de llagas de arriba a'bajo.  
Izque a pedir posada.

—Con más gusto qui hast'ai, viejito. Déntrese, qu'esta es su casa. . . —dijo el patojo—  
Y ai mismo llamó a los criaos y les dijo: —Me le traen a este viejito mi mejor vestido, y mis  
mejores botines y de todo lo que necesite. ¡Pero corran. . .!

Lavó al viejo, le curó las llagas, lo vistió bien vestido y le dio de comer y todavía le  
prestó la cama dél pa que durmiera, ¡en qué blandura de colchones!

Cuando. . . como a la media noche despierta el viejito y dentro al cuarto onde si había  
acomodao a dormir el patojo y le dice que izque tenía mucha sé.

El patojo se levantó y cogió el viejito de la mano, pa llevao a la poceta a que bebiere  
agüita. Cuando, de pronto, ¡guape!, se resbaló el suequito y allá se fue de bruces. ¡Abajo!  
allá cayó, esnucao. . .

Demás que ya adivinaron ustedes quién era el viejito, ¿no cierto? Era Nuestro Señor,  
qu'en premio, esa misma noche, se llevó al suequito pal cielo, en cuerpo y'alma.

MANUEL ZAPATA LIVELLA

Departamento de Córdoba

Rambao

Tía Zorra en el Maizal de Tío Conejo

La Muerte de Tía Zorra

La Vieja, el Burro y los Huevos

El Costeño y Los Cachacos

Tío Conejo y Morrocoy

Este era un Tipo que Tenía una Novia

Los Tres Cachacos y la Cántara de Ron Ñeque

La Muerte de Tío Conejo

Juan Bobo y sus Hermanos

Juan Bobo y La Vieja

Este era un Rey que tenía dos Hijas Bonitas

Tío Sapo y Cangrejo

El Viaje al Cielo

El Mocho y el Tigre

Quien Manda más en Casa, El Hombre o la Mujer?

La alusión a reyes, príncipes, hadas, corte, etc., encarnaban simbólicamente al  
señor feudal hispano, ante quien muchas veces, como Esopo frente a su amo, se relataban

los cuentos. En alegoría opuesta, ligados a tradiciones totémicas, los indígenas, mestizos, negros y mulatos se identificaban con algunos animales, preferencialmente con Tío Conejo; pero también con personajes llanos, burdos, que al igual que Sancho Panza, los avivaba un espíritu burlón y satírico: Juan Bobo, Rambao o Pedro Ardimala, burlándose de princesas y reyes. El sadismo que contienen muchos de estos cuentos podrían explicar la vedada proyección de impulsos agresivos individuales o colectivos derivados de una situación social dada.

La abundancia de cuentos, chistes, anécdotas y adivinanzas picarescas, satíricas o pornográficas atribuidas a santos y curas, revelan que por lo menos en el pasado contenían un subfondo de concepciones religiosas contrapuestas, en los que se rechazaban la nueva religión o se hacía un intento para hacerla más humana, profana, asequible a sus tradiciones empiromágicas. Sobre todo en los conflictos culturales de comportamiento provocados por las ideas cristianas y las opuestas de los indígenas: monogamia, poligamia, incesto, herencia, pecado, etc.

Puede observarse cómo los cuentos actuales reflejan directa o indirectamente las nuevas situaciones sociales. A través de ellos, descubrimos movimientos migratorios tanto del Cordobés a otras regiones del país y al exterior (Venezuela, Panamá, etc.) o de connacionales y extranjeros que se suman a la comunidad: antioqueños, turcos, etc.. Los personajes, diálogos y argumentos, se estructuran y conciben con las mismas pautas tradicionales, aunque representen nuevas actitudes, conocimientos, críticas y circunstancias. A veces, como sucede con la fuerte influencia totémica del pasado, los animales persisten como protagonistas, pero adaptados a los cambios introducidos por la técnica: automóviles, escopetas, carreteras, aviones, cohetes, satélites espaciales, etc.

Las leyendas, por lo regular reminiscencias de viejos ritos indígenas, aunque son muy generalizadas, han perdido la función que Frazer, Malinowski y otros han observado en las culturas primitivas. La labor de erradicación adelantada por los misioneros y párrocos de todo vestigio de ideas religiosas afro-indígenas, ha contribuido esencialmente en este hecho. Sin embargo, no quiere decir que las leyendas hayan desaparecido del todo, sino que quedaron desprendidas de su trono raizal, convirtiéndose en historias desposeídas de vitalidad al no estar relacionadas con actividades del diario quehacer. Precisamente el fenómeno que anoto sirve para justificar el aserto de Frazer cuando señala que los mitos relacionados con el tótem expresan más las formas sociales y empíricas del grupo que sus concepciones sobrenaturales. Y así vemos que lo que no pudo desarraizar la prédica religiosa en el campo mágico, lo logró eficientemente el nuevo orden social hispánico al imponerse sobre las pautas de conducta totémica.

La leyenda en Córdoba explica, señala orígenes, ¡ilustra anecdóticamente, pocas veces codifica la conducta e impone normas por sí misma. Cuando advertimos un tabú relacionado con una leyenda, como no trabajar el día de Santa Lucía; no pasar por determinados sitios porque hay aparecidos, como sucede con los cementerios, tales casos están ligados a ideas religiosas, produciéndose un sincretismo entre creencias religiosas cristianas y vestigios de mitos o leyendas indígenas.

## RAMBAO

Rambao es un señor muy trabajador de todos los, como se dice, trabajos materiales, pero de muy poca suerte, sin fortuna, no tenía suerte, todo lo que hacía fracasaba y allegó a una edad de 30 años y la vida de él era muy triste. Entonces resolvió de casarse. Después de casado comenzó a trabajar con una fe y pedirle tanta suerte a Dios y a María. Pero no podía conseguir nada sino que la mujer siempre le alumbraba en el año sus dos o tres niños y tenía un caterva de hijos y no tenía suerte. Así después de todos esos atropellos él cogió y abandonó la casa y se fue a andar, andando, caminando. Llevaba de casualidad una gallina que había guisado en la casa el día que se retiró. Se le presentó a la hora de la comida una señora que le dijo para comerse esa gallina. Le respondió que no, que él nunca había tenido compañeros y ella le dijo que sí, que ella era María. El dijo: "Jamás, yo nunca he conocido a María; en tanto tiempo que le he pedido a María nunca ha querido ayudarme; hoy se me presenta porque yo tengo mi gallina, por lo cual mi gallina no se la va a comer María, me la comeré yo solo. Pero si usted es María, María pues que se vaya a rogar a otra parte, yo sigo solo y me como mi gallina solo". Despreció a María y siguió. Más adelante vuelve el hambre y lo atacó y comenzó a comerse su gallina y se le presentó un señor y le dijo que él era Jesús y le respondió que jamás nunca había conocido a Jesús, jamás. El le pedía mucho a Jesús con mucho empeño y nunca le había querido brindar nada ni ayudarlo y ahora que él llevaba una gallina guisada era que quería ayudarlo y acompañarlo, pero para comerse la gallina y así no; él no tenía campañas con nadie con su gallina. También lo despreció. Se fue él y quedó ahí Jesús. Más adelante vuelve y lo atacó el hambre y se puso a comer; cuando estaba comiendo oyó una voz muy profunda que le gritó y le dijo: "Rambao! Rambao!" El le contestó muy furioso y le dijo: "Para qué me necesitas? A nadie tengo quien me llame por aquí, porque yo no le debo a ninguno". Al fin la voz se le presentó con un trueno; una tempestad que lo aterrizó mucho, le dio mucho miedo y al llegar donde él estaba, se presentó una mujer que le dijo: "Tú eres Rambao?" Dijo: "Yo si soy Rambao, para qué me necesitas?" La mujer le respondió: "Advertida que yo soy la Muerte". Dijo: "Si usted es la Muerte con usted me como mi gallina". Entonces la Muerte agarró la gallina y viendo que él tenía la pierna de la gallina agarrada, le dejó ese muslito. La Muerte le dijo: "Advertida Rambao que su señora está de parto". Respondió: "Bueno, usted será mi comadre". Y siguió su vía. Más adelante él se encontró con un viejo, que le dijo: "Pa dónde Rambao?" El le respondió: "Pa dónde a mi me de la gana, a nadie tengo que darle cuenta cual es mi vida". Entonces el viejo le dijo: "Sébase que yo soy compañero suyo". Rambao contestó: "Si usted es compañero mío, no lo va a ser, porque yo no ando con nadie ni tengo que ver con ninguno. Ando mi vida solo, yo no tengo que ver con nadie". El viejo dijo: "Bueno, sébase que lo sigo, a donde usted vaya, voy yo". Le respondió: "Bueno, ahí veremos". Comenzó Rambao a andar y el viejo atrás, atrás, atrás. Cuando llevaban el día de camino, ya Rambao iba un poco fatigado y con hambre; ya esperó al viejo y charló con él. Le dijo: "Ah viejo, y... usted que es más conocedor de estas montañas por aquí no hay casas? Llevo un hambre que no se que es". El viejo le dijo: "Hombre aquí no hay casas. Había unas viviendas y las abandonaron, pero si sé que

quedaron unos palos de naranjas que tienen muchas naranjas. Si tú no procedes de coger más de cuatro o cinco naranjas, yo te llevo a donde está este palo". Dijo Rambao: "Le prometo mi palabra que yo no voy a coger más de cuatro naranjas". El viejo lo llevó. Estaba este palo de naranjas que se amarillaban. "Bueno, este es el palo de naranja, Rambao". De una vez corrió y se montó arriba y comenzó a menear ese palo y como caía la naranja! Cómo caía mango maduro! Rambao cogió y se llenó los bolsillos y el viejo que mordía clavo. Salieron. Más adelante, el viejo le dijo: "Hombre Rambao, lo primero que te dije, lo primero que hicistes, hombre". Rambao le respondió: "Vea Dios, a mí no me embrome mi vida ni me amargue la vida porque esos frutos no los ha sembrado usted. Hombre, no sea usted pendejo! Hombre carajo! Usted me lleva muy ardido. Yo tengo mucha hambre, yo con cuatro naranjas no me iba a hartar nada". Bueno, y siguieron con su pelea. Pasaron ese día; al día siguiente otra vez viajaron. Al fin del día otra vez, Rambao muerto de hambre le dijo: "Hombre, viejo, usted no tiene conocidos por aquí, amigos. Yo vengo muerto de hambre y no llevamos dinero". El viejo le respondió: "Yo tengo una comadre que nos da un bocado de comida, pero hay que conformarnos con lo que ella nos brinde, es que usted no obedece". Dijo: "Bueno, yo hago lo que usted ordene". Así cogieron y allegaron a donde la comadre. El viejo le dijo: "Bueno comadre, aquí estoy para que nos venda o nos regale cualquier comida por ahí" Bueno, ella les preparó y les hizo chocolate. Comieron. Después de que ya comen de lo que la vieja les sirvió, se paró Rambao y se fue al fogón y le dijo: "Vea mi señora, no le quedó más nada? Déme de comer que yo no me he hartado". Entonces el pedacito de comida que la vieja dejó para ella tuvo que regalárselo. Al viejo tampoco le gustó eso. Al día siguiente siguieron y otra vez le reclamó la misma cosa, pero Rambao le dijo: "Hombre, usted no trabajó eso. Yo tenía mucha hambre, yo tenía que comer". Otra vez aplacaron esta pelea y siguieron. Al día siguiente les tocó allegar a una ciudad, una ciudad muy grande, pero casi ya no había juventud, sino puro viejo. El más nuevo tenía 70 años. Cuando ya pasaron esta ciudad, dice Rambao: "Vea, viejo, y nosotros a donde vamos a morir de hambre? Pues ya salimos de la ciudad y tanto que hay que comer y a dónde es que nosotros vamos a comer?" Entonces el viejo le dijo: "Yo no llevo cinco, Rambao, yo no tengo conocidos aquí, tú tampoco, qué vamos a hacer? Tenemos que coger el camino del monte, comer al monte". A lo que le respondió Rambao: "Cómo es posible?" Pero sin embargo, el viejo le dijo: "Vaya donde aquella señora que está allá barriendo, allá en la calle y dígame que me mande cincuenta centavos de pan". Fue él y le dijo el mandado y la señora le respondió: "Sí, como no, dele los panes". Fue y le dio los cuatro panes. Se regresó Rambao y le dijo: "Aquí tienes, viejo, y que no tenía conocidos, y qué no lo conocían". El viejo le respondió: "No, esas son las obras de arte que uno consigue. Coge un pan". Y Rambao protestó: "Pero debo yo coger un pan, hombre?. Si yo lo fui a fiar hombre". "Sí, pero los panes me los fiaron fue a mí, no a ti". Rambao insistió: "Pero yo tengo derecho a dos panes y usted a dos, si eso es a medias". El viejo le dijo: "No señor, los panes son míos, coge un pan y nada más". Rambao le dijo: "Bueno yo me voy a coger un pan, pero advierta que si no me lleno con un pan, lo mato; porque usted tiene que darme otro pan". Siguió el viejo adelante y él atrás comiéndose su pan. Cuando se terminó de comer el pan, Rambao ya no sabía si en el mundo había

hambre ni nada, iba completamente lleno y ni le mentó, más nunca pan al viejo. Siguieron. En la noche llegaron a un lugar donde había muchos matorrales, muy llenitos para dormir y allí se quedaron. Al día siguiente le dijo el viejo a Rambao: “Ah, Rambao, vamos a seguir vía; vamos al monte donde podemos trabajar. Si estás listo ve a trabajar, yo también”. Rambao, le respondió: “Bueno, vamos a trabajar”. Se pusieron a hacer rozas y a sembrar maíz, cuando ese maíz estaba sembrado, le dijo el viejo: “Bueno, Rambao por qué no vas a la ciudad y pegas el grito de que de viejos te atreves a hacer hombres nuevos?” Rambao le responde: “Usted porque no va? Qué quiere que vaya yo a gritar eso ahí y me coja el gobierno y me mate?” El viejo, le dijo: “Nada de eso, no tengas miedo y haz lo que te digo”. Rambao obedece y se fue a la ciudad donde se puso a gritar con voz tétrica: “Yooo soy Rambao que de hombre viejo me atrevo a hacer nuevo”. Más adelante dio la misma voz. “Yooo soy Rambao, que de hombre viejo me atrevo a hacer nuevo”. Entonces un policía lo cogió por la mano y le dijo: “Qué es lo que usted habla? Viene borracho? Aquí no se viene con escándolos!” Rambao le respondió: “No, lo que yo hablo lo cumplo. Yo de viejo me atrevo a hacer nuevo y si quiere dígame con quién es que vamos hacer la prueba”. El policía le dijo: “Bueno, camine y siga conmigo, vamos a la Policía”. Lo llevó a la Policía; allí lo investigaron. Entonces el Alcalde le entregó un viejito y lo mandó con dos policías. Lo llevaron a donde estaba el compañero. El lo había dejado allí, preciso, en una ramadita que ellos habían hecho en dos trojitas. Pero ya él no ve eso, ya allí encuentra un palacio. Dijo: “Pero qué es lo que a mí me pasa? Yo me habré perdido o el viejo es que me está jugando brujerías?” Le dijo a los policías: “Espérenme ahí, y comenzó a buscar y no encontraba a nadie y se puso a llamar al viejo. “Qué te pasa Rambao?”, le responde: “Hombre, deje de ser brujo: usted a qué hora ha hecho este palacio? Usted me está. . . a mí no me está agradando esto”. El viejo le respondió: “Hombre, que va, Rambao. Nada de eso, cosas de la naturaleza, el que anda con Dios con Dios atermina”. Rambao le respondió: “No, no, no” y por fin le dijo: “Bueno ahí te traigo un viejo, para probar la cosa”. El viejo lo calmó: “Dile a esa gente que pase para acá”. Se presentaron los dos policías con el viejo. “Ahí está el señor”, le dijo Rambao cuando regresaron. Entonces el viejo ordenó: “Bueno, Rambao, coge este señor y mételo ahí en esa hornilla que está ahí bien prendida”. Rambao arrempujó al viejo y lo echó a la candela. Cuando ya se terminó de quemar, el viejo, le ordenó: “Cógeme estas cenizas ahí y traémelas para acá”. Rambao cogió las cenizas y le dijo: “Vea, Dios, si usted a ese hombre no lo vuelve a hacer, usted advierta que enseguida antes que esta policía me mate a mí, lo mato yo a usted. Y usted cuándo puede hacer a este cristiano vuelva otra vez a ser gente, si eso se ha quemao, esto está vuelto cenizas. No sea usted tan bruto, hombre. Viejo animal! Pero a mí no me pone usted ese cuento, a usted lo mato yo”. El viejo, solo le respondió: “Hombre, haga caso Rambao, échele esa ceniza aquí a la mesa”. Asina lo hizo, cogió un puñado y se puso a hacer la figura de una persona con la ceniza. Al descuido, cuando espabiló Rambao, vio fue ya la figura cuadrá. Le dijo: “Vaya y dígame a los señores policías que si de que edad quieren al viejo”. Rambao obedeció: “Vea señor agente, que de qué edad quieren ustedes al viejito”. Uno le respondió: “Hombre, que lo ponga de 14 años, joven”. A lo que aceptó el viejo: “Bueno, de 14 años y asina lo hizo. “Aquí está, es la prueba”. Los policías

se fueron con ese muchacho más contentos! Siguieron a la ciudad y al llevar ahí ese muchacho que llegaba muy jovencito, se avalanzó ese pueblo y se comienza a venir gente y eso eran chorros! Y Rambao a quemar gente y el viejo a parar gente! Rambao recibiendo dinero y echándolo en un depósito que tenían. Ya Rambao no daba abasto de reempujar gente para esa hornilla y entonces encargaron otros dos más para que los ayudaran. Al fin ellos volvieron la ciudad toda joven, Rambao y el viejo quedaron con tres depósitos llenitos de dinero. Ahí había de toda prenda, de toda plata, de todo oro. Ya terminaron el trabajo y dice Rambao: "Ah, viejo! Y ahora? Esa plata?". El viejo le respondió: "Esa plata tenemos que dividirla, Rambao". Aceptó gustoso, "Bueno, vamos a dividirla. Como no la parta a medias, a medias conmigo, lo mato". Claro, quería decir que como él había quemado los viejos y el compañero los puso nuevos, tenía derecho a la mitad de la plata. Pero el viejo le ordenó: "Haz tres partes, Rambao". Dijo: "Y tres partes por qué, hombre? Son dos partes. Nosotros somos dos". El viejo le aclaró: "Somos tres Rambao. Haga las tres partes". Rambao obedeció: "Bueno; yo voy hacer las tres partes, pero yo le voy a aprobar que no más somos dos". Se hicieron las tres partes. Cuando ya dividieron todo, el viejo dijo: "Bueno coge tu parte". Rambao se apresuró a agarrarla: "Sí, esta es la mía". El viejo separó la otra diciendo: "Yo cojo ésta". Rambao entonces preguntó: "Y esa otra?". Y el viejo le dijo: "Esta parte es para pagar los panes, no ves que de una vez se te quitó el hambre?". Rambao le respondió: "Ah! pero es que los panes los debo soy yo; yo los fié, soy yo, yo tengo que coger esa parte para yo ir a pagar los panes". El viejo entonces, le dijo: "Cómo va a ser, Rambao, si los panes el que los debe soy yo?" Dijo: "No señor, yo fui quien fue a fiar los panes, y yo tengo que ir a llevar la plata". El viejo terminó por decir "Bueno, así será, coge tú la parte, pues no vamos a entrar en pelea". Así le tocaron dos partes a Rambao. Entonces el viejo, finalmente le dijo: "Bueno, Rambao, esa otra parte también cógela y es tuya; la plata toda es tuya, yo me quedo con la casa y la cosecha, pero yo no me muevo de aquí, yo no camino más. Así con esa plata puedes irte para tu casa". Rambao contento le respondió: "Verdad es, vamos a arreglar!". Empacó su dinero y se dispuso a regresar para su casa. De modo que se fué. Se regresó. Allegó a la ciudad de él por la tardecita y no da con la choza en que él dejó a su familia y hasta tanto, tuvo que pedir una posada en otra casa, donde se hospedó. Hablando ya después que comió y que retiró a los trabajadores que llevó y quedó allí solo, le preguntó a la dueña: "Vea mi señora, y usted de casualidad no oyó comentar aquí en esta ciudad de un señor llamarse Rambao, un hombre muy pobre y trabajador, muy católico? Dijo la señora: "Sí Uuu! pobrecito hombre, yo no sé que le habrá pasado! Este hombre se fue de aquí aburrido, decepcionado de la vida y dejó a la familia, toditos más bien desnudos y en la calle, ahí en una chocita. Y eso fue como una bendición, desde que este señor se perdió de aquí, que más que nunca se ha sabido de él, desde esa noche, digo, a él le viene todos los días de Dios un señor con una carga de plata que manda Rambao y no se ha sabido más nunca donde está Rambao y así ahí está. Aquí en esta ciudad se hace lo que manda esta casa, esto es, la viuda de Rambao. Allí hay policía, allí hay todo, para entrar a esa casa es como entrar a un cuartel, con tanta guardia". Rambao, haciéndose el bobo, le siguió preguntando: "Pero él no existe ahí?" Y la señora le respondió:

“No, no, es que más nunca se ha sabido de él”. Por la mañanita cogió Rambao y se paró, se fue al centro y se tomó un tinto. Se devolvió, fue a la primera guardia y pidió un permiso, lo dejaron pasar. Siguió a la otra y también. Siguió a la otra y entonces le reclamaron los papeles. Le pegó un empujón a un guardia y le dijo: “Qué papeles ni qué papeles voy yo a cargar si esta casa es mía, yo soy Rambao. No necesito de más nada, soy el dueño de esto”. En esa pelea con la policía salió el hijo mayor de él, diciendo: “Hombre pero dejen pasar al pobre viejo, si él dice que es mi papá, pues vamos a reconocerlo bien”. Y después de mirarle bien a la cara, gritó: “El es mi papá!”. Eso fue una alegría para los hijos, pero entonces la vieja no le quería mucho, dizque estaba repelente, que no era Rambao y que así al fin se dieron cuenta y era Rambao. Ya hubo el matrimonio otra vez. Queda Rambao ordenando en el mundo, mandando su casa y toda la ciudad. Pero él tenía una merced del viejo, que le pidió antes de salir: morir cuando le diera la gana. El viejo se la dio, pero con el compromiso de poner una caja de plata todos los días de Dios en la ciudad para el pago de los pobres y así siguieron, él cumpliendo su promesa, pero también haciendo maldad. Llegaba a una mesa de juego y no lo aguantaban, Rambao la limpiaba, y con él no había modo. . . Todo lo que encontraba de juegos, de muchachas, eso lo echaba por delante. Ya el mundo estaba apurado con Rambao. Tanto, que hubo que pedir que acabaran con Rambao, que ya Rambao no podía con él. Pedro le dijo al Señor: “Hombre, pero que vamos a hacer con Rambao, tanto reclamo con Rambao”. Le respondió el Señor: “Pero hombre, como hago, es una merced que yo le di”. Pedro insistió: “Bueno, pero ya quitársela, es que el mundo está muy apurado con Rambao, quítasela, vamos a mandar a la Muerte por él”. Al fin el Señor ordenó: “Bueno, mándele a María a buscarlo, pues”. Mandó a la Muerte a buscar a Rambao y ésta le dijo: “Rambao, alístate que vengo a buscarte”. Entonces dijo él: “Casualidad! te estaba esperando, estoy aburrido de estar en el mundo ya. Siéntate ahí y te alcanzo unos manzanos maduros que tengo en ese zarzo para comérmolos para irnos”. Allá se montó María y cuando estaba allá le dice Rambao: “Bueno, ahí te estás”. Ahí la castigó dos años. Aguantando humo. Entonces no moría nadie porque la Muerte estaba presa. A los dos años la soltó. Se fue María, asustada, fun! fun!, Volando hacia el cielo, huyendo de Rambao. Al llegar allí, le dijo: “Mi, Señor, a mí no me mande a buscar más a Rambao, este hombre me ha matado a mí. El señor le respondió: “No, tienes que irlo a buscar otra vez. A Rambao hay que recogerlo ya. En la próxima te lo traes, yo te aviso”. Siguió Rambao con sus maldades en el mundo y entonces dijo Pedro: “Hombre, mi señor, qué hacemos con Rambao, ya estoy cansado de tanta queja de Rambao.” El señor le respondió: “Vuelve a llamar a María, vamos a mandarla”. La llamaron, siguió María a buscar a Rambao y cuando este la vio, se dijo: “Mira, allá viene María a buscarme, ahora si la vamos a engañar para que no me ponga más problema” Se vistió, se raspó la cabeza como un muchacho chiquito y se puso al suelo y se puso a gatear, a jugar. “Buenos días,” dijo María a la mujer de Rambao. “Buenos días. . . Siéntese”, respondió ella. Pero María le dijo: “No, yo tengo que irme y Rambao?”. Respondió la señora: “Rambao está por allá jugando, puede que esté jugando, yo no sé que jugará”. Entonces María le dijo: “Bueno, mientras que Rambao va y viene yo me llevo este pelao” y le volteó el garabato al muchacho que estaba ahí con el ropón. Tan! Lo arrepló. Y así

se llevó a Rambao. Al llegar al cielo, María dijo al Señor: "Aquí está, mi señor, Rambao". Entonces él le dijo: "Bueno pues déjalo. El tiene que ir donde Pedro. Y así pasó, llevo Rambao a la Gloria. Tun! tun! tun! tun! Al fin responde Pedro. "Quién es?" Y le contestan: "Rambao". Dijo Pedro: "Rambao no es de aquí. Rambao es del Infierno". A lo que dijo Rambao: "No señor, Rambao es de la Gloria". Pedro le respondió: "Rambao es del Infierno. Largúese". Cerraron la puerta y sigue Rambao para el Infierno. Llegó al Infierno y se puso a tocar: Tun! tun! tun! Quién?", le pregunta el diablo y le responde: "Rambao". Entonces el diablo le grita: "Rambao no es de aquí Rambao es de la Gloria. Rambao no es del Infierno". Entonces Rambao caliente, le dice: "Hombre, pero si vengo de la Gloria y me dicen que soy del Infierno, ahora usted me dice que soy de la Gloria". El diablo le dice: "Vayase, que usted es dé allá, yo aquí no lo quiero". Lo echaron para la Gloria otra vez. Vuelve y llama a Pedro. Tun! tun! tun! "Quién?", le pregunta y le responde: "Rambao". Entonces Pedro le grita: "Le he dicho que Rambao no es de aquí". Entonces Rambao le dice que el viejo le había dado un recado para él, que quería decirle dos palabras, que no se iba a meter. Pedro le obedeció, medio entreabrió la puerta y por ahí tun!, se metió Rambao. Ahí atrás estaba un antioqueño que tenía días de estar esperando y no lo habían dejado entrar y al meterse Rambao, se puso a tocar la puerta. Tun! tun! tun! "Qué pasa?" Preguntó Pedro. A lo que responde el antioqueño: "Pues que va a pasar, pues yo soy el equipajero de Rambao, ábrame la puerta que voy apurado con mi equipaje también". Ahí siguió el antioqueño y se metió por medio de Rambao y ahí se terminó el chiste.

### **TÍA ZORRA EN EL MAIZAL DE TÍO CONEJO**

Un día Tío Conejo llevó a Tía Zorra, su mujer, a visitar su roza. Esto sucedió porque Tía Zorra le decía todos los días a su marido: "Ay! mijo, por qué no me llevas a esa roza tuya, de donde me traes todos los días el plátano, la yuquita y el maíz". Pero Conejo se hacía el que no la oía, pero fue tanto la fregantina de Zorra, que un día Conejo la llevó a la roza y viéndose rodeada de tanta cosecha, comenzó a bailar y gritar: "Estoy en la roza de mi marido y miren cómo la tienen sembrada y cuidadita!". Como gritaba y cantaba tanto, vinieron los perros y Conejo que se lo esperaba, se escondió en un hoyo, mientras los perros atacaron a diente a Zorra. Iba huyendo, coja y rengueando, cuando la llamó Conejo y le dijo: "Mira, mija, cómo me han dejado enfermo los perros. Por qué no me llevas cargado?". La Zorra compadecida, se lo echó al hombro y Conejo iba cantando: "El enfermo carga al bueno! El enfermo carga al bueno!".

### **LA MUERTE DE TÍA ZORRA**

(Tercera versión)

Fue una vez Tía Zorra a buscar una gallina para hacer una sopa a Conejo y muy confiada entró a la roza del Hombre pues su marido le había dicho que era de él y cuando se estaba robando el pollo vinieron los perros y la mataron.

### LA VIEJA, EL BURRO Y LOS HUEVOS

Había un caserío de una hectárea y cerca de él había otro y una vez una vieja pasó de un lado a otro a llevar dos huevos en cada mano. En la mitad del trayecto se encontró un burro y una burra; la vieja se quedó plantada viendo que el burro se subía sobre la hembra. Y cuando el burro se acercaba, le decía: “Un poquito para arriba, un poquito”. Y cuando se alejaba: “Un poquito para abajo, un poquito hacia abajo”. Y cuando el burro alcanzó a la hembra, exclamó llena de regocijo: “Ahora sí llegaste a donde yo quería verte!”. Y aplaudiendo con las manos rompió los huevos.

### EL COSTEÑO Y LOS CACHACOS

Estaba un costeño asoleándose a la orilla de un río y sacando pescados. En ese momento llegaron dos cachacos y entonces el uno le dijo al otro: “Vamos, paisano a echar una pescada”. Compraron cada uno su anzuelo y un tabaco. Tiraron sus anzuelos sin carnada y entonces el costeño viendo que los cachacos pescaban sin carnada, le dice: “Mire, paisano, por aquí no se pesca así, deben poner carnada al anzuelo, que los peces no se pegan solos”. Y contesta uno de los paisas: “Ave María, paisano, no hemos venido a la Costa a engañar a ninguno, el que quiera engancharse por su gusto que se enganche!”.

### TÍO CONEJO Y MORROCOY

Un día hicieron una apuesta Tío Conejo y Tío Morrocoy de quién corría más. Conejo que estaba seguro de ganar, dejó que el Morrocoy se echara a andar, mientras él se quedó durmiendo a la sombra de un palo. Al cabo de un rato despertó y disponiéndose a correr, gritó: “Morrocoy!” y más adelante le respondieron “Alante voy!”, sorprendiéndose de que el Morrocoy le hubiera sacado ventaja. Se puso a correr y cuando estaba ya cansado volvió a gritar: “Morrocoy!”, y le respondió el otro. “Alante voy!” Finalmente, ya al llegar al sitio de la meta, preocupado de no haber visto a Morrocoy en el trayecto, volvió a gritar: “Morrocoy!”. Y le respondieron ya en la meta: “Aquí estoy!”. En esta forma, Morrocoy, que había puesto otros hermanos escondidos a la orilla del camino, le ganó la carrera y la apuesta a Tío Conejo.

### ESTE ERA UN TIPO QUE TENIA UNA NOVIA

Este era un tipo que tenía una novia y era tiempo de patilla. Durante una visita estuvo habla que habla, hasta cuando llegó la hora de partir la patilla, se hartó tomando el pedazo más grande y luego como cayó un aguacero se tuvo que quedar en la casa de la novia.

En la noche, lo cogieron las ganas de orinar y como no encontraba dónde, al advertir que había un niño durmiendo en otra cama, tomó al niño y lo puso en su propia cama y se puso a orinar hasta descargar del todo en la del niño. Después, cuando quiso pasar al niño de su cama a la de él, descubrió que el niño se había cagado en la cama que le habían dado.

## **LOS TRES CACHACOS Y LA CANTARA DE RON ÑEQUE**

Eran tres cachacos que salieron a caminar, tomaron plata cada uno y se fueron a probar negocio. Tenían tres meses de estar recorriendo y al uno le cayó una piojera; al otro una gripa y al tercero una rasquiña. Como el vicio de ellos era tomar ron ñeque, al acabárseles el dinero se quedaron sin plata para comprar ron. Así llegaron a una finca y como el amo sabía que gustaban del ron ñeque, les regaló un cántaro y lo puso en medio de los tres. Entonces los cachacos hicieron una apuesta, a ver quien se rascara, soplara o limpiara la nariz, perdía. Todos ellos estaban aguardando que alguno de ellos perdiera, el uno sin poderse rascar, el otro sin soplarse y el tercero sin limpiarse la nariz.

Entonces el de la rasquiña le dijo a los otros: "Puedo echar un cuento?" Los demás respondieron que sí. Entonces el rasquiñoso dijo: "Pues paisano, cuando yo estaba muy pequeño, tuve que entrar a una mata de caña y cuando estaba en ella, me vi cundido de candellillas" y se puso a rascar, haciendo como que las espantaba. Entonces el de la piojera, contó: "Cuando yo estaba chiquito, mi padre tenía una pluma de agua y como estaba sucio, me metía bajo de ella y me ponía a enjabonarme la cabeza cundida de piojos" y se rascó. Y luego el del moco dijo, cuadrándose frente al sol: "Pues cuando yo estaba chiquito, le pregunté a mi papá por dónde salía el sol. Y él me respondió: "El sol sale por aquí y se mete por allá", pasándose las manos y brazos de un lado a otro de la nariz.

## **LA MUERTE DE TÍO CONEJO**

Una noche pasaba Tío Conejo por un gallinero y mirando el dormitorio vio que el gallo no tenía cabeza, pues los gallos para dormir meten la cabeza bajo el ala. Al día siguiente Conejo intrigado va al gallinero y encuentra a Tío Gallo y le pregunta: "Oiga Tío Gallo, cómo hace usted para dormir sin cabeza?" Y le contestó Tío Gallo: "Esto es fácil Tío Conejo, yo cojo una navaja y se la entrego a mi señora gallina y la obligo a que me corte la cabeza y por la mañana ella me la pega". Tío Conejo exclamó: "No me diga nada más, Tío Gallo, lo que son los mosquitos no me pican más mi cabeza" y salió a buscar una navaja que encontró. En la tarde llamó a Tía Coneja y le entregó la navaja para que le cortara la cabeza. Hubo discusión pero al fin la Coneja se resolvió a cortarle la cabeza y todavía Tío Conejo está esperando que se la peguen.

## **JUAN BOBO Y SUS HERMANOS**

Eran Juan Bobo y sus hermanos Pedro y Manuelito. Un día dijo Pedro a Manuelito que esa noche se iban y dejarían a Juan Bobo. Pero él que estaba oyéndolo detrás de la puerta, se quedó quieto y vio que sus hermanos se acostaron. Así vinieron las doce de la noche y salieron los hermanos listos para irse y Juan Bobo se les fue atrás. Y cogió la puerta de la casa y se la echó al hombro. Así se fueron todos tres y al día siguiente, a eso de las seis

de la noche arrimaron a la casa de una señora que les dijo que siguieran y les daría posada. Juan Bobo guindó una hamaca arriba del zarzo y ya como a las doce de la noche, cogió un cuchillo la señora para comérselos. Y Juan Bobo decía: "Aquí si hay mosquitos". La señora inquieta le respondía "Duérmete! Duérmete!" Entonces Juan Bobo mochó las pegas de la hamaca y cayó al suelo. Cogió la puerta y sus hermanos se fueron también con él. En el camino los hermanos iban regañándolo porque no esperó que amaneciera. Entonces él les dijo que lo había hecho porque la señora se los iba a comer a todos y entonces los hermanos quedaron contentos porque Juan Bobo los había salvado. Y siguieron caminando.

Por la tardecita se montaron en un árbol que tenía un pozo dentro de sus raíces y ese árbol era de unos ladrones porque allí metían todo lo que robaban. Por la tardecita llegaron los ladrones a meterse al pozo y dijeron: "Ábrete perejil!" Y el pozo se abrió. En ese momento a Juan Bobo le dieron ganas de orinar y se lo dijo a sus hermanos. "Miércoles, Juan Bobo tú si eres malo, nos vas a ser matar. Orina pues!" Y Juan Bobo orinó y los ladrones dijeron: "Agua del cielo!". Y los ladrones se bebieron el orín de Juan Bobo. Entonces dijo este a sus hermanos: "Yo ahora tengo ganas de cagar". Y los hermanos le dijeron: "Caga, pues!" Vino Juan Bobo y cagó y los ladrones decían: "Don del cielo! Pan del cielo!" Y se comieron la mierda de Juan Bobo.

Después Juan Bobo les dijo a los hermanos: "Ya yo estoy cansado, dejo caer esta puerta, verdad?". Y dejó caer la puerta sobre la cabeza de los ladrones y del golpe se les mochó la lengua. Llenos de miedo, los ladrones se fueron. Entraron al pozo Juan Bobo y sus hermanos, llenándose toda la ropa de plata. Los hermanos se fueron corriendo, dejando a Juan Bobo detrás. Así fue como yendo detrás, pudo recoger lo de los hermanos que por correr se les caía. Así cargó con todo y llegó gordo a su casa donde le repartió a sus hermanos lo que les correspondía.

## JUAN BOBO Y LA VIEJA

Había una vieja como de 70 años y el hijo era Juan Bobo. Entonces la vieja le dijo: "Juan, ponte a pilar el maíz para hacer un poco de mazamorra". Bueno. Juan Bobo se puso a hacer la mazamorra, tira para acá el palote, tira para allá. "Mae, ya está la mazamorra". Y la vieja le gritó: "Si, mijito". Juan Bobo tenía que darle a beber la mazamorra, pues a la vieja le había dado la parálisis y no podía agarrar la cuchara. Entonces Juan Bobo cogió la mazamorra hirviendo y la echó en una totuma grande y le dice: "Mae, abre la boca para echarle la mazamorra". Y la vieja abrió la boca. Y entonces le rempujó toda la mazamorra caliente. Cuando ya terminó de arrempujársele toda, Juan Bobo viéndola con la boca abierta, le dijo: "Je!, parece que quiere más". Entonces como la vieja estaba con los dientes pelados, pues estaba muerta, Juan Bobo se decía: "Va, mi mama como que quiere montar a caballo!". Y se fue a buscarle un caballo, lo trajo y se lo ensilló. La montó sobre él y le amarró una garrocha en la mano. Entonces como ellos tenían una paja, Juan Bobo la soltó en ella para que garrochara ganado. En esos momentos, cuando le metió dos lapos al caballo, pasó un cura en una yegua. Y sucede que el caballo y la yegua estaban alegres. Y el caballo desde que

vio a la yegua se le fue detrás y el cura que había visto a la vieja con la garrocha, se puso a correr, pero al fin la vieja lo clavó con la garrocha por el cogote, mientras Juan Bobo que los veía, se decía: “Mierda, mi mama es que sabe garrochar!”.

El caballo saltando detrás de la yegua, echo a la vieja al suelo. Y entonces fue cuando Juan Bobo se dio cuenta de que la madre estaba muerta.

### **ESTE ERA UN REY QUE TENÍA DOS HIJAS BONITAS**

Este era un Rey que tenía dos hijas bonitas y se puso a apostar con un hombre a que éste no le decía coja a su hija. Y entonces le dice el tipo: “A que sí!”.

Un día salió el hombre a vender flores y se acercó al palacio, gritando: “Flores! Vendo flores!”. Entonces salieron las hijas del Rey y le dice el hombre: “Usted es coja!”. Y el tipo le ganó la apuesta al Rey.

### **TÍO SAPO Y CANGREJO**

Iba Tío Sapo por la calle y se encontró con Cangrejo y se pusieron a discutir, saliendo de pelea. Luego Tío Cangrejo coge a Tío Sapo con la muela y este gritaba: “Quítenmelo que es cachaco y tiene navaja”.

### **EL VIAJE AL CIELO**

Este era un día en que iban para la fiesta del Cielo todos los animales: el Sapo, el Gotero, Tía Zorra, Armadillo, Lechuza, etc., Iban en un bus donde Conejo era el chofer. Cuando estaban a mitad del camino por la carretera, se les acabó la gasolina. Entonces dijo Conejo: “El más maluco va a buscar la gasolina”. Y se quedaron Lechuza y Sapo mirándose las caras. Y dice Lechuza: “Y qué me ves? ¡Coge el galón y vamos!”.

### **EL MOCHO Y EL TIGRE**

Una vez salió un mocho (cojo) con su compañero a cazar un tigre. El amigo llevaba al mocho en los hombros, pues no podía caminar. Cuando llegaron al sitio donde iba a cazar el tigre, mientras lo esperaban con la escopeta por un lado, el tigre se les fue por detrás. Cuando el mocho se dio cuenta de que tenían al tigre allí, le dijo al compañero: “Tienes al tigre al lado”. Y en seguida el compañero tiró al mocho al suelo y pegó a correr. Cuando aquél llegó a su casa, le dijo a la mujer: “Mija, prepárame la hamaca que vengo cansado de tanto correr”, despreocupado de la suerte del mocho. “Mijo —le respondió la mujer— qué hamaca te voy a preparar si el mocho está acostado en ella”, pues éste había corrido más rápido que su compañero, a pesar de su cojera.

## QUIÉN MANDA MÁS EN CASA, EL HOMBRE O LA MUJER?

Un día hubo una discusión entre dos compadres sobre quién mandaba en casa. El uno afirmaba que el hombre y el otro que la mujer. La discusión se prolongó sin que se pusieran de acuerdo. El otro día, el compadre que afirmaba que la mujer era quien mandaba, salió con unas gallinas y unos gallos y se fue a visitar a varios amigos casados. A los primeros les ofreció un ave de las que llevaba y la mujer se adelantó a decir al marido: "Mira, es mejor que nos quedemos con una gallina". Y así se hizo. Más tarde fue a donde otros amigos y volvió a ofrecerles un ave. El marido se adelantó a decir: "Que bien, me gusta el gallo!" A lo que la mujer agregó: "Pero, hijo, mira que ya tenemos uno, por qué no cogemos una gallina?". Y así se hizo. Así llegó a casa de su otro compadre y les ofreció las aves. Entonces este se decidió por el gallo, a lo que la mujer agregó: "Mira, hijo, es mejor que cojamos la gallina que es más gorda". Después de reparar en las aves, el compadre cambió de idea y se decidió por la gallina. A lo que compadre respondió: "No le dije, compadre, que la mujer es la que manda en casa?".

NINAS. FRIEDEMANN  
San Andrés y providencia

Tigre y Nanci Rivalizan en Amores  
Un perro. Una cabra y Beda Tiger.

Las narraciones, rimas y adivinanzas que hacen parte de esta presentación folclórica, han sido tomadas del material recogido en la isla de San Andrés, en el Mar Caribe Occidental, durante una investigación de Antropología Social llevada a cabo por comisión del Instituto Colombiano de Antropología\*.

Las grabaciones en cintas magnetofónicas fueron hechas por individuos de grupos negros que viven en el sureste de la isla y principalmente por habitantes de los caseríos denominados Ground Road y Sound Bay. Las gentes que hicieron los relatos pertenecen a diferentes grupos de edad y en todos los casos mostraron voluntad de colaboración. Las personas cuya edad se hallaba por encima de los cuarenta años recordaron con facilidad los cuentos y no tuvieron reticencia en grabarlos, mientras que el grupo de edad entre los veinte y los treinta años prefirió grabar canciones de origen jamaicano, que han estado en la música popular durante varios años. Si bien el grupo de edad entre los diez y los veinte años se limitó a grabar canciones en español o cánticos religiosos, es cierto también que fueron ellos quienes ayudaron a sus padres y abuelos a recordar los cuentos de Miss Nansi y otros cuya narración escucharon luego con placer.

---

\* Nina S. Friedemann, Investigadora I, y María Rosa de R., Investigadora II, del Instituto Colombiano de Antropología.

La totalidad del material aquí transcrito fue grabado directamente en 1965, y las cintas respectivas se encuentran en los archivos del Instituto Colombiano de Antropología, para posible consulta de estudiosos no solamente de folclor, sino de lingüística, o aspectos de otra naturaleza. La recolección de material de este tipo adquiere mayor importancia, si se tiene en cuenta que la totalidad de la población nativa en el archipiélago de San Andrés y Providencia, continúa comunicándose en su vida diaria en un lenguaje básicamente considerado como inglés.

La transcripción de los textos fue posible con la ayuda del Dr. Lynn Newball, oriundo de Providencia, quien conoce a cabalidad las diversas formas idiomáticas que se emplean en el archipiélago. Por otra parte, las grabaciones han sido escuchadas por varios individuos de lengua materna inglesa, sin que ninguno haya podido comprender el contenido total de los textos, fuera de reconocer palabras y frases.

Las traducciones al español que aparecen a continuación de cada texto son literales y la lista de expresiones y palabras con su traducción en ambos idiomas, inglés y español, ayudará a la comprensión del argumento del material.

Un número limitado de personas, que probablemente han tenido la oportunidad de estudiar en Jamaica, Estados Unidos o en otros países de habla inglesa, utiliza el **inglés actual** con los extraños que lo hablen. Así mismo, es interesante anotar cómo estas mismas personas pueden expresarse fluidamente en el idioma español con los colombianos continentales o gentes de otros países de esta habla.

Pero con los extraños de habla inglesa, hay nativos que utilizan un lenguaje que en cierta manera se ajusta al inglés corriente y que por lo tanto, puede denominarse para el caso lenguaje **intermedio**, si se tiene en cuenta que en él también aparecen expresiones y formas de la modalidad familiar.

El examen, estudio y comprensión del lenguaje **familiar** que emplea la totalidad de los isleños, entre ellos mismos, en sus actividades diarias, requiere profunda familiarización con los nativos, porque en general, la población no admite explícitamente el hecho de que su medio de expresión pueda llamarse de manera distinta a inglés. Aparentemente, este es el motivo por el cual el inglés actual o el lenguaje intermedio es utilizado cuando quiera que se dirigen a extraños de habla inglesa.

A lo anterior debe añadirse el hecho de que el grupo de edad entre los diez y los veinte años conoce el idioma español y puede expresarse en él con los extraños que lo hablen, en términos de establecer una comunicación más o menos inteligible. Así mismo, este grupo de edad parece desconocer la modalidad intermedia inglesa que utilizan los adultos por encima de los cuarenta años, en sus relaciones con extraños que hablen inglés.

En Sound Bay y Ground Road, lugares en donde se registró el material a que este trabajo se refiere, hubo gentes cuyo único medio de expresión era el lenguaje familiar. En este caso las gentes accedieron a conversar a través de intérpretes después de que nuestra presencia constante les dio confianza, a tal punto que denominaron a los integrantes de la comisión como "sus amigos extraños" o "strange friends". Los intérpretes

fueron sus amigos y familiares jóvenes que trasladaron sus informaciones al español, o bien individuos del grupo adulto que usaron el lenguaje inglés intermedio.

En el lenguaje familiar, que conoce y habla la totalidad de la población, posiblemente existen variaciones en la estructura gramatical y en la fonética, que reflejan un mayor o menor grado de instrucción recibido en el idioma inglés. Esta circunstancia ciertamente no afecta la correcta transmisión de las ideas entre los individuos de los diversos grupos socio económicos que en sus actividades y relaciones no utilizan otro medio de expresión distinto al familiar.

Sound Bay es un caserío que se halla sobre la playa sureste de la isla de San Andrés y que dentro de la misma isla es considerado como el lugar que alberga el grupo negro que vive en los niveles socio-económicos más bajos. Las siguientes rimas al son de la música del popular calypso **Maryann** reflejan en parte esa consideración:

### TIGRE Y NANSI RIVALIZAN EN AMORES

Beda Tiger was about to get married to the king daughter, an Old Nansi heard of it, they got the cake bake an everyt'in preparing for this wedding, and Oíd Nansi gone to the home an tell them:

—You're gwine mek your daughter marry to Tiger an is my fadder riding harse.

So, when Tiger come now to the matrimony they told him that Nansi say that he was his fadder riding harse, so they can't give im the girl again.

So, Tiger rushed to Nansi hombe an say:

—Nansi, you have to come an prove that!

When e get Nansi play sick, sick in bed.

Tiger say:

—If I even have to back you, you've got to go.

Nansi say:

—Alright Beda. Mek me put on that little thing whe they call the saddle.

Tiger say:

—Puttah.puttah!

(Nansi):

—An that little thing whe they call the bradle.

(Tiger):

—Puttah.puttah!

(Nansi):

—Now, a sick, you know, but let a get tha little thing whe they call the ship fi jus ride. (Tiger):

—Anyt'in, puttah, you've got to go, you've got to go, you've got to prove that. Well, put on everyt'in.

Esay (Nansi):

—An that little thing whe they call e spuy.

(Tiger):

—Puttah, puttah, anyt'in, you've got to go an prove it. Get up on Tiga back!

(Nansi):

—Now start. Ay, pien! pien! — Beda, no walk so fast, no walk so fast, pien!

Tiger walk with im, walk, walk. When e most get of:

(Nansi):

—You can begin walk a little fasta, now Beda.

Beda Tiger begin to walk fasta. When a get ot in the yard, e put the whip and the spuy. ..

Pow! Pow! (Sonido imitando el ruido del látigo sobre el tigre).

(Nansi):

—I tell you, that was my fadder riding harse —unu girl- and now is my ridlng harse! An it jumped off Tiger back and Tiger turned in the bush an im gone now to marry to the girl.

\* \* \*

Hermano Tigre estaba para casarse con la hija del rey y Old Nansi lo supo; ellos tenían el ponqué horneado y todo preparado para este matrimonio y Old Nansi fue a la casa y les dijo:

—Ustedes van a permitir que su hija se case con Tigre y él es el caballo de pasear de mi padre?.

Así, cuando Tigre vino ahora al matrimonio, ellos le dijeron que Nansi dice que él era el caballo de pasear de su padre, de modo que ellos no le pueden dar a la muchacha ahora. Entonces, Tigre se va velozmente a la casa de Nansi y dice:

—Nansi, tienes que venir y probar eso cuando lleguemos.

Nansi se hace el enfermo, enfermo en cama,

Tigre dice:

—Si aún tengo que cargarte, tú tienes que ir.

Nansi dice:

—Muy bien Hermano. Permíteme poner esa cosita que llaman montura.

Tigre dice:

—Ponla, ponla.

(Nansi):

—Y esa cosita que llaman la brida.

(Tigre):

—Ponla, ponla.

(Nansi):

—Ahora, yo enfermo, tú sabes, pero déjame conseguir esa cosita que llaman la fusta para solo pasear.

(Tigre):

—Lo que sea, ponlo, tú tienes que ir, tú tienes que ir, tú tienes que probar eso. Bien, ponte todo.

El dijo (Nansi):

—Y esa cosita que llaman la espuela.

(Tigre):

—Ponla, ponla, lo que sea, tú tienes que ir y probarlo. Súbete en la espalda de Tigre.

(Nansi):

—Comienza, Ay, dolor! dolor! —Hermano, no camine tan rápido, no camine tan rápido, dolor!

Tigre camina con él, camina. Cuando casi salen.

(Nansi):

—Puedes comenzar a caminar un poquito más rápidamente.

Entonces, Hermano Tigre comienza a caminar más rápidamente. Cuando salen al patio, él (Nansi) aplica la fusta y la espuela “pow, pow!” (Sonido onomatopéyico que imita el ruido del látigo sobre el tigre).

(Nansi):

—Yo les digo que era el caballo de pasear de mi padre —todos ustedes, muchacha— y ahora es mi caballo de pasear!

Y saltó del lomo del Tigre y Tigre se entró al monte y él (Nansi) fue a casarse con la muchacha.

Este mismo cuento recogido en el norte de la isla y dicho por un individuo que conoce el español, tiene algunas variaciones, así:

Beda Tiger y Nansi visitaban una casa y tenían amores. Tiger allí estaba ganando en amores. Nansi entonces dice a las muchachas que Tiger es el caballo del padre de ella y que por eso a Tiger no le paraban bolas.

Beda Tiger se puso bravo. Un día Nansi se enferma y le dice a Tiger que no puede ir al pueblo.

—Vas al pueblo, le dice Tiger, aunque tenga que llevarte montada!

Nansi entonces se monta, se pone las espuelas y lleva a Beda Tiger enfrente de la casa de las muchachas. Entonces dice:

Unna gal, Unna gal  
Ain't I tell you  
that Tiger is mi fader  
riding harse?

Entonces Tiger al oír y ver lo que Nansi le ha hecho sale corriendo a entrarse a la selva y a Nansi le dio tanto susto que se agarró de una rama de un árbol tan alto, que la pobre Nansi se ha quedado allí, sin poderse bajar. Tiger mientras tanto se perdió en la selva y no ha vuelto a salir.

\* \* \*

Then, Tiger was digging him, ketch im to kill im, anytime e ketch im. One day he was unconcerned, looking don in a cave where they serape tapon seale that glitter like silver and gold, and everyt'ing don the water, and Tiger come up:

—Ay I get yo now, I get you now.

E say (Nansy):

—You gwine kill me now..

E say —Luku gold don there, luku gold, mek we dive gold, man no kill me, dive gold. That

you go now and you bring a long white and a big rock an den I gwine tie you and you dive gold fe me an you.

An as e tie Tiger, an Tiger jum don e roll de rock after im!

An Nansi ran. . .

\* \* \*

Entonces, Tigre lo estaba buscando; cogerlo para matarlo, en cualquier momento que lo agarrara. Un día él (Nansi) estaba despreocupado mirando abajo en una cueva donde se pelan escamas de sábalo que brillan como plata y oro, y todo abajo en el agua, y Tigre aparece:

—Ay, te agarré, ahora te agarré.

El dice:

—Ahora tú me vas a matar.

El (Nansi) dice:

—Mira oro allá abajo, mira oro, permite que buceemos oro; hombre no me mates, saquemos oro. Ahora tú vas y traes un bejuco largo y una piedra grande y entonces yo te la amarro y tú buscas oro para mí y para ti...

Y mientras que él amarró a Tigre, y Tigre saltó abajo arrastrando la roca tras de él.

Y Nansi corrió. . .

### **UN PERRO, UNA CABRA Y BEDA TIGER**

A dog an a goat was travellin an the rain come don an de night come also, so they call up on Beda Tiger home to rest for de night. An Beda Tiger was so glad, believe that im would have some trade that night.

An Beda Tiger tek a fiddle violing an im give dog the drum. They would have music an entertainment before they go to bed. So Beda Tiger tek fiddle an e haul, begin to sing:

—Massa give me, Massa give me, with Beda we got plenty. . . an dog understand. The dog got the drum:

—You tink so, yo tink so, you liar though you'r liar, though.

(El canto es entonado de manera que simula el sonido que hacen el tambor y el violín).

Well, he dance finish and they all wen to bed. You know Tiger sleep quick an dog don't sleep. Goat was asleep, but dog truched goat an say:

Let's go!

An They come out. When Tiger awake an im find they all gone, commence to trail them. Just before e catch them, they get to a river an you know dog can swim so dog jump in the river an swim over, an goat dont like wata. Goat stay on the bank of the rive and baa. . . baaa. . .

An when they look Tiger comin an dog tell goat a big old pot was on the bank of the riva, an say:

—You get under that pot!

When Tiger come now, Tiger freid for wata too, saw dog over diar. So dog say:

—You wan thls riva dry and then yo will get right over here an get me? You tek up that old pot without looking in and dash over here!!

Old Big Tiga tek up the pot, without looking an dash when e dash the goat come out, baa. . . baaaa.

Tiger says,

—Lawd me chow da me han an me leta!

\* \* \*

Un perro y una cabra estaban viajando y la lluvia cae y la noche llega también, así que llaman a la casa de hermano Tigre para descansar durante la noche. Y hermano Tigre estaba tan contento, cree que él tendría alguna actividad esa noche.

Y hermano Tigre toma un violín y le da al perro el tambor.

Ellos tendrían música y diversión antes de irse a la cama. Entonces hermano Tigre pulsa las cuerdas y comienza a cantar:

Dame Patrón, dame Patrón, con Beda tenemos suficiente. . .

Y perro entiende. El perro toma el tambor:

—Eso crees tú, eso crees tú, mentiroso, mentiroso.

El baile termina y todos se fueron a la cama. Tigre duerme rápido y perro no duerme. Cabra estaba dormida, pero perro alerta a cabra y dice:

—Vamonos!

Y ellos salen. Cuando Tigre despierta y encuentra que todos se han ido, comienza a seguirles los rastros. Justo antes de que él los agarre, ellos llegan a un río y nadan, y a cabra no le gusta el agua y se queda en la orilla del río y dice:

—Tú métete debajo de esa olla!

Y cabra se mete debajo de la olla.

Y cuando Tigre llega. Tigre miedoso del agua también, ve al perro allá.

Entonces perro dice:

—Tú quieres ver este río seco ¿entonces puedes venir aquí y cogirme? toma esa olla vieja, no la miras y la tiras de este lado rápidamente.

Tigre coge la olla, sin mirar y cuando él la tira, la cabra sale, baa. . . baaa. . .

Tigre dice:

—Señor, me pones la comida en las manos y la dejo ir!. . .

## BIBLIOGRAFÍA

- CANO ARANGO, Jesús. *Cuentos y Anécdotas de Mi Tierra*. Manizales, Editorial Co. 1971.  
*Revista Colombiana de Folklore*. Intituto Colombiano de Antropología. Bogotá, Vol. II, número 4, Segunda Época, 1960.
- ABADÍA, Guillermo. Juan de Las Gracias (Transcriptor).  
*Revista Colombiana de Folklor*. Intituto Colombiano de Antropología. No. 3, Segunda Época. Bogotá, Imprenta Nacional, 1959.
- FLORES, Luis. Sobre la Escritura Castellana de la Voz Folklore.  
VELÁSQUEZ, Rogelio, Cuentos de la Raza Negra.  
*Revista Colombiana del Folklor*. Intituto Colombiano de Antropología. Bogotá, Volumen IV, Número 9, 1967.
- FRIEDEMANN, Nina S. Miss. Nansi, Old Nansi y Otras Narraciones del Folklor de Las Islas de San Andrés.
- JARAMILLO ARANGO, Euclides. *El Destino Anda en Contravía. Diez Crónicas del Pueblo Colombiano y Dos Cuentos de Violencia*. Manizales, Editorial Reales, Alfa & Ossa Ltda., 1970.
- JARAMILLO LONDOÑO, Agustín. *El Testamento del Paisa*. Libro I: Cosecha de Cuentos. Medellín, Bedout, Cuarta Edición, 1967.
- LEÓN REY, José Antonio. El Pueblo Relata. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo. Serie La Granada Entreabierto No. 27, 1980.
- SALAS VITERI, Julio Ernesto. *Literatura Popular de Nariño, Algunos Textos*. Pasto, Mimeo, 1982.
- ZAPATA OLIVELLA, Manuel. *La Tradición Oral y Conducta en Córdoba*. Bogotá, INCORA, Serie de Materiales de Consulta No. 30, 1972.